HARLEQUIN

Bianca™

FINALISTA Premios RITA®

MAYA BLAKE

SUAVE MELODÍA



SUAVE MELODÍA

MAYA BLAKE



Capítulo 1

Un reloj de platino, un par de gemelos de diamantes, un anillo de oro, seiscientas libras en efectivo… y una tarjeta Obsidian Privilege. Creo que eso es todo, señor. Firme aquí para confirmar que ha recuperado sus cosas.

Zaccheo Giordano no reaccionó ante el despectivo gesto del guardián mientras firmaba el papel. Tampoco reaccionó ante la evidente envidia de su mirada cuando la volvió hacia la limusina plateada que aguardaba tras las tres hileras de alambrado de púas.

Romeo Brunetti, el asistente de Zaccheo y la única persona a la que podía dar el nombre de «amigo», se hallaba junto al vehículo.

De haber estado de otro humor, Zaccheo habría sonreído al verlo, pero hacía tiempo que no estaba de humor para nada. En concreto, catorce meses, cuatro días y nueve horas. Su condena de dieciocho meses se había visto reducida en tres meses y medio debido a su buen comportamiento.

La rabia impresa en su ADN palpitó bajo su piel, aunque no dio ninguna muestra de ello mientras recogía sus pertenencias. El elegante traje con que había ingresado en prisión estaba realmente deteriorado, pero le dio igual. Nunca había sido esclavo de las comodidades materiales. Su necesidad de validación iba mucho más allá. La necesidad de elevarse siempre más allá de sus circunstancias era algo que llevaba impreso en su personalidad desde el momento en que tuvo la suficiente edad para reconocer la realidad de la vida en que había nacido. Una continua vida de humillaciones, violencia y codicia. Una vida que llevó a su padre a la degradación y la muerte a los treinta y cinco años.

Los recuerdos fueron cayendo como piezas de dominó mientras avanzaba por el pasillo hacia la libertad. Tuvo que esforzarse para que la sensación de injusticia que había experimentado durante tanto tiempo no explotara en su interior.

Cuando las puertas se cerraron a sus espaldas, Zaccheo tomó la primera bocanada de aire con los puños y los ojos cerrados. Centró su atención en los pájaros cantando y en el murmullo de los coches circulando por la autopista cercana, como había hecho a lo largo de muchas noches durante su estancia en prisión.

Abrió los ojos mientras se encaminaba hacia la última puerta. Un minuto después, estaba fuera.

—Me alegro de volver a verte, Zaccheo —dijo Romeo, mirándolo con expresión seria y preocupada.

Zaccheo sabía que no tenía precisamente buen aspecto. Hacía tres meses que no se afeitaba y apenas había comido tras averiguar la verdad que se ocultaba tras su encarcelación. Pero había pasado mucho tiempo en el gimnasio de la cárcel. De lo contrario, el afán de venganza habría hecho que se volviera loco.

Ignoró la mirada de preocupación de su amigo y entró en el coche.

—¿Has traído lo que te pedí?

—Sí. Los tres archivos y el portátil.

Mientras Zaccheo se arrellanaba en el cómodo asiento de cuero de la limusina, Romeo sirvió dos copas de coñac italiano.

—*Salute* —dijo tras entregar una a Zaccheo.

Zaccheo tomó la copa sin decir nada, bebió de un trago el líquido de color ámbar que contenía y permitió que el aroma del poder y la prosperidad, las herramientas que iba a necesitar para que su plan funcionara, lo envolviera.

Mientras el vehículo se alejaba del lugar que se había visto obligado a considerar su hogar durante más de un año, tomó el portátil.

Le temblaron los dedos cuando el logo tipo de Giordano Worldwide Inc. apareció en la pantalla. La obra de su vida, prácticamente destruida por la avaricia y el afán de poder. Solo gracias a los esfuerzos de Romeo la empresa no se había hundido durante los meses que Zaccheo había pasado en prisión por un delito que no había cometido. Y no solo no se había hundido, sino que había prosperado increíblemente gracias a Romeo.

Y aunque no había sucedido precisamente lo mismo con su reputación personal, al menos ya había salido de la cárcel y era libre para llevar a los verdaderos culpables ante la justicia. No pensaba descansar hasta que el último responsable por tratar de destruir su vida pagara con su propia destrucción.

Exhaló el aire cuando la primera imagen apareció en la pantalla.

Oscar Pennington III. Pariente lejano de la familia real. Educado en Eton, rico, de rancio abolengo, pertenecía al *establishment* británico, a las clases dirigentes. Un hombre avaricioso, sin principios. Sus empresas habían recibido una imprescindible inyección de capital hacía exactamente catorce meses y dos semanas, cuando se convirtió en el único dueño del edificio moderno más relevante de Londres: el Spire.

Zaccheo revisó con aparente frialdad el informe de las innumerables celebraciones que habían seguido al aparente triunfo de Oscar Pennington. En una de las fotos aparecía con una de sus dos hijas. Sophie Pennington era una mujer de belleza clásica que iba camino de convertirse en una copia exacta de su padre.

Zaccheo cerró el archivo y abrió el último.

Eva Pennington.

En aquella ocasión, Zaccheo no pudo evitar un gruñido.

Pelo de color rubio caramelo que caía por sus hombros en densas oleadas. Unas oscuras cejas y pestañas enmarcaban unos ojos de color verde musgo, unos ojos que atrajeron la atención de Zaccheo con más fuerza de la que habría querido la primera vez que la vio, al igual que sus carnosos y arqueados labios, casi siempre curvados en una seductora sonrisa. Y aunque la foto solo mostraba su rostro, la imagen del resto del cuerpo de Eva Pennington estaba indeleblemente grabada en la mente de Zaccheo. No tuvo que hacer ningún esfuerzo para recordar sus redondeadas formas, o los tacones que se obligaba a llevar a pesar de odiarlos para parecer más alta.

Y tampoco tuvo que esforzarse para recordar sus atrocidades. Había pasado mucho tiempo tumbado en su camastro maldiciéndose por haberse quedado asombrado por su peculiar traición, cuando debería haber esperado algo así después del fracaso de sus padres y de sí mismo a la hora de relacionarse con el *establishment*. Solía enorgullecerse de saber leer e interpretar a la gente con gran facilidad, y, sin embargo, aquella mujer lo había engañado.

Apretó los labios y siguió leyendo el detallado informe que tenía sobre las andanzas de Eva Pennington durante el pasado año. Al llegar a la última página, se quedó helado.

—¿Desde cuándo está en el informe esta última parte?

—La incluí ayer. Pensé que te interesaría —contestó Romeo.

Zaccheo volvió a mirar el periódico sin mostrar su conmoción.

—¿Vamos a la casa de Esher o al ático? —preguntó Romeo.

Zaccheo volvió a leer el informe para asimilar los detalles principales. *Mansión Pennington. A las ocho de la tarde. Trescientos invitados. Seguido de una comida familiar el domingo en el Spire.*

«El Spire…». El edificio que debería haber sido su gran logro.

—A la casa —replicó.

Cerró el archivo mientras Romeo daba la orden al chófer.

Zaccheo trató de relajarse, pero no lo consiguió. No le iba a quedar más remedio que alterar sus planes.

«Una cadena es tan fuerte como su eslabón más débil». A pesar de que los tres Pennington habían colaborado para encarcelarlo, aquella información exigía el empleo de una nueva táctica. En cualquier caso, no pensaba parar hasta arrancarles lo que más querían: su dinero y su bienestar económico.

Había planeado esperar un día o dos para asegurarse de tener a Oscar Pennington donde quería para asestarle el golpe, pero aquel plan ya no era viable. No iba a poder esperar hasta el lunes para hundir a la familia que lo había convertido en un delincuente.

Tendría que ocuparse de ello aquella misma noche. Empezando por el miembro más joven de la familia: Eva Pennington.

Su exprometida.

Eva Pennington se quedó mirando el vestido que sostenía su hermana.

—¿Lo dices en serio? No pienso ponerme eso. ¿Por qué no me habías dicho que la ropa que había dejado aquí ya no estaba?

—Porque cuando te fuiste dijiste que no la querías. Además, ya estaba anticuada. Esto me lo han enviado esta misma mañana desde Nueva York. Es el último grito —replicó Sophie.

—No pienso llevar un vestido que me hará parecer una fulana cazafortunas. Y, teniendo en cuenta el estado de nuestras finanzas, no sé cómo se te ocurre gastar el dinero en eso – Eva no entendía que su padre y su hermana vivieran ignorando el delicado estado de sus finanzas.

—Este vestido es único —insistió Sophie—, y, a menos que me equivoque, es la clase de vestido que le gusta a tu futuro marido que lleven sus mujeres. Además, podrás quitártelo en cuanto tomen las fotos y se termine la fiesta.

Eva apretó los dientes.

—Deja de tratar de manipularme, Sophie. Pareces haber olvidado quién ha conseguido este rescate. Si yo no hubiera llegado a un acuerdo con Harry, nos habríamos hundido en una semana. En cuanto a lo que le guste que se pongan sus mujeres, te habrías ahorrado un gasto innecesario si hubieras hablado conmigo antes, porque yo me visto para mí misma y para nadie más.

—¿Hablar contigo antes? ¿Acaso tuvisteis ese detalle papá y tú conmigo antes de planear todo esto a mis espaldas?

A Eva se le encogió el corazón ante los evidentes celos de su hermana. Como si no hubieran sido suficientes las dos semanas que había pasado agonizando ante la decisión que debía tomar. Daba igual que el hombre con el que había decidido casarse fuera su amigo y que ella lo estuviera ayudando tanto a él como él a ella. El matrimonio era un paso que habría preferido no dar.

Pero era evidente que no era así como lo veía su hermana. El creciente descontento de Sophie con cualquier relación que Eva tratara de forjar con su padre era parte del motivo por el que Eva se había ido de la mansión Pennington. Además, su padre no era un hombre con el que resultara fácil vivir.

Sophie sufría aquellos celos desde siempre. Mientras su madre estuvo viva había sido más fácil aceptar que Sophie era la preferida de su padre, pues ella había sido la preferida de su madre. Pero, cuando

esta murió, cada vez que Eva había tratado de relacionarse con su padre se había encontrado con la indiferencia de él y los celos de Sophie.

Pero, por irracional que fuera, aquello no impidió que Eva tratara de razonar con la hermana a la que en otra época había admirado.

—No planeamos nada a tus espaldas. Estabas fuera por un viaje de negocios…

—Tratando de utilizar el título de economista que ya no parece significar nada. No si tú puedes presentarte aquí así como así después de haberte pasado tres años interpretando viejas baladas en sórdidos tugurios para pasar el día —replicó Sophie con aspereza.

Eva refrenó su genio con esfuerzo.

—Sabes que renuncié a seguir trabajando en Pennington porque papá solo me contrato para que atrajera a un marido adecuado. Y solo porque mis sueños no coincidan con los tuyos…

—Ese es precisamente el problema. Tienes veinticuatro años y sigues soñando. El resto de nosotros no podemos permitirnos ese lujo, y tampoco caemos de pie como tú, que solo has tenido que chasquear los dedos para que un millonario resuelva nuestros problemas.

—Harry nos está salvando a todos. ¿Y de verdad crees que he caído de pie por haberme comprometido por segunda vez en dos años?

Sophie dejó caer en la cama el vestido que sostenía.

—De cara a quienes importan, este es tu primer compromiso. El otro apenas duró cinco minutos. Prácticamente nadie sabe nada al respecto.

—Yo sé que sucedió.

—Si mi opinión sigue contando para algo, sugiero que no lo divulgues. Es mejor dejar el tema en el pasado… como al hombre implicado.

—No puedo fingir que no pasó nada.

—Lo último que necesitamos ahora es un escándalo. Y no sé por qué culpas a papá de lo que sucedió cuando deberías estarle agradecida por haberte librado de ese hombre antes de que fuera demasiado tarde —defendió Sophie acaloradamente.

«Ese hombre».

Zaccheo Giordano.

Eva no sabía si el dolor que estaba experimentando se debía a él o al recuerdo de lo ingenua que había sido al imaginarse que era diferente a todos los demás hombres con los que se había cruzado.

Y precisamente por eso prefería vivir alejada de su hogar familiar de Surrey.

Por eso sus colegas camareras la conocían como Eva Penn, camarera en el Siren, el club nocturno londinense en el que también cantaba, y no como a lady Eva Pennington, hija de lord Pennington.

La relación que había mantenido con su padre siempre había sido difícil, pero nunca había pensado que llegaría a distanciarse tanto de su hermana.

—Con mi acuerdo con Harry no he pretendido sabotear nada de lo que estuvieras haciendo con papá para salvar Pennington —dijo en el tono más conciliador que pudo—. No tienes por qué disgustarte o ponerte celosa. No estoy tratando de ocupar tu lugar…

—¡Celosa! ¡No seas ridícula! —le espetó Sophie, y el matiz de pánico de su voz hizo que Eva sintiera que se le rompía el corazón—. Además, nunca podrías ocupar mi lugar. Soy la mano derecha de papá, y tú no eres más que… —se interrumpió y, tras unos segundos, alzó la nariz en el aire y añadió—: Los invitados no van a tardar en llegar. No debes retrasarte el día de tu propio compromiso.

Eva se tragó su tristeza.

—No tengo intención de llegar tarde. Pero tampoco tengo intención de llevar un vestido prácticamente invisible —dijo a la vez que se encaminaba hacia el enorme armario que había a los pies de la cama.

Suspiró aliviada al encontrar un chal de seda. El vestido rojo era demasiado descocado, pero con el chal podría disimularlo un poco. Se estremeció de nuevo al mirar el vestido. Habría preferido estar en cualquier otro sitio antes que participando en aquella farsa. Pero ¿acaso no había sido toda su vida una farsa? Desde unos padres que representaban socialmente la pareja perfecta, pero que discutían amargamente en privado, hasta las exóticas y carísimas vacaciones que su padre solía financiar pidiendo dinero prestado en secreto, los Pennington habían sido tan solo una gran farsa desde que ella podía recordar.

Y la entrada de Zaccheo en sus vidas solo había servido para que el comportamiento de su padre empeorara.

Pero se negaba a pensar en Zaccheo. Pertenecía a un capítulo de su vida que tenía firmemente enterrado. Aquella noche se trataba de Harry Fairfield, el salvador de su familia, el hombre con el que no iba a tardar en comprometerse.

Además, también estaba en juego la salud de su padre. Solo por ese motivo trató de hablar de nuevo con Sophie.

—Por el bien de papá, quiero que esta noche vaya todo sobre ruedas, así que ¿qué te parece si tratamos de llevarnos bien?

—Si tratas de recordarme que papá tuvo que ser hospitalizado hace dos semanas, no lo he olvidado —dijo Sophie, tensa.

—Pero hoy está bien, ¿no? —preguntó Eva, que, a pesar de lo dolida que se sentía por cómo la había tratado su familia, no podía evitar preocuparse por el único padre que le quedaba.

—Estará bien en cuanto se libre de los acreedores y de la amenaza de ruina.

Eva se dijo por enésima vez que no había marcha atrás. No iba a surgir ninguna solución milagrosa para salvarla del sacrificio que iba a hacer. La precipitada adquisición del edificio Spire por parte de su padre había llevado a su empresa al borde de la bancarrota. Harry Fairfield era su última esperanza.

Bajó la cremallera del vestido resistiendo el impulso de arrugarlo y lanzarlo al suelo.

—Te veo abajo dentro de un rato —dijo Sophie fríamente antes de volverse para salir.

Eva se puso el vestido evitando mirarse en el espejo después de que un rápido vistazo le hubiera mostrado lo que más temía. Cada una de sus curvas quedaba realzada con aquel modelo que además dejaba expuesta gran parte de su piel. Se pintó los labios con mano temblorosa y a continuación introdujo los pies en los zapatos de plataforma a juego.

Tras echarse el chal rojo y amarillo sobre los hombros, volvió a mirarse en el espejo.

«Anímate, chica. Ha llegado la hora del espectáculo.»

Eva deseó que la dueña del Siren estuviera pronunciando aquellas palabras, como hacía siempre que estaba a punto de salir al escenario.

Desafortunadamente, ella no era ninguna sirena. Para preservar del escándalo el nombre de su familia había prometido casarse con un hombre al que no amaba.

Ninguna frase de ánimo habría servido para calmar la rugiente agitación que recorría sus venas.

Capítulo 2

Los organizadores del evento se habían superado a sí mismos. Habían utilizado palmeras, pantallas decorativas y toda clase de efectos de luz para ocultar el decadente estado en que se encontraba la mansión Pennington.

Eva tomó un sorbo de la copa de champán que sostenía en la mano desde hacía dos horas y rogó para que el tiempo pasara más rápido. La fiesta no terminaba hasta las doce y necesitaba algo en lo que concentrarse si no quería volverse loca.

Apretó los dientes y sonrió a otro invitado empeñado en ver su anillo de compromiso. El único propósito del monstruoso diamante rosa era hacer ostentación de la riqueza de los Fairfield.

La resonante voz de su padre interrumpió los deprimentes pensamientos de Eva. Rodeado por un grupo de influyentes políticos y hombres de negocios, Oscar Pennington estaba en su elemento. Grueso, pero lo suficientemente alto como para disimularlo, su padre conservaba una imponente figura a pesar de su reciente estancia en el hospital. Pero ni siquiera su carisma lo había salvado del desastre económico cuatro años atrás.

Seguido de cerca por la enfermedad de su madre, aquello había hecho que sus círculos sociales y económicos se vieran reducidos prácticamente a la nada de la mañana a la noche.

El resultado final de todo aquello había sido la asociación de su padre con Zaccheo Giordano.

Eva frunció el ceño al darse cuenta de que sus pensamientos habían regresado al hombre que había apartado a los rincones más oscuros e inaccesibles de su mente. El hombre al que había visto por última vez esposado…

—Ahí estás. He estado buscándote.

Eva hizo un esfuerzo por sonreír a Harry.

Su viejo amigo de la universidad, un brillante genio de la tecnología, se había salido de los carriles cuando se hizo famoso y rico nada más salir de la universidad. Convertido en un multimillonario con el dinero suficiente para rescatar a los Pennington, representaba la última esperanza de su familia.

—Y me has encontrado —dijo Eva.

—¿Estás bien? —preguntó él con una expresión ligeramente preocupada.

—Estoy bien —respondió Eva animadamente.

Harry no parecía convencido. Era una de las pocas personas que estaba al tanto de su compromiso roto con Zaccheo. Había sabido leer bajo las falsas sonrisas, y, cuando le había preguntado si su pasado con Zaccheo supondría un problema para su matrimonio de conveniencia, la rápida negativa de Eva parecía haberlo convencido.

—No te preocupes, Harry. Puedo hacerlo —insistió Eva a pesar del vacío que sentía en su interior.

Harry la miró solemnemente y luego llamó a un camarero para cambiar su copa vacía por otra llena.

—Si tú lo dices… Pero quiero que me avises con tiempo si ves que el asunto se te va de las manos, ¿de acuerdo? A mis padres les afectaría mucho ver la noticia en la prensa.

Eva asintió, agradecida, pero enseguida frunció el ceño.

—Pensaba que esta noche ibas a tomártelo con calma —dijo a la vez que señalaba la copa de Harry.

—Ya empiezas a hablar como una auténtica esposa —dijo Harry en tono burlón—. Déjalo, cariño. Mis padres ya me han estado dando la charla.

Aunque a Harry le daba totalmente igual su estatus social, sus padres eran voraces en su afán de obtener prestigio y un auténtico pedigrí al que asociar su nombre, y Harry se había visto finalmente obligado a rectificar su imagen pública de playboy insensato.

—Prometo portarme bien —añadió a la vez que tomaba a Eva del brazo e inclinaba su rubia cabeza hacia ella—. Y ahora que han terminado los tediosos brindis, ha llegado el mejor momento de la noche. ¡Los fuegos artificiales!

—Se suponía que eso iba a ser una sorpresa, ¿no?

Harry le guiñó un ojo.

—Y lo es, pero después de haber engañado a todo el mundo haciéndoles creer que estamos locamente enamorados, seguro que no nos cuesta mucho mostrarnos sorprendidos.

Eva sonrió.

—Yo no diré nada si tú no lo haces.

Harry se apoyó una mano en el pecho e hizo una inclinación ante Eva.

—Gracias, mi querida lady Pennington.

El recuerdo de por qué estaba teniendo lugar toda aquella farsa laceró como un puñal el corazón de Eva mientras salían a la terraza que daba a los espléndidos jardines de la mansión. Su salida fue recibida con aplausos y Eva volvió la mirada hacia donde estaban Sophie, su padre y los padres de Harry. Al detener la mirada en su padre sintió que se le encogía el estómago. Era posible que su padre hubiera aceptado su ayuda, pero el desagrado que le producía la

profesión de su hija siempre había supuesto un problema entre ellos.

Eva apartó la mirada y adoptó la adecuada expresión de sorpresa cuando comenzaron los fuegos artificiales.

El inicio fue espectacular, y la siguiente ronda de fuegos artificiales debería haber bastado para acallar a los invitados, pero no fue así.

—¡Cielo santo! ¡Quienquiera que sea debe de estar deseando matarse! —exclamó alguien.

Eva vio que los sorprendidos invitados miraban a un punto en lo alto mientras el intenso zumbido de algo parecido a un motor adquiría cada vez más volumen.

Al alzar la vista vio que se trataba de un helicóptero que descendía en medio de los fuegos artificiales.

—Parece que los organizadores han decidido añadir una sorpresa más —dijo Harry—. Pero me quito el sombrero ante el valor del piloto para atreverse a volar con los fuegos estallando a su alrededor.

El helicóptero siguió descendiendo. Hipnotizada, Eva contempló como se posaba en medio del jardín mientras un inexplicable escalofrío le recorría la espalda.

Un creciente murmullo surgió de entre los invitados cuando se abrió la portezuela del piloto. Un instante después, salía del aparato una figura vestida de arriba abajo de negro. Cuando la siguiente ronda de fuegos artificiales iluminó el cielo, la figura se hizo visible.

Eva se tensó como si acabaran de abofetearla.

No era posible…

Zaccheo Giordano estaba entre rejas, pagando por su implacable codicia. Los hombres de su clase se consideraban por encima de la ley. No se merecían su compasión, o el desleal pensamiento de que él había sido el único que había pagado el precio cuando, por asociación, su padre debería haber cargado con parte de la culpa.

Las luces volvieron a iluminar en aquel momento los jardines y Eva contempló al hombre que subía con paso seguro las amplias escaleras de la terraza. Al llegar a lo alto se detuvo un momento para abrocharse el esmoquin.

—Oh, no… —murmuró Eva.

—¿Conoces a ese tipo? —preguntó Harry.

Eva quiso negar que conocía al hombre cuya cabeza sobresalía entre los demás invitados y que había fijado su penetrante mirada en ella.

El Zaccheo Giordano con el que había tenido la mala fortuna de relacionarse brevemente antes de su encarcelamiento tenía el pelo corto y el rostro totalmente afeitado.

Pero aquel llevaba barba y el pelo flotaba en torno a sus hombros en oscuras oleadas. Eva tragó saliva ante el contraste. El hombre elegante y delgado que había conocido se había esfumado. En su lugar había aparecido una especie de Neanderthal de hombros más anchos, de

brazos y pecho más poderosos, moldeados por su camisa negra de seda. Unos pantalones igualmente negros marcaban su estrecha cintura y sus fuertes muslos. Pero nada en su atuendo podía disfrazar el aura que emanaba de él.

Primitiva. Explosivamente masculina. Letal.

—¿Eva? —el desconcertado tono de Harry llegó hasta Eva como desde la distancia.

Al notar que Harry iba a hacer otra pregunta, asintió, aturdida.

—Sí. Ese es Zaccheo —dijo mientras este apartaba la mirada de ella y se volvía hacia su familia.

La expresión de rabia del rostro de Oscar estaba matizada por otra de aprensión. Sophie parecía completamente anonadada.

Eva observó cómo el hombre que esperaba no volver a ver en su vida avanzaba hacia su padre con las manos en la espalda. Su actitud no revelaba el más mínimo indicio de súplica.

—¿Tu ex? —insistió Harry.

Eva asintió, aturdida.

—En ese caso, deberíamos decir hola – Harry la tomó por el brazo y tiró de ella. Eva se dio cuenta demasiado tarde de a qué se había referido.

—¡No! —susurró.

Pero Harry estaba demasiado borracho o desconocía por completo el peligro al que se enfrentaba. La tensión reinante envolvió a Eva mientras avanzaban. Con el corazón en la garganta, vio cómo enfrentaban sus miradas su padre y Zaccheo.

—No sé qué crees que estás haciendo, Giordano, pero te sugiero que vuelvas a meterte en esa monstruosidad y te vayas antes de que haga que te arresten por allanamiento de morada.

Zaccheo ni siquiera parpadeo mientras los invitados contemplaban conmocionados la escena.

—Hazlo si lo deseas, pero sabes muy bien por qué estoy aquí, Pennington. Si quieres, podemos jugar a las evasivas, pero serás dolorosamente consciente de la realidad cuando me canse del juego —aquellas palabras fueron pronunciadas en un murmullo, pero el veneno que contenían hizo que a Eva se le erizara el vello de la nuca —. *Ciao*, Eva —dijo Zaccheo sin volverse—. Me alegra que vengas a reunirte con nosotros.

—Esta es mi fiesta de compromiso. Es mi deber relacionarme con mis invitados, incluso con los inoportunos, a los que se les pedirá que se vayan de inmediato.

—No te preocupes, *cara*. No voy a quedarme mucho rato.

El alivio que experimentó Eva desapareció en cuanto Zaccheo volvió la mirada hacia ella antes de bajarla hacia su mano. Casi con pereza, la tomó por la muñeca para observar un instante el anillo.

—Qué predecible —dijo, y la soltó con la misma despreocupación con que la había tomado.

—¿Qué se supone que quiere decir eso? —preguntó Harry.

Zaccheo volvió la mirada hacia él y luego hacia sus padres.

—Esta es una conversación privada. Déjenos.

Peter Fairfield dejó escapar una risa incrédula.

—Creo que no está interpretando bien la situación, amigo. Es usted el que tiene que dejarnos.

— ¿Le importa repetir eso, *il mio amico*? —Zaccheo se volvió a medias hacia él

—¿Quién es este, Oscar? —preguntó Peter Fairfield al padre de Eva, que parecía haber perdido la capacidad de hablar.

Eva se situó rápidamente entre ambos hombres para evitar que la situación se les fuese de las manos.

—Disculpadnos un momento, Harry, señor y señora Fairfield. Solo tardaremos un momento en atender al señor Giordano —dijo. Al ver el rostro de su padre, que se había vuelto casi morado, sintió que se le encogía el corazón—. ¿Papá?

Oscar Pennington irguió de inmediato los hombros, miró a su alrededor y curvó los labios en una sonrisa.

—Será mejor que vayamos a hablar a mi despacho. No dudéis en pedir lo que queráis al servicio —dijo a la vez que se alejaba seguido de una Sophie inusualmente callada.

Zaccheo volvió su mirada de láser hacia Harry, que la aguantó con gesto desafiante hasta que se volvió hacia Eva.

—¿Estás segura? —preguntó con evidente preocupación.

Eva asintió a pesar de la terrible aprensión que sentía.

—Sí.

—En ese caso, de acuerdo. Pero date prisa, cariño —dijo Harry y, antes de que Eva pudiera moverse, la besó en los labios.

Un gruñido apenas audible rasgó el aire.

Eva se contrajo.

Quería volverse hacia Zaccheo para exigirle que volviera a la cárcel, en la que debería estar. Pero el destello de miedo que había captado en la mirada de su padre la detuvo.

—Vamos, Eva.

La frialdad del tono de Zaccheo hizo que Eva experimentara un escalofrío que no la abandonó hasta que estuvieron en el interior del despacho de su padre.

—Sea cual sea el motivo que crees tener derecho a airear, te sugiero que te lo pienses dos veces, hijo. Aunque este fuera el lugar y el momento adecuado…

—No soy tu hijo, Pennington —lo interrumpió Zaccheo en un tono letal—. En cuanto a por qué estoy aquí, tengo cinco mil trescientos

veintidós folios de documentación que prueban que te asociaste con otros cuantos individuos para acusarme de un delito que no había cometido.

—¿Qué? —medio gritó Eva. Enseguida, la absurdez de las palabras de Zaccheo le hicieron negar firmemente con la cabeza—. No te creemos.

—Puede que tú no me creas. Pero tu padre sí.

Oscar Pennington se rio, pero el sonido de su risa careció de su habitual naturalidad. Al ver una gota de sudor deslizándose por su frente, Eva experimentó directamente miedo.

—Estoy segura de que nuestros abogados se ocuparan de destrozar cualquier evidencia que creas tener. Si has venido aquí en busca de algún tipo de sanación emocional, has elegido el momento equivocado. Tal vez podríamos quedar en otra ocasión.

Zaccheo no se movió ni parpadeó. Se limitó a mirar a Oscar Pennington con las manos a la espalda y el cuerpo inclinado como el de un depredador a punto de asestar su golpe.

El silencio se prolongó, cargado de amenaza. Eva miró a Sophie y luego a su padre con una creciente sensación de temor.

—¿Qué está pasando? —preguntó.

Oscar se agarró al borde de la mesa frente a la que se hallaba con tal fuerza que se le pusieron blancos los nudillos.

—Has elegido al enemigo equivocado. Estás muy confundido si crees que voy a permitir que me chantajees en mi propia casa.

Sophie dio un paso hacia él.

—Papá, no…

—Veo que no has perdido tu orgullo —interrumpió Zaccheo—. Contaba con ello. Ahora voy a explicarte lo que voy a hacer. Dentro de diez minutos voy a marcharme de aquí con Eva delante de todos tus invitados, y tú no vas a alzar un dedo para impedirlo. Les dirás a todos exactamente quién soy y luego anunciarás formalmente que soy yo quien va a casarse con tu hija dentro de dos semanas, y que cuento con tu bendición. No quiero dejar algo tan importante a las cámaras de los teléfonos y a los medios sociales, aunque estoy seguro de que tus invitados harán un buen trabajo —continuó con voz firme—. He visto que hay algunos miembros de la prensa ahí fuera, de manera que esa parte de tu tarea será fácil. Si los artículos que se publiquen en la prensa resultan adecuados, me pondré en contacto contigo el lunes para indicarte cómo puedes empezar a compensarme. Sin embargo, si cuando nos despertemos mañana Eva y yo la noticia de nuestro compromiso no está en la prensa, no tendré piedad.

La respiración de Oscar Pennington se alteró alarmantemente. Abrió la boca, pero ninguna palabra surgió de ella.

—Es evidente que has perdido el juicio si crees que mi padre va a

acceder a tus demandas —dijo Eva enfáticamente. Al ver que sus palabras eran recibidas con un gélido silencio, se volvió hacia su padre —. ¿Por qué no dices algo, papá?

—Porque no puede, Eva —respondió Zaccheo—. Porque está a punto de hacer exactamente lo que he dicho.

—¿Acaso te has vuelto loco? —le espetó Eva, incrédula.

Zaccheo no apartó la mirada de Oscar Pennington cuando contestó.

—*Cara mia*, te aseguro que nunca en mi vida he estado más cuerdo que en este momento.

Capítulo 3

Eva volvió la cabeza hacia su padre con una mezcla de confusión y enfado.

—Vamos, Oscar. Tu hija está esperando a que me eches de aquí. ¿Por qué no lo haces?

Lívido, Pennington se encaminó con paso tambaleante hacia su escritorio.

—¡Papá! —Eva ignoró la envenenada mirada de su hermana y corrió junto a su padre, que se dejó caer pesadamente en su sillón de cuero.

Zaccheo quiso mirar los ojos de Pennington, ver en ellos el sentimiento de derrota e impotencia que este había esperado ver en los suyos el día que lo sentenciaron.

Experimentó cierta satisfacción al ver a ambas hermanas preocupadas por su padre, asustadas por él. Pero cuando Eva volvió su mirada hacia él tuvo otra sensación, una sensación a la que se había creído inmune hasta el momento en que había bajado del helicóptero y la había visto. Aquella inquietante sensación, como si estuviera sintiendo vértigo a pesar de no haber motivo para ello, lo había intrigado y molestado en igual medida desde la primera vez que la había visto subida a un escenario y había escuchado su hipnótica voz mientras acariciaba el micrófono como si estuviera acariciando a un amante.

A pesar de saber lo que era, lo que representaba, no fue capaz de irse del club. Unas semanas después de haberla conocido había logrado engañarse a sí mismo hasta el punto de llegar a creer que era diferente, que no era tan solo una mujer avariciosa capaz de hacer cualquier cosa por perpetuar su pedigrí.

La declaración que hizo el día que lo sentenciaron, en la que afirmó que no había ninguna clase de asociación entre ellos, fue el golpe final.

—¿Qué crees que estás haciendo? —murmuró Eva con fiereza.

—Equilibrar la balanza del pecado, *dolcezza*. ¿Qué si no?

—No sé de qué estás hablando, pero no creo que mi padre esté en condiciones de mantener una discusión en estos momentos, señor Giordano.

El tono remilgado de Eva irritó profundamente a Zaccheo, un tono que decía que debería «conocer su sitio», que debía permanecer allí

como un buen sirviente más y esperar a que se dirigieran a él para intervenir.

—Te he dado diez minutos, Pennington. Ahora tienes cinco. Sugiero que vayas practicando lo que vayas a decir a tus invitados – Zaccheo se encogió de hombros. —O no. En cualquier caso, las cosas se harán a mi manera.

Eva se acercó a él con paso firme y se detuvo a escasos centímetros.

A pesar de sí mismo, Zaccheo fue incapaz de no detener la mirada en su revuelto pelo rubio de color caramelo, tan fuera de lugar en aquel sitio y que tanto contrastaba con sus cejas negras y el rímel de sus ojos, en sus labios en forma de corazón, suaves, oscuros y pecaminosamente sensuales. O en el resto de su cuerpo.

—¿Acaso crees que no tengo nada que decir respecto al despreciable espectáculo que estás dando, o que voy a quedarme cruzada de brazos mientras humillas a mi familia?

—Eva… —dijo Pennington, pero su hija lo interrumpió sin miramientos.

—¡No! No sé qué está pasando aquí, pero no tengo intención de formar parte de ello.

—Vas a interpretar tu parte y la vas a interpretar bien —dijo Zaccheo a la vez que apartaba la mirada de la boca de la que pensaba disfrutar a su antojo no tardando mucho.

—¿O qué? ¿Llevarás adelante tus vacías amenazas?

A Zaccheo nunca dejaba de asombrarle que los ricos con título se sintieran por encima de los principios que gobernaban a los seres humanos normales y corrientes. Su propio padrastro había sido igual. Creía que su pedigrí y sus contactos lo protegerían de su imprudencia en los negocios, que su «club» de amigos se ocuparía de proveerle siempre de una red de seguridad.

Zaccheo había disfrutado viendo al marido de su madre retorciéndose ante él, rogándole cuando Zaccheo compró el negocio familiar delante de su propia y pomposa nariz. Pero incluso después de aquello el viejo siguió tratándolo como a un ciudadano de tercera clase.

Tal y como había hecho Oscar Pennington. Y tal como estaba haciendo en aquellos momentos Eva.

—¿Crees que mis amenazas son vacías? —preguntó con suavidad—. En ese caso, no hagas nada. A fin de cuentas, ese es tu privilegio y tu derecho. No hagas nada y serás testigo de cómo hundo a tu familia en el pozo más hondo que te puedas imaginar. No hagas nada y observa cómo desato un escándalo que destrozará para siempre el nombre de tu familia —tras dedicar una sonrisa totalmente carente de humor al conmocionado rostro de Eva, concluyó—: Para mí será un auténtico privilegio hacerlo.

Oscar Pennington inspiró profundamente y se puso en pie. A pesar de su desdeñosa mirada, Zaccheo captó en su expresión el miedo de un hombre acorralado.

—El tiempo se te acaba, Pennington.

—¿Cómo sabemos que no te estás tirando un farol? —intervino Eva en tono vehemente—. Demuestra que tienes algo en contra nuestra.

Zaccheo podría haberse ido en aquel momento y haberles dejado retorciéndose en medio de la duda, pero el pensamiento de dejar allí a Eva se le hizo insoportable. A pesar de todo, la reacción de su cuerpo al verla había demostrado que aún la deseaba con una fiebre que no hacía más que aumentar con el paso de cada segundo.

Pensaba tomar aquello que tan tonta y piadosamente se había negado a sí mismo dos años atrás. Solo se consideraría vengado cuando hubiera alcanzado todas y cada una de las metas que se había propuesto.

—No puedes, ¿verdad? —dijo Oscar Pennington con una ladina sonrisa al ver que no contestaba.

Zaccheo sonrió, casi divertido por la creciente confianza de su enemigo.

—Harry Fairfield te va a hacer un préstamo de quince millones de libras porque los costes sumados de los hoteles Pennington y del Spire son tan altos que los bancos no querrán saber nada de ti. Mientras tratas desesperadamente de vender las sobrevaloradas pero vacías plantas del Spire, los intereses que hay que pagar al consorcio chino dueño del setenta y cinco por ciento de las acciones del edificio no hacen más que aumentar. Tienes una reunión el lunes para solicitar más tiempo para pagar tu deuda. Y a cambio de la inversión de Fairfield vas a entregarle a tu hija.

Eva le lanzó una mirada furibunda.

—De acuerdo, has hecho algunas averiguaciones sobre el estado de los negocios de Pennington, pero eso no quiere decir que puedas demandarnos.

Zaccheo se tomó unos segundos para contestar.

—Sí que puedo. Tal vez os interesaría saber que ese consorcio chino me vendió su setenta y cinco por ciento del Spire hace tres días. Según mis cálculos, ya hace tres meses que no has podido pagar los intereses, ¿no?

Un áspero sonido, mezcla de resuello y tos, escapó de la garganta de Pennington mientras volvía a dejarse caer en su asiento.

—Supe que eras una apuesta sin futuro en el momento en que te vi por primera vez —dijo sin tratar de ocultar el odio que reflejaba su expresión—. Debería haberme fiado de mis instintos.

La rabia que Zaccheo se estaba esforzando por controlar creció.

—Lo que querías era una vía de escape, un chivo expiatorio que te

hiciera rico y que incluso estuviera dispuesto a dar la vida por ti sin cuestionárselo.

—Seguro que podemos discutir este asunto como personas civilizadas, señor Giordano —dijo Sophie Pennington mientras avanzaba con las manos alargadas hacia él en un gesto de benignidad.

Zaccheo alzó la mirada de aquellas manos al velado desdén que reflejaban los ojos de su dueña. Luego miró a Eva, que había vuelto junto a su padre.

Al sentir una punzada de compasión en su interior, Zaccheo se dio un zarandeo mental y se volvió con brusquedad hacia la puerta.

—Voy a esperarte en el helicóptero hasta que esté listo para despegar. Ese es el tiempo que te queda, Eva —dijo con firmeza, y a continuación salió a la terraza,

No había esperado que volver a ver a Eva fuera a producirle una reacción tan visceral, pero lo cierto era que apenas había sido capaz de controlarse al ver el anillo de otro hombre en su dedo. Saber que lo más probable era que ya hubiera compartido la cama de aquel borrachín hacía que se sintiera como si le estuviera corriendo ácido por las venas, pero no podía permitirse mostrar sus emociones.

Cada movimiento de estrategia en aquel juego de venganza exigía que mantuviera el control; no podía permitir que vieran lo afectado que se sentía por todo aquello.

Cuando avanzó por la terraza, la conversación de los invitados cesó al instante.

Zaccheo se encaminó hacia su helicóptero en medio del silencio reinante.

Eva acudiría junto a él. Ningún otro resultado sería aceptable. Y tampoco podía permitirse perder el control.

Al escuchar un creciente murmullo a sus espaldas, siguió avanzando sin volverse. Se agachó bajo las hélices del helicóptero y alargó la mano hacia la portezuela.

—¡Espera!

Zaccheo se detuvo y se volvió.

Doscientos pares de ojos contemplaron con evidente interés la escena cuando Eva se detuvo ante él. Su padre y su hermana permanecían en las escaleras, contemplando lo que sucedía con una expresión de auténtico miedo. Zaccheo volvió a mirar a Eva. La expresión de su rostro reflejaba más desafío que miedo, además de orgullo y cierto desdén.

Cuando deslizó la mirada por su cuerpo, Eva sujetó el chal en torno a sus hombros como si fuera una armadura. De un brusco tirón, Zaccheo se lo quitó y lo arrojó al suelo. La exuberante y sensual figura de Eva quedó expuesta a ojos de todos. Incapaz de contenerse, Zaccheo dio un paso hacia ella y la tomó entre sus brazos. El único

lugar al que pertenecía.

El poco aliento que Eva había sido capaz de retener después de correr hasta el helicóptero se escapó cuando Zaccheo la rodeó con sus brazos. Su cuerpo pasó en un instante de la sensación de frío a la de un intenso acaloramiento.

—Puede que creas que has ganado, que me posees, pero no es así —le espetó—. ¡Jamás me tendrás!

—Cuánto fuego. Cuánta determinación —murmuró Zaccheo con enloquecedora calma—. He de reconocer que has cambiado, *cara mia*. Sin embargo, aquí estás, dispuesta a transformarte en lo que yo quiero que seas.

—Sigue soñando. Estoy deseando ver la sorpresa que te llevarás cuando te demuestre que te equivocas.

—Ya me has demostrado que tengo razón.

—¿Estás seguro de eso? —preguntó Eva en tono burlón.

La facilidad con que Harry había aceptado que le devolviera el anillo había sido un alivio. Era posible que ya no tuviera una solución inmediata para los problemas de su familia, pero al menos se alegraba de no tener que seguir adelante con aquella farsa.

Zaccheo alzó la mano de Eva y le besó el anular, haciéndole volver a la realidad. Entre los asistentes destellaron varios flashes.

—Esto no va a durar mucho, Zaccheo, así que te sugiero que lo disfrutes mientras dure, porque pienso recuperar mi vida antes de medianoche…

Eva se interrumpió al ver la expresión de helada furia que por un instante cruzó el rostro de Zaccheo.

—Tu primera lección es que debes dejar de hablarme como si estuviera a tu servicio. Si lo haces me sentiré mucho más tranquilo para tratar contigo, algo que te conviene —dijo en tono de advertencia.

—Vaya, Zaccheo, parece que tienes muchas lecciones que darme… —dijo ella, tratando de sonar aburrida.

—Paciencia, *cara mia*. Ya te iré dando las instrucciones necesarias —cuando Zaccheo bajó la mirada hacia su boca, Eva se quedó sin aliento—. De momento, quiero que dejemos de hablar —añadió antes de atraerla hacia sí para besarla.

Eva se quedó paralizada. Zaccheo la besó como si fuera el dueño de su boca, de todo su cuerpo. Eva jamás se había imaginado que el roce de una barba podría provocarle tantas sensaciones. Sin embargo, se estremeció de placer cuando el sedoso pelo facial de Zaccheo le rozó la comisura de los labios.

Deslizó instintivamente las manos por los tensos bíceps de Zaccheo

mientras se perdía en la potente magia de su beso. Al primer contacto con su lengua se estremeció. Zaccheo deslizó una mano hasta su trasero y la presionó contra sí.

Eva no supo cuánto tiempo pasó mientras Zaccheo asaltaba su boca. Hasta que no se quedó sin aliento no recordó dónde estaba ni lo que estaba pasando.

De pronto se encontró mirando los oscuros ojos de Zaccheo, cuyo brillo tenía un matiz casi salvaje.

—Creo que ya hemos dado suficiente carnaza a nuestra audiencia. Entra.

El calmado tono de su voz, que contradecía absolutamente el frenesí de su mirada, hizo volver a Eva a la realidad.

—¿Solo se trataba de un espectáculo? —susurró con un estremecimiento.

—Por supuesto. ¿Acaso crees que te he besado porque estaba desesperado por hacerlo? Tengo bastante más autocontrol del que crees. Y ahora entra en el helicóptero —repitió Zaccheo a la vez que mantenía la portezuela abierta.

Un golpe de viento helado alcanzó la espalda desnuda de Eva, que se volvió hacia la terraza. Apenas había dado un par de pasos cuando Zaccheo la tomó por un brazo.

—¿Qué se supone que estás haciendo?

—Tengo frío —replicó Eva, cuyos dientes había empezado a castañetear—. Mi chal… —añadió mientras señalaba el lugar en que lo había dejado caer.

—Olvídalo. Esto te mantendrá caliente —dijo Zaccheo que, tras quitarse rápidamente la chaqueta del esmoquin, la colocó sobre los hombros de Eva.

Eva agradeció el inmediato alivio que experimentó, aunque lo último que quería era tener que agradecer nada a Zaccheo Giordano.

Y ella ya no era la chica ingenua que había sido hacía un año y medio. La traición de Zaccheo y la tensa relación que ella mantenía con su padre y su hermana habían endurecido su corazón. No estaba dispuesta a volver a exponer su corazón a más dolor.

—No, gracias —dijo mientras empezaba a quitarse la chaqueta—. Prefiero no quedar marcada como una de tus posesiones.

Zaccheo la interrumpió apoyando ambas manos en sus brazos.

—Ya eres mi posesión. Te has convertido en mía en el instante en que has aceptado seguirme hasta aquí, Eva. Puedes engañarte todo lo que quieras, pero esa va a ser tu realidad a partir de ahora.

Capítulo 4

@Lo de la gatita aristócrata era todo publicidad, ¡pero menudo beso! ¡Yo también quiero apuntarme!

@Eso no era amor. ¡Tan solo era una táctica obscena y desvergonzada para conseguir dinero!

Eva sentía que el estómago se le encogía más y más con cada mensaje nuevo que entraba en las redes sociales.

Las horas habían pasado en una bruma desde que Zaccheo había aterrizado con el helicóptero en la azotea del edificio Spire.

Apenas se había fijado en el deslumbrante interior del ático cuando Romeo, el enigmático ayudante de Zaccheo, había dado instrucciones al mayordomo para que la llevara a su dormitorio.

Zaccheo se había ido sin decir una palabra, dejándola en medio del vestíbulo de mármol con su chaqueta aún puesta.

A las cinco de la madrugada, Eva había renunciado a tratar de dormir y se había dado una ducha antes de volver a ponerse su diminuto vestido.

Lamentando no haber pedido algo para cubrirse un poco más, volvió a sentir que se le encogía el estómago al ver en la tableta de Zaccheo un nuevo comentario obsceno.

@¡Hey, amante convicto! No pierdas el tiempo con esa superficial niña rica. ¡Aún existimos mujeres de verdad! ¡Deja que yo me ocupe de ti, cariño!

Eva apretó los puños, negándose a imaginarse a ninguna mujer ocupándose de Zaccheo.

—Si estás pensando en responder, te aconsejo que no lo hagas.

Eva se sobresaltó al oír la cercana voz de Zaccheo.

—No tengo intención de responder —replicó tras volverse, agradecida por el sofá que los separaba—. Y tú no deberías espiar a la gente.

—Yo no espío. Si no hubieras estado tan concentrada leyendo los últimos comentarios sobre tu repentina fama, me habrías oído entrar.

—Mi «repentina fama» tan solo se debe a tu insistencia en colarte en una fiesta privada para convertirla en un espectáculo público.

—Y estabas tan ansiosa por averiguar si habías aparecido en las

redes sociales que te has despertado al amanecer para seguir las noticias.

—Decir que me he despertado es asumir que he dormido, cuando lo último que tenía en mente era dormir después de haber sido chantajeada para venir aquí. Y, por si te interesa, no tengo ninguna costumbre de leer la prensa sensacionalista, no a menos que quiera sufrir una indigestión.

Zaccheo rodeó el sofá y se detuvo a escasos centímetros de ella.

Eva no pudo evitar constatar que, a pesar de ser tan solo las seis de la mañana, Zaccheo parecía tan vitalmente masculino como si ya llevara en pie varias horas. Una fina capa de sudor cubría sus fuertes antebrazos, y la húmeda camiseta que vestía moldeaba su torso. Los pantalones de chándal que llevaba puestos no bastaban para ocultar sus poderosos muslos y Eva tuvo que apartar la mirada del viril contorno de su hombría presionada contra la suave tela del chándal.

—¿Piensas pasarte el resto de la mañana mirándome? —preguntó Zaccheo en tono burlón.

Eva alzó la barbilla en un gesto desafiante.

—En lo único en que pienso es en mantener una conversación razonable contigo respecto a los acontecimientos de la noche pasada.

—¿Acaso consideras que lo sucedido hasta ahora no ha sido razonable?

—Me he informado a través de la red. Te soltaron ayer por la mañana. Es normal que aún te sientas un poco afectado por tu encarcelación…

—¿Crees que estoy «un poco afectado» por mi encarcelación? ¿Acaso tienes idea de lo que supone estar encerrado en una celda durante más de un año?

Al ver la atormentada expresión que por un momento marcó los rasgos de su rostro, Eva experimentó una involuntaria punzada de compasión. Pero enseguida tuvo que recordarse con quién estaba tratando.

—Claro que no. Pero no quiero que hagas nada de lo que después puedas arrepentirte.

—Tu preocupación por mi bienestar es conmovedora. Pero te sugiero que te ahorres la preocupación para ti misma. Lo de anoche no fue nada comparado con la devastación que se avecina.

La promesa que emanó del tono de Zaccheo hizo que Eva se quedara petrificada.

—¿Y piensas explicarme en qué va a consistir ese inminente apocalipsis? —preguntó con todo el aplomo que pudo.

Zaccheo sonrió sin humor.

—Vamos a desayunar en media hora. Luego veremos si tu padre ha hecho lo que le dije que hiciera.

—¿Y si no lo ha hecho?

—En ese caso, su destrucción está más cercana de lo que se imagina.

Media hora después, Eva tuvo que tomar un sorbo de té para pasar la tostada con mantequilla que había empezado a comer.

Unos minutos antes había entrado Romeo con el mayordomo, que se había ocupado de servirles el desayuno. Zaccheo y él habían hablado un rato en italiano. La sonrisa que curvó los labios de Zaccheo cuando la breve conversación terminó hizo que Eva experimentara una oleada de pánico.

Zaccheo no había dicho nada tras la marcha de Romeo. Se había limitado a devorar un plato de huevos revueltos con champiñones y beicon acompañados de pan italiano.

Cuando, finalmente, Eva se animó a mirarlo, se volvió a sentir conmocionada por el cambio que había experimentado. A pesar de que se había puesto unos elegantes pantalones grises y una camisa azul oscuro, su mirada se vio atraída por la dureza que emanaba de su físico, más parecido al de un gladiador que al de un hombre de negocios.

—Eva —su nombre fue pronunciado en tono autoritario, un tono que Eva habría querido ignorar. Contenía un matiz de triunfo que no quería reconocer. No se sentía capaz de soportar las implicaciones que tenía. No se consideraba una persona acostumbrada a agachar la cabeza, pero si su padre había hecho lo que Zaccheo decía…—. Eva —repitió Zaccheo en tono controlado, pero exigente.

—¿Qué?

—Ven aquí.

Negándose a dejar ver lo afectada que estaba, se puso en pie, se tambaleó ligeramente sobre los tacones que no le había quedado más remedio que ponerse y avanzó hacia él.

Zaccheo bajó un momento la mirada hacia sus caderas antes de volver a alzarla. Eva odió a su cuerpo por la forma de reaccionar que tuvo ante aquella mirada, a sus pechos, que experimentaron un excitante cosquilleo, a la intersección de sus muslos, donde sintió algo parecido a una llamarada.

Se detuvo a unos pasos de él, se aseguró de situar una silla entre ellos y se cruzó de brazos antes de bajar la mirada hacia los periódicos que había sobre la mesa. Sabía que lo sucedido aparecía en casi todos los titulares, pero la foto en la que aparecían íntimamente abrazados…

—Aún no me puedo creer que hicieras aterrizar el helicóptero en medio de los fuegos artificiales —fue lo primero que se le ocurrió decir.

—¿Estabas preocupada por mí? —preguntó Zaccheo en tono burlón.

—Si tú no te preocupas por tu propia seguridad, ¿por qué iba a preocuparme yo? —replicó Eva.

—Espero que te preocupes más por mi bienestar cuando estemos casados.

—¿Casados? —repitió Eva, asombrada—. ¿No te parece que ya has llevado esto lo suficientemente lejos?

Los ojos de Zaccheo se transformaron en dos estanques de hielo.

—¿Acaso crees que esto es alguna clase de juego?

—Si tienes evidencias de lo que dices que sucedió, ¿por qué no has ido directamente a la policía?

—¿Crees que me estoy tirando un farol?

—Creo que lo que sucede es que te sientes ofendido.

—¿En serio? ¿Y qué más crees?

—Es evidente que quieres dejar claro ante todo el mundo cómo fuiste tratado por mi padre. Ahora que ya lo has hecho, déjalo.

—De manera que tu padre hizo todo esto… —Zaccheo señaló los periódicos que había sobre la mesa— solo para que yo no tuviera una rabieta infantil, ¿no? Y tú te arrojaste a mis pies solo para comprobar cuánto iba a durar mi farol, ¿no?

—Vamos, Zaccheo…

Zaccheo alargó una mano hacia Eva y apoyó un dedo bajo su barbilla.

—¿Hasta dónde estás dispuesta a llegar para que me vuelva razonable? ¿O debería adivinarlo? A fin de cuentas, ayer estabas dispuesta a comprometerte y prostituirte con un borrachín para salvar a tu familia.

La rabia que experimentó al escuchar aquello le dio a Eva la fuerza necesaria para mantenerse erguida ante él. Pero cuando trató de dar un paso atrás notó que estaba arrinconada contra la mesa.

—¿Y qué diferencia hay entre eso y prostituirme con un delincuente de mediana edad?

Zaccheo se inclinó hacia ella.

—Sabes exactamente la edad que tengo. De hecho, recuerdo muy bien dónde estábamos el día en que cumplí los treinta. ¿Necesitas que te refresque la memoria? —preguntó en un tono de divertido desprecio.

—No te molestes…

—No me supone ningún esfuerzo, así que lo haré de todos modos. Acabábamos de comprometernos y tú estabas arrodillada ante la ventana de mi ático, sin preocuparte por el hecho de que alguien con unos prismáticos pudiera vernos. Lo único que te preocupaba era soltarme el cinturón para quitarme los pantalones y desearme feliz cumpleaños de una manera con la que muchos hombres solo pueden fantasear.

Eva experimentó un acaloramiento tan repentino que temió sufrir una combustión espontánea.

—No era esa mi idea…

—¿Ah, no?

—No. Tú me retaste a hacerlo – Eva contuvo un momento el aliento y trató de ignorar las caricias de la mano de Zaccheo en su nuca. —Pero no quiero hablar del pasado. Prefiero ceñirme al presente.

No quería recordar lo crédula que había sido entonces, su estúpido afán por complacerlo, la excitación que le había producido que aquella especie de superhombre que podría haber tenido a la mujer que hubiera querido con tan solo chasquear un dedo la hubiera elegido a ella.

A pesar de haber aprendido por el camino duro que los hombres poderosos eran capaces de lo que fuera por conservar su poder, aún se permitió creer que Zaccheo la deseaba por sí misma. Pero averiguar que no era mejor que los demás, que lo único que había querido había sido asegurarse un negocio, había supuesto un terrible golpe que le había hecho pasarse prácticamente un año encerrada en un agujero.

Al principio las exigencias de Zaccheo habían sido sutiles: una comida ahí, un acto de beneficencia allá… hasta la noche en que oyó involuntariamente las palabras que tanto daño le hicieron.

«Ella es solo un medio para conseguir un fin. Nada más…».

La conversación que había seguido a aquellas palabras había quedado grabada en su mente, al igual que la admisión de Zaccheo de que las había pronunciado, de que la había utilizado.

Sin embargo, la conmoción que mostró cuando le devolvió el anillo le hizo preguntarse si habría hecho lo correcto. Pero su arresto por negligencia criminal le había confirmado la clase de hombre que realmente era.

Lo miró a los ojos.

—Ya has conseguido lo que querías, tu nombre en primera plana junto al mío. Todo el mundo sabe que anoche me fui contigo, que ya no estoy comprometida con Harry.

Zaccheo deslizó la mano hasta la parte trasera del cuello de Eva y empezó a masajeárselo.

—¿Y cómo se tomó Fairfield que lo dejaras colgado de una forma tan poco ceremoniosa?

—Harry se preocupa por mí, de manera que se lo tomó como un auténtico caballero. Es una lástima que no se pueda decir lo mismo de ti.

—¿Te refieres a que no le afectó averiguar que ya no iba a tener nunca más acceso a tu cuerpo?

Eva alzó una ceja.

—Nunca digas nunca más.

—Si crees que voy a tolerar la más mínima interacción entre Fairfield y tú, estás muy equivocada —le advirtió Zaccheo en un tono tensamente sombrío.

—Vaya, Zaccheo, casi pareces celoso.

—Te aseguro que no te conviene seguir por ahí, *dolcezza*.

—Si quieres que pare, dime por qué estás haciendo esto.

—Solo voy a decir esto una vez más. No pienso parar hasta que la reputación de tu padre quede por los suelos y hasta que me devuelva todo lo que me quitó. Con intereses, por supuesto.

—¿Puedes enseñarme alguna prueba de lo que dices que hizo mi padre?

—¿Te lo creerías aunque la vieras?

Eva bajó la mirada hacia los periódicos que había sobre la mesa, consciente de que en todos ellos había aparecido lo que Zaccheo había exigido. ¿Habría accedido a aquello su padre si las amenazas de Zaccheo hubieran carecido de base?

—Anoche, cuando dijiste que tú y yo… —Eva se interrumpió, incapaz de seguir procesando la realidad.

—¿Íbamos a estar casados en dos semanas? Sí, eso también lo dije en serio. Y para poner la rueda en marcha vamos a salir dentro de diez minutos a elegir el diamante que adornará tu anillo de compromiso. Después nos espera un día muy ajetreado, así que más vale que te alimentes un poco.

A continuación, Zaccheo giró sobre sus talones y salió de la habitación.

Capítulo 5

Hicieron la primera parada en una exclusiva boutique de ropa en Bond Street.

—No tenías por qué haberme comprado un abrigo —protestó Eva después, mientras la limusina los conducía a la calle Threadneedle, donde Zaccheo tenía una cita para ver la colección de diamantes que había solicitado.

—Tu piso está en el otro extremo de la ciudad y no quería pasarme una hora en el coche. Tengo cosas más importantes que hacer.

—Claro. Aún tienes que sacar tu porcentaje de carne del negocio, ¿no? —replicó Eva con ironía.

—No pienso obtener un porcentaje. Pienso quedarme con todo.

—Pareces muy seguro de que voy a entregarme a ti en bandeja de plata. Dadas las circunstancias, ¿no te parece que es una idea un poco absurda?

—Supongo que eso lo averiguaremos el lunes, en cuanto conozcas todos los sórdidos detalles del asunto. De lo único que tienes que preocuparte hoy es de elegir el diamante para el anillo de compromiso que deje claras las cosas a todo el mundo.

—¿Y qué es lo que se supone que voy a dejar claro con eso?

—Que me perteneces, por supuesto —replicó Zaccheo con la sonrisa que solía utilizar para hacer temblar a sus enemigos.

—Ya te he dicho que no tengo las más mínima intención de convertirme en una de tus posesiones. Ningún anillo podrá hacer que eso cambie.

—Te mientes a ti misma con mucha facilidad.

—¿Disculpa? —exclamó Eva en tono escandalizado, lo que atrajo de nuevo la mirada de Zaccheo hacia su boca. Una boca cuya dulzura recordaba intensamente… a pesar de sí mismo.

—Ambos sabemos que vas a ser exactamente quien yo quiera que seas cuando te lo pida. Tu familia se juega demasiado en este asunto como para que te arriesgues a hacer otra cosa.

—Solo te estoy siguiendo el juego porque quiero averiguar qué es lo que pasa exactamente. Eso es lo que hacen las familias. Pero, ya que tú jamás mencionas a tu familia, supongo que no sabes de qué estoy hablando.

Zaccheo tuvo que esforzarse para aparentar que aquellas palabras no lo habían afectado. Ya hacía tiempo que había perdido el respeto

por su padre cuando este murió, humillado y avergonzado. Y ver cómo se prostituía su madre a cambio de prestigio le había dejado un amargo sabor de boca. En lo referente a su familia no había tenido suerte, pero hacía tiempo que había aprendido que desear algo que uno no podía crear con sus propias manos era una completa absurdez. Para cuando alcanzó la pubertad dejó de tener deseos absurdos. Recordar el último deseo que solía pedir por la noche cuando era un niño le hizo apretar los puños. Incluso entonces ya sabía que el destino se reiría de su deseo de tener un hermano y una hermana. Sabía que aunque su madre estuviera embarazada aquel sueño no se haría realidad. Lo sabía.

Y, después de aquello, se había programado para no preocuparse por ello.

De manera que, ¿por qué le irritaba tanto que le recordaran que era el último Giordano?

—No hablo de mi familia porque no tengo ninguna familia. Pero eso es algo que pienso rectificar pronto.

—¿Qué se supone que quiere decir eso?

—Quiere decir que, gracias a tu familia, he tenido mucho tiempo en prisión para pensar en mi vida – Zaccheo endureció su tono al añadir: —Tengo intención de hacer algunos cambios.

—¿Qué clase de cambios?

—La clase de cambios que impedirán que tengas que volver a prostituirte por el bien del gran legado Pennington. Deberías estarme agradecido, porque tengo la impresión de que tú eres la que ha cargado con todo el peso de tu familia sobre los hombros.

—¡Yo no me he prostituido! —replicó Eva, pálida.

—¿Y qué hacías ayer vestida como una fulana y celebrando tu compromiso con un playboy borrachín? ¿Acaso no era debido al dinero? —preguntó Zaccheo, molesto por la excitación que le producía pensar en el descocado vestido que llevaba Eva bajo el abrigo.

—¡No lo hice por el dinero! Bueno, en parte fue por eso, pero también lo hice porque…

—Ahórrame cualquier declaración sobre el «verdadero amor» —Zaccheo no estaba seguro de por qué aborrecía la idea de que Eva mencionara la palabra «amor», o el nombre de Harry Fairfield.

Estaba al tanto de la amistad de Eva y Harry y, aunque sabía que el compromiso solo había sido una farsa, no se le había pasado por alto la camaradería que había entre ambos.

Era cierto que estaba celoso. Eva iba a ser suya y de nadie más. Pero también sentía lástima por Fairfield. Porque el amor, en todas sus formas, era una emoción falsa, una herramienta para manipular a los demás. Las madres declaraban su amor a sus hijos para luego abandonarlos en cuanto se volvían un inconveniente. Los padres

aseguraban interesarse por sus hijos por amor, pero, cuando llegaba el momento de la verdad, los primeros eran ellos. A veces incluso olvidaban que sus hijos existían.

En cuanto a Eva Pennington, había demostrado lo desleal que era cuando lo había dejado y se había distanciado de él solo unos días antes de su arresto.

—No pensaba decir nada de eso. Ya he aprendido a no mencionar tontamente la palabra «amor»…

—¿Estabas al tanto? —la interrumpió Zaccheo sin poder contenerse.

—¿Al tanto de qué? —preguntó Eva con el ceño fruncido.

—De los planes de tu padre.

—¿Sus planes para qué?

A pesar de sí mismo, Zaccheo experimentó una amarga decepción. Era tonto por pensar, o tal vez por desear que, a pesar de todos los indicios de lo contrario, Eva desconocía los planes de Oscar Pennington para utilizarlo a él como cabeza de turco.

—Ya hemos llegado, señor —dijo en aquel momento el conductor de la limusina a través del intercomunicador.

Zaccheo observó como se lanzaba Eva de inmediato hacia la puerta. Se habría reído de sus prisas si no hubiera sabido que estaba huyendo de aquella conversación. Había sido una tontería por su parte sacar a colación aquello. No necesitaba más mentiras. Tenía las pruebas que demostraban la culpabilidad de Pennington. Indagar en los porqués del comportamiento de Eva era una pérdida de tiempo.

Cuando salieron del banco tras elegir el diamante que iba a adornar el anillo de compromiso de Eva, tuvieron que entrar rápidamente en el coche mientras un grupo de paparazzi se abalanzaba hacia ellos. Zaccheo dio unas rápidas instrucciones al chófer y el vehículo se adentró en el tráfico.

—Si ya he cumplido por hoy con mi cuota de publicidad, me gustaría ir a mi apartamento, por favor.

—¿Y por qué iba a acceder a llevarte?

—Tomaría un autobús, pero mi bolso y mi teléfono están en Pennington…

—Tus pertenencias ya están en mi ático.

—Oh… gracias. En cuanto las recoja me voy – Eva necesitaba quitarse aquel vestido, darse una ducha y ensayar las seis canciones que tenía que cantar en el club aquella noche. Existía la posibilidad de que el productor que había asistido últimamente a sus sesiones volviera aquella noche.

—Me parece que no lo has entendido —dijo Zaccheo con una fría sonrisa—. Cuando he dicho «tus pertenencias» me refería a todo.

También se ha pagado tu renta y tu arrendadora ya se está ocupando de alquilar el apartamento a otra persona.

—¿De qué estás hablando? —preguntó Eva con una mezcla de asombro y enfado—. La señora Hammond no habría dado por cancelado mi contrato sin hablar antes conmigo —al ver que Zaccheo se limitaba a seguir mirándola sin decir nada, añadió—: ¿Cómo te has atrevido? ¿La has amenazado.

—No ha hecho falta. Ya sabes que el dinero ablanda los corazones más duros. La señora Hammond se ha quedado encantada ante la perspectiva de operarse de la cadera la semana que viene en lugar de dentro de un año. También ha ayudado que sea una romántica incorregible, y nuestra foto en la prensa también ha ayudado.

—¡No tenías derecho a hacer algo así! —protestó Eva, a pesar de que en el fondo también se alegró de que la señora Hammond pudiera ser operada antes de lo esperado—. Eso no ha sido más que una descarnada muestra de tu poder, pero te aseguro que no estoy impresionada. Sean cuales sean los crímenes que crees que hemos cometido, puede que ir a la cárcel sea mejor que este… secuestro.

—Te aseguro que ir a la cárcel no es algo con lo que se pueda bromear.

El tono con el que Zaccheo dijo aquello hizo que a Eva se le encogiera el corazón. Al mirar sus ojos percibió por un instante en ellos una intensa agonía. Le asombró que Zaccheo le hubiera permitido ser testigo de aquella desnuda emoción.

—¿De verdad crees saber lo que supone que te priven de tu libertad durante meses y meses? Ruega para que no te suceda, porque es muy probable que no pudieras sobrevivir a la experiencia.

—Zaccheo, yo… —Eva se interrumpió, sin saber qué decir.

Zaccheo movió una mano en el aire a la vez que volvía a adoptar su impenetrable máscara.

—Quiero que te instales cuanto antes y con el mínimo alboroto posible.

—¿Y a qué se deben esas prisas?

—Suponía que eso sería evidente. Tengo serios problemas de confianza.

—¿Y eso es culpa de mi familia?

—Me fie de tu padre y él me recompensó enviándome a la cárcel. Y tú estuviste a su lado todo el tiempo.

—¿Y retenerme en contra de mi voluntad forma parte de mi castigo?

—No tienes por qué quedarte —dijo Zaccheo con una sonrisa que no alcanzó sus ojos—. Tienes otras opciones. Puedes llamar a la policía y decir que te estoy reteniendo en contra de tu voluntad, aunque no creo que eso los convenza después de que más de

trescientas personas te vieran corriendo detrás de mí anoche. Pero, si eliges irte, nadie alzará un dedo para impedírtelo.

—Pero eso en realidad no es cierto, ¿verdad? ¿Qué opciones reales tengo mientras tu amenaza siga pendiendo sobre la cabeza de mi padre?

—Deja que se las apañe solo si te consideras realmente inocente de todo eso. ¿Quieres irte? Esta es tu oportunidad.

Zaccheo volvió su penetrante mirada hacia la puerta del coche y Eva vio que ya habían llegado al emblemático edificio que había llevado a Zaccheo a su vida y que la había vuelto patas arriba.

La prestigiosa revista *Architectural Digest* lo había considerado una *obra maestra innovadora e increíblemente bella de la arquitectura contemporánea.*

Eva elevó la mirada por las paredes de acero elástico del edificio hasta el ático de Zaccheo. Su nuevo hogar. Su prisión.

Cuando, una vez fuera del vehículo, Zaccheo le ofreció su mano para ayudarla a salir, Eva dudó, incapaz de aceptar que aquel fuera su destino.

—Te encantaría que te ayudara a enterrar a mi padre, ¿verdad?

—Se va a hundir de todos modos, pero depende de ti que pueda recuperarse o no.

Eva habría querido cerrar la puerta para irse de allí y no volver nunca más, pero el recuerdo de su padre en la cama del hospital la detuvo. Ya había perdido a su madre. Por complicada que fuera su relación con su padre, no podría soportar perderlo también. Y no tendría ninguna opción de salvar la ya frágil relación con su hermana si se iba.

Porque estaba claro que Zaccheo estaba empeñado en salirse con la suya.

Con o sin cooperación.

Capítulo 6

Eva se sopló el flequillo de la frente y miró a su alrededor. La suite de invitados en que se hallaba era tres o cuatro veces más grande que su anterior habitación, y todas las superficies posibles estaban cubiertas de ropa de diseño y diversos accesorios. Cuatro jóvenes estilistas sostenían los modelos con que estaban dispuestas a abalanzarse sobre ella en cuanto se quitara el que llevaba puesto.

—¿Cuántos más voy a tener que probarme antes de que acabemos? —trató de sonar amable, pero sabía que su tono había perdido la amabilidad desde el momento en que había vuelto a entrar en el ático de Zaccheo.

—Ya hemos hecho la selección de ropa para la casa y para la tarde. Terminaremos con el vestuario en cuanto hayamos hecho la selección de ropa para el verano. Luego podemos ocuparnos de su pelo y del maquillaje —dijo Vivian, la jefa de las estilistas, con una sonrisa de oreja a oreja.

Eva trató de no gruñir. Quería acabar de una vez para llamar a su padre. No pensaba esperar hasta el lunes para obtener una respuesta, aunque con cada hora que pasaba sin tener noticias de su padre sentía que las amenazas de Zaccheo eran más y más reales. ¿Se habría tomado la molestia de sacarla de su apartamento y de hacerle elegir entre todo aquello si solo se tratara de alguna clase de juego retorcido?

—Cuidado con eso, señora Giordano. Ese encaje es muy delicado.

—No me llame así —dijo Eva mientras dejaba caer el vestido—. No soy la señora Giordano…

—Al menos todavía… ¿verdad, *bellissima*?

Eva notó que todas las mujeres que había en la habitación contuvieron el aliento cuando Zaccheo entró.

Cuando se volvió hacia él captó una expresión de clara advertencia en sus ojos. Antes de que pudiera responder, Zaccheo le tomó la mano y la alzó para besársela. Eva no pudo evitar que un cálido estremecimiento le recorriera el cuerpo al sentir el roce de sus labios en los nudillos.

—Solo faltan unos cuantos días para que seamos marido y mujer —murmuró Zaccheo, aunque lo suficientemente alto como para que todo el mundo lo oyera.

—No… quiero decir, sí —balbuceó Eva—, pero más vale que no

tentemos al destino. ¿Quién sabe lo que puede pasar en unos cuantos días?

—He movido montañas para hacerte mía, *il mio prezioso*. Nada se interpondrá en mi camino.

Diversos suspiros de envidia apenas discretos puntuaron las roncas palabras de Zaccheo, y Eva no pudo reprimir un estremecimiento tan cálido como involuntario al sentir el roce de sus labios. Cuando trató de retirar la mano, él se lo impidió.

—En ese caso creo que deberías dejar de distraerme mientras me pongo guapa para ti —dijo con una forzada sonrisa—. ¿O querías algo en concreto?

—He venido para decirte que tus pertenencias ya están desembaladas y para preguntarte si quieres almorzar conmigo o si prefieres que traigan aquí algo de comer —dijo Zaccheo en un tono ligeramente burlón, como si supiera ya lo que iba a elegir.

Eva alzó la barbilla.

—Dado que todo esto ha sido una sorpresa con la que no contaba, será mejor que me traigan aquí la comida.

—Tus deseos son órdenes para mí, *dolcezza*. Pero asegúrate de haber acabado para la hora de cenar. Detesto comer solo.

Eva tuvo que morderse la lengua para no replicar. ¡A fin de cuentas había sido él quien había concertado la cita con la estilista! Se conformó con lanzar una mirada asesina a sus espaldas mientras su alta e imponente figura se encaminaba hacia la puerta seguida de otros cuatro pares de ojos.

Las mujeres no se fueron hasta tres agotadoras horas después. El sol ya se estaba poniendo cuando Eva arrastró su cuerpo a la suite que había ocupado la noche anterior. Su recién lavado y peinado pelo se balanceó en sedosas oleadas por su espalda. Sentía el rostro agradablemente relajado tras el tratamiento facial que había recibido previo a un sutil maquillaje.

El delicado vestido de cachemira gris y cuello abierto que llevaba acarició sus caderas y muslos mientras avanzaba hacia la puerta. Se lo había puesto solo porque Vivian había insistido. No había tenido valor para decirle que no pensaba tocar ninguna de aquellas prendas. Pero no podía negar que se sentía realmente elegante y guapa con el vestido que ella misma habría elegido para cenar. Aunque no fuera precisamente una cena a la que estuviera deseando asistir.

Los afilados tacones de sus zapatos resonaron en el suelo de mármol mientras se detenía ante las dobles puertas correderas. Tras abrirlas y avanzar al interior se quedó paralizada y momentáneamente boquiabierta. La sorpresa fue seguida de un cosquilleo en la nuca que

le reveló que no estaba sola.

—¿Sucede algo?

La voz de Zaccheo a sus espaldas hizo que Eva se volviera.

Estaba apoyado contra el marco, con las manos metidas en los bolsillos de sus pantalones negros. Un jersey blanco con el cuello en pico acariciaba sus musculosos hombros y brazos y hacía que el gris de sus ojos resultara más ligero, casi plateado. Su pelo, un poco húmedo, brillaba como el azabache contra sus hombros.

Su mirada atrapó la de Eva y la retuvo durante unos segundos antes de realizar un detallado recorrido de su rostro, cabello y cuerpo. Cuando volvió a alzar la mirada hacia sus ojos, Eva captó en los suyos un deseo oscuro y perturbador que hizo que se derritiera como mantequilla por dentro.

Se volvió rápidamente para inspeccionar de nuevo la habitación.

—No me puedo creer que todo sea tan parecido —murmuró.

—¿Habrías preferido que hubiera dejado tus cosas amontonadas en medio de la habitación?

—No me refería a eso, y lo sabes. Has reproducido mi cuarto casi como el que he tenido hasta ahora.

—¿Y eso te inquieta?

Eva se acercó al viejo tocador de roble que había pertenecido a su madre. Era una de las pocas cosas que se llevó cuando se fue de la mansión Pennington.

Acarició el cepillo de pelo que había utilizado apenas la mañana anterior.

—No me inquieta. Me desconcierta encontrar mis cosas tal como las dejé en mi cuarto ayer por la mañana.

—O con algunas fotos que encargué que hicieran.

Eva frunció el ceño.

—¿Por qué?

Zaccheo parpadeó un momento. Luego se encogió de hombros.

—Lo consideré el modo más eficiente de actuar.

—Oh —murmuró Eva, absurdamente decepcionada. ¿Cómo podía ser tan estúpida como para haber pensado por un instante que lo había hecho porque se preocupaba por ella, porque quería que estuviera cómoda?

Se reprendió en silencio.

Asignar absurdas fantasías a las acciones de Zaccheo ya le había conducido otra vez a llevarse una amarga decepción.

Al ver su bolso en la cama fue a sacar el móvil. Apenas le quedaba batería, pero aún tenía suficiente para hacer una llamada a su padre. Empezó a pulsar los botones, pero se dio cuenta de que Zaccheo no se había movido.

—¿Necesitas algo? —preguntó.

—He pasado más de un año en la cárcel, *dolcezza* —murmuró Zaccheo con voz ronca—. Tengo muchas necesidades —añadió a la vez que deslizaba la mirada de Eva a la cama—. Pero la más acuciante en estos momentos es el sustento. He pedido que nos suban la cena. Estará aquí en quince minutos.

—De acuerdo —logró contestar Eva a pesar del ligero mareo que le habían producido las palabras de Zaccheo que, tras un seco asentimiento de cabeza, salió.

Eva se sentó en la cama. Durante las pocas semanas que salió con Zaccheo, un año y medio antes, había sido testigo de cómo respondían las mujeres a su inconfundible magnetismo animal. También había sido testigo de la reacción de Zaccheo. A veces respondía con encanto, otras con una actitud distante, pero siempre con una sexualidad innata que hablaba de su profundo aprecio por las mujeres. Y nunca había tenido prejuicios para procurarse sus amorosas atenciones.

Haber carecido de aquello durante más de un año…

Eva se estremeció a pesar de la agradable temperatura reinante. No, ella era la última mujer que Zaccheo elegiría para meterse en la cama.

Sin embargo, la noche anterior la había besado como si quisiera devorarla. Y, tal y como acababa de mirarla hacía un momento…

Pero lo cierto era que solo la tenía allí como un instrumento para su venganza. Cuanto antes llegara al fondo de todo aquello, mejor, se dijo mientras pulsaba con decisión los botones del móvil.

Saltó directamente el contestador. Decepcionada, Eva dejó un mensaje a su padre para que la llamara. El teléfono de Sophie sonó casi un minuto sin que contestara. Estuviera evitándola a propósito o no, Eva estaba empeñada en obtener algunas respuestas antes del lunes.

Tras poner el teléfono a cargar, salió de la habitación. Cuanto entró en el comedor se cruzó con dos camareros que salían empujando unos carritos.

—Siempre has sido impecablemente puntual —dijo Zaccheo, que estaba inspeccionando el contenido de algunas fuentes.

—Supongo que eso es algo a mi favor.

—Umm… —fue el único comentario de Zaccheo.

Cuando Eva fue a sentarse, se quedó paralizada ante la romántica composición de la mesa, que incluía una cubitera con hielo en la que había una botella de champán.

—¿Piensas comer de pie? —preguntó Zaccheo.

Eva se sobresaltó al sentir el roce de su aliento en la oreja. ¿Cuándo se había acercado tanto?

—Claro que no. Pero no me esperaba una puesta en escena tan elaborada —dijo mientras ocupaba la silla que Zaccheo apartó para ella—. Casi parece que vas a celebrar algo.

—¿No te parece suficiente motivo haber salido de la cárcel?

—Yo… por supuesto —murmuró Eva, avergonzada—. Lo siento… lo había olvidado…

—Por supuesto que lo habías olvidado.

—¿Qué quieres decir con eso? —preguntó Eva, tensa.

—Se te da muy bien dejar las cosas atrás, ¿verdad? ¿O has olvidado lo rápido que te alejaste de mí la última vez?

Eva bajó la mirada hacia su plato, tomó una cuchara y se sirvió un poco de caviar.

—Ya sabes por qué me fui la última vez.

—¿Ah, sí?

—¡Claro que sí! —replicó Eva, que tuvo que hacer un esfuerzo por mantener la compostura—. ¿Te importaría que habláramos de otra cosa?

—¿Por qué? ¿Te sientes incómoda recordando tus actos? ¿O es que te produce rechazo compartir la mesa con un exconvicto?

—No. Más bien se debe a que, en lugar de hablar, gruñes y tu voz suena gélida, y también porque creo que tenemos versiones diferentes de lo que sucedió.

Zaccheo se sirvió un poco de caviar antes de responder.

—¿En serio? ¿Te importaría aclararme esas diferencias?

—Ya hemos pasado por esto, ¿recuerdas? Admitiste que solo me habías propuesto matrimonio para entrar en el «selecto» club de los grandes hombres de negocios. ¿Acaso vas a negarlo?

Zaccheo se quedó momentáneamente paralizado. Antes de hablar, tomó un bocado de su caviar.

—Claro que no. Pero entonces creía que teníamos un acuerdo, y que sabías el papel que tenías que interpretar.

—Lo siento, pero debo de haber perdido mi copia de la «Guía de Relaciones de Zaccheo Giordano» —replicó Eva con ironía.

—Pareces empeñada en negar saber cómo jugar exactamente a este juego, como si vosotros los aristócratas no llevarais generaciones practicando el dar algo siempre a cambio de algo.

—Paredes morbosamente fascinado por la forma de funcionar de las clases altas. Si te desagradamos tanto, ¿por qué te empeñas en rodearte de nosotros? Supongo que te resulta conveniente considerarnos los responsables de todos los males de tu vida.

—¿Crees que debería tratar con ligereza el hecho de haber sido privado de mi libertad?

—Fueron las evidencias y las pruebas lo que te llevó a la cárcel, Zaccheo. Y ahora, ¿podemos cambiar de tema o vamos a seguir discutiendo para ver cuál de los dos se muere antes de una indigestión?

Zaccheo permaneció en silencio unos segundos sin apartar la vista

de Eva, que le sostuvo la mirada a pesar de la furia que pudo percibir en ella.

—Como quieras —dijo finalmente Zaccheo con una burlona sonrisa.

No volvió a hablar hasta que terminaron el primer plato.

—Te propongo un juego. Lo llamaremos «¿Y si…?».

—Pensaba que no te gustaban los juegos.

—En esta ocasión haré una excepción.

Eva suspiró y trató de disimular su tensión.

—De acuerdo, si insistes…

—¿Y si yo no fuera el hombre que crees que soy? ¿Y si fuera un desconocido inocente de todas las acusaciones que lo habían llevado a la cárcel? ¿Y si ese desconocido te dijera que cada día que había pasado en prisión se había sentido como si le hubieran estado arrancando poco a poco la vida? ¿Qué le dirías?

—Le diría que sentía mucho que no se hubiera hecho justicia en su caso y le preguntaría si podía hacer algo para ayudarle a dejar atrás su pasado —contestó Eva, consciente de la tensión que emanaba del cuerpo de Zaccheo.

—¿Y si no quisiera dejar atrás mi pasado? ¿Y si la única manera de conseguir una satisfacción fuera hacer pagar a los responsables por sus actos?

—Te diría que lo comprendía, pero que así no conseguirías recuperar lo que habías perdido. También te preguntaría que por qué pensabas que esa era la única vía de acción.

La mirada de Zaccheo se oscureció con una mezcla de rabia y angustia. Pero enseguida se levantó para ocuparse del segundo plato.

—Puede que no conozca otros recursos que el crimen y el castigo —dijo en un tono inquietantemente calmado.

Eva sintió que se le encogía el corazón.

—¿Y eso por qué?

Zaccheo puso ante ella un plato de langosta antes de volver a ocupar su sitio.

—Digamos que nunca he conocido otra cosa.

—Has tenido que conocer algo más, o de lo contrario no estarías tan desolado por la mano que te ha tocado en la vida. Estás enfadado, sí, pero también estás herido por tu terrible experiencia. Te aseguro que tu historia no es única.

Zaccheo frunció el ceño ante la amargura que delató el tono de voz de Eva.

—¿Ah, no? Ilústrame, por favor. ¿Cómo has sido herida tú por la vida?

Eva se recriminó por haber dejado aquella puerta abierta. Ya no podía echarse atrás, pero tampoco quería proveer a Zaccheo de munición contra ella.

—Mi familia… estamos unidos en lo que importa, pero siempre he tenido que ganarme cualquier atención que haya recibido, especialmente por parte de mi padre. Y no siempre ha sido fácil, especialmente cuando se han alzado muros y se han creado alianzas donde no debería haberlas.

Zaccheo descifró de inmediato aquellas vaguedades.

—¿Tu padre y tu hermana contra ti y contra tu madre? No hace falta que lo niegues. Es fácil darse cuenta de que tu hermana quiere ser la viva imagen de su padre —dijo con dureza.

Eva se encogió de hombros.

—Mi padre se ocupó de prepararla desde que era una niña, y a mí no me importó. Pero no entendía por qué eso tenía que implicar que me dejaran al margen, especialmente… —se interrumpió al darse cuenta de que estaba hablando demasiado.

—¿Especialmente…? —insistió Zaccheo.

—Tras la muerte de mi madre. Pensé que las cosas cambiarían, pero me equivoqué.

—Se supone que la muerte nos iguala a todos, pero casi nunca hace que alguien cambie —dijo Zaccheo con una mueca de desagrado.

—Tus padres…

—Fueron los individuos que me trajeron al mundo, pero no valían para mucho más. Pero nos estamos desviando del tema, Eva. ¿Y si ese desconocido no es capaz de encontrar una forma de perdonar y olvidar?

La mano de Eva tembló ligeramente cuando tomó su copa.

—En ese caso, debería preguntarse si está preparado para afrontar las consecuencias de sus actos.

Zaccheo frunció su sombrío ceño antes de asentir secamente con la cabeza.

—He preguntado y me has contestado.

—En ese caso, ¿no te parece que este juego ya carece de sentido?

Zaccheo sonrió apenas.

—Al contrario. Has demostrado tener una sensibilidad que algunos verían como un defecto.

Eva se preguntó si Zaccheo había sido siempre así. Le avergonzaba admitir que se había sentido tan deslumbrada por él cuando lo conoció que no se molestó en mirar más allá hasta el día en que le demostró quién era realmente. La besó en su tercera cita, después de lo cual, temiendo decepcionarlo, le confesó que era virgen. La reacción de Zaccheo fue de cuento. La trató como a una princesa, le prestó toda su atención cada vez que estaba con ella y, en su sexta cita le dijo que quería pasar el resto de su vida con ella.

Pero todo aquello había sido una mentira. El hombre que tenía delante carecía de suavidad y delicadeza; tan solo poseía un frío y

mortal encanto.

—No estés tan seguro de ello, Zaccheo. He aprendido algunas lecciones desde nuestra desafortunada… asociación.

—¿Por ejemplo?

—Ya no soy tan crédula. Y puede que mi familia no sea perfecta, pero aún siento un fuerte instinto de protección hacia aquellos a los que quiero. No lo olvides.

—Tomo nota —replicó Zaccheo en tono aburrido.

Terminaron de cenar en silencio y, cuando Eva miró la hora, se levantó precipitadamente.

—¿Te importa que me vaya ya? Se me está haciendo muy tarde.

Zaccheo frunció el ceño.

—¿Tarde para qué?

—Para ir a trabajar. Ya me he tomado dos días libres sin sueldo. Encima no quiero llegar tarde.

—¿Sigues trabajando en el club Siren? —preguntó Zaccheo en tono incrédulo.

—Tengo que ganarme la vida.

—¿Aún cantas?

Eva recordó el día en que Zaccheo se presentó en el club y ocupó una mesa en primera fila mientras ella cantaba. Se sintió como hipnotizada desde el principio, y prácticamente cantó solo para él. Cuando terminó, Zaccheo se acercó a ella y le ofreció la mano para ayudarla a bajar del escenario. Cuando le pidió una cita para el día siguiente, aceptó sin pensárselo dos veces.

Pero se equivocó al pensar que había sido el destino lo que había llevado a Zaccheo a aquel club. Lo cierto era que todo formaba parte de sus egoístas planes para conseguir lo que quería.

—Sí, aún canto —le espetó—. Y ten cuidado antes de empezar a proferir amenazas respecto a mi vida profesional. He accedido a lo del anillo, a lo de la ropa y a cenar contigo, pero ahora tengo intención de volver a «mi» realidad.

Se dio la vuelta y se alejó decidida a no mirar si Zaccheo la seguía.

Capítulo 7

Mientras caminaba de un lado a otro del salón, Zaccheo contempló la posibilidad de dejar otro mensaje en el buzón de voz.

Ya había dejado cinco, aunque Eva no se había molestado en contestar a ninguno. Ya eran las dos de la mañana y aún no había regresado. En su sombrío estado de ánimo, Zaccheo había tomado demasiadas copas como para conducir hasta el club.

Enterarse de lo que tenía entre manos Pennington no había ayudado a mejorar su humor. Aunque inútilmente, Pennington estaba tratando de conseguir apoyo financiero, pero lo que más irritaba a Zaccheo era que estuviera poniendo en oferta más y más partes del Spire, el edificio que dejaría de ser suyo el lunes.

El Spire era su logro personal, la propiedad de la que más orgulloso se sentía, el edificio que debería haber supuesto su coronación en el mundo de los negocios. Sin embargo, se había convertido en el símbolo de su caída. Pero no pensaba cejar hasta limpiar completamente su nombre. No iba a permitir que lo humillaran, que murmuraran a sus espaldas y lo llamaran parásito, como le sucedió a su padre.

Hacía solo unas horas que Eva le había preguntado por qué estaba tan fascinado por los de su clase. Por un instante se había preguntado si su ferviente deseo de demostrar que no eran mejores que él supondría una debilidad, algo de lo que debería librarse cuanto antes.

Por mucho que lo había intentado no había logrado olvidar sus palabras. Porque había mentido. Sí sabía cómo perdonar. Había perdonado a su padre cada vez que este se había acordado de su existencia y había mostrado interés por él. Había perdonado a su madre por las primeras veces que permitió que su padrastro le tratara como si fuera basura.

Lo que no le había dicho a Eva era que también había aprendido que el perdón no resultaba efectivo cuando el receptor no era capaz de recibirlo.

Perdonar era una emoción debilitante, y habría supuesto una pérdida de tiempo sentirla por Pennington.

El sonido de la puerta hizo que se volviera a la vez que experimentaba una sensación muy parecida al alivio.

—¿Dónde has estado? —prácticamente gruñó.

Eva pasó una mano por su sedoso pelo con expresión cautelosa.

—¿Es el Día de la Marmota, o algo parecido? Porque juraría que ya habíamos mantenido esta conversación hace unas horas.

—Hace hora y media que has terminado de trabajar. ¿Dónde has estado?

—¿Cómo sabes cuándo he terminado de trabajar?

—Responde a mi pregunta.

Eva retiró el bolso que colgaba de su hombro y lo dejó caer en la mesa de café. Luego se quitó los zapatos de dos patadas, se sentó en el sofá y empezó a masajearse los pies como una experta bailarina.

—He tomado el autobús nocturno. Es más barato que un taxi, pero tarda bastante más.

—*Mi scusi*? ¿Has tomado el autobús nocturno? —repitió Zaccheo.

—Cuidado, Zaccheo. Hablas casi como uno de esos esnobs de clase alta que tanto detestas.

A pesar de su enfado, Zaccheo observó hipnotizado cómo completaba sus estiramientos Eva. Luego, sin poder contenerse, deslizó la mirada hacia arriba por su cuerpo. El jersey que llevaba, decorado con un motivo musical, ceñía su delgado torso y enfatizaba sus generosos pechos y su estrecha cintura antes de acabar un par de centímetros por encima de los vaqueros. El fragmento de piel expuesta atrajo a Zaccheo como un imán. La electricidad que siempre había habido entre ellos seguía allí, por mucho que se hubiera empeñado en negarlo.

Tuvo que hacer un verdadero esfuerzo para apartar la mirada de aquellas tentadoras curvas femeninas y centrarse en la pregunta que había estado ardiendo en su mente toda la noche.

—Explícame cómo es posible que tomes un autobús teniendo dos millones de libras en el banco.

Eva se quedó momentáneamente boquiabierta.

—¿Cómo diablos sabes el dinero que tengo en mi cuenta?

—Es muy fácil. Solo hace falta conocer a la gente adecuada. Estoy esperando tu respuesta.

—Pues no voy a contestarte. Lo que haga con mi dinero es asunto mío.

—Te equivocas, *cara*. Desde anoche, tu bienestar es asunto mío, y, si crees que voy a permitir que arriesgues tu seguridad en las horas en que los borrachos y los delincuentes salen de sus guaridas, estás muy equivocada.

—¿Disculpa? —replicó Eva con ironía—. Supongo que acabaré teniendo que pedirte permiso para respirar, ¿no?

Zaccheo se pasó una mano por el pelo mientras se preguntaba si Eva había sido siempre tan difícil y se le había pasado por alto. Casi había algo infantil en su rabieta…

Pero la verdad era que sabía muy bien que era toda una mujer, algo

que su libido le dejó bien claro el día que la vio por primera vez, y que en aquellos momentos le estaba recordando la presión que sentía en la entrepierna de su pantalón.

—Ya que de momento me haces falta viva, no; no necesitas mi permiso para respirar.

—¡Vaya, muchas gracias!

—A partir de ahora te llevarán y te traerán del trabajo.

—No, gracias.

—¿Prefieres congelarte en la parada de un autobús a aceptar mi oferta?

—Sí, porque la oferta incluye un precio. Puede que aún no sepa cuál es, pero no tengo intención de pagarlo.

—¿Por qué insistes en luchar contra mí cuando ambos sabemos que no tienes elección? Estoy dispuesto a apostar lo que quieras a que tu padre no te ha devuelto tus llamadas.

Eva apartó la mirada.

—Tendrá sus motivos.

—¿Lo suficientemente importantes como para no responder a las llamadas telefónicas de su hija? ¿Sabes lo que ha estado haciendo?

—Estoy segura de que estás a punto de sorprenderme quiera o no.

—Ha estado tratando de cobrarse cada favor que cree que le deben. Desafortunadamente, y siendo tan codicioso, apenas le quedan favores que cobrar. Está mendigando por todo el país para tratar de salvarse del agujero en el que sabe que estoy a punto de enterrarlo. No ha respondido a tus llamadas, pero sí a la que le he hecho yo. La tengo grabada. ¿Quieres escucharla?

—¡Vete al diablo, Zaccheo! —le espetó Eva, y Zaccheo pudo captar el dolor de su mirada.

Casi sintió lástima por ella, pero enseguida recordó el papel que había jugado en todo aquello.

—Ven aquí —murmuró—. Tengo algo para ti.

Eva alzó la barbilla.

—No quiero nada de lo que puedas ofrecerme.

—Si te acercas, aceptaré el beso que me debes de anoche – Zaccheo se arrepintió de inmediato de haber dicho aquello, porque sabía que a partir de aquel momento no iba a poder pensar en otra cosa.

—No te debo nada —dijo Eva, ruborizada—. Y menos aún un beso.

Al ver que Zaccheo comenzaba a avanzar hacia ella, Eva extendió los brazos ante sí.

—¡Para! ¿Acaso no te enseñó modales tu madre?

—No —replicó Zaccheo con frialdad—. Mi madre estaba demasiado ocupada ascendiendo en la escala social tras la muerte de mi padre como para ocuparse de mí. Aunque tampoco lo hizo cuando estaba vivo.

Eva bajó la mirada, incapaz de no sentirse conmovida.

—Lo siento.

Zaccheo pensó que no quería saber nada de su compasión. Sin embargo, en el terreno del sexo sí estaba interesado. El control que había estado ejerciendo sobre sí mismo amenazó con irse al traste cuando dio otro paso hacia ella.

—¡De acuerdo! Ya voy —dijo Eva mientras avanzaba descalza hacia él—. Ya he hecho lo que querías. Ahora dame lo que sea que quieras darme.

—Está en mi bolsillo trasero.

—¿Es este otro de tus jueguecitos, Zaccheo?

—Solo te llevará unos segundos averiguarlo. ¿Eres lo suficientemente valiente, *dolcezza*?

Eva parpadeó, pero enseguida se recuperó de aquel modo que Zaccheo siempre había encontrado tan fascinante y lo rodeó con una mano por la cintura hasta alcanzar uno de sus bolsillos traseros. Al sentir cómo introducía la mano en este, toda la sangre de su cuerpo pareció acumularse entre sus piernas.

—Está vacío —dijo Eva con expresión suspicaz.

—Inténtalo en el otro.

Decidida a acabar con aquello cuanto antes, Eva hizo lo que le dijo Zaccheo. Se quedó paralizada al toparse con lo que parecía una cajita.

—Sácala —murmuró Zaccheo.

Durante los interminables meses que había pasado en prisión se había preguntado si habría sobrevalorado la química que existía entre Eva y él. Pero constatar que aquella química seguía siento tan potente como antes hizo que la sangre corriera ardiente por sus venas.

—No puedo esperar a tomarte en nuestra noche de bodas. A pesar de que ya no seas virgen, pienso disfrutar haciéndote mía de todas las maneras posibles. Para cuando acabe contigo habrás olvidado a cualquier otro hombre con que te hayas atrevido a sustituirme durante este año.

Eva parpadeó y se estremeció, pero, enseguida, la nueva y resuelta Eva tomó el mando.

—Esa es una afirmación muy audaz, pero que, desafortunadamente, no llegará a hacerse realidad, ya que no habrá boda ni noche de bodas. Y por si no te lo he dicho todavía, conviene que sepas que eres el último hombre al que daría la bienvenida en la cama.

Zaccheo decidió no recordarle que aún tenía la mano metida en su bolsillo y que estaba clavando los dedos en su trasero. En lugar de ello, sacó el móvil de su bolsillo delantero y pulsó el botón de *replay*.

Eva fue incapaz de reprimir una expresión de dolorosa incredulidad mientras escuchaba la conversación en la que Zaccheo citaba a su padre para una reunión a primera hora de la mañana del lunes. A

diferencia de la tarde anterior, cuando respondió con vehemencia a las acusaciones de Zaccheo, su padre había escuchado en tenso silencio mientras Zaccheo le decía que sabía lo que tenía entre manos. A continuación le hizo un pequeño resumen de los documentos que poseía que probaban su inocencia y Pennington aceptó finalmente la cita. Zaccheo supo que había ganado cuando el padre de Eva declinó la oferta de llevar a sus abogados para constatar que esos documentos eran ciertos.

Un tenso silencio siguió al final de la grabación.

—¿Me crees ahora, Eva? ¿Crees que tu familia me ha perjudicado de la forma más abyecta y que tengo intención de vengarme por ello?

A Eva le temblaron los labios y el inconfundible brillo de las lágrimas iluminó sus ojos.

—Sí —murmuró.

—Saca la caja de mi pantalón.

Eva hizo lo que le dijo Zaccheo.

—Pretendía darte el anillo anoche, aunque no de rodillas, desde luego. Supongo que estarás de acuerdo en que con una vez bastó.

La mirada de Eva se ensombreció como si aquellas palabras le hubieran dolido de algún modo. Pero Zaccheo sabía que aquello era una tontería. Eva le devolvió el anillo la primera vez y se marchó tras una breve discusión cuyo motivo Zaccheo apenas recordaba.

Y no lo recordaba porque por aquel entonces se estaba tambaleando debido a que sus abogados acababan de informarle de que iba a ser acusado y juzgado por negligencia criminal. No fue capaz de asimilar el impacto de la traición de Eva hasta varias semanas después, cuando ya estaba en la cárcel. Su juicio, presidido por un juez joven y ansioso por hacerse famoso, fue rápido.

Pero había tenido más de un año para recordar la última vez que vio a Eva. Fue en la sala donde lo juzgaron. Permaneció sentada junto a su padre con el rostro imperturbable hasta que el juez dictó la sentencia.

En aquel momento, Zaccheo se engañó a sí mismo creyendo haber captado un destello de pesar en su expresión. Pero, cuando murmuró su nombre y ella lo miró, lo que vio en sus ojos fue desprecio.

Aquel recuerdo le había hecho ver claro.

—Abre la caja y ponte el anillo —dijo, tenso.

Cuando Eva hizo lo que le había pedido, le tomó la mano y miró el anillo con evidente satisfacción.

—Eres mía, Eva. Hasta que yo lo decida, seguirás siendo mía. Asegúrate de no olvidarlo.

Tras decir aquello, Zaccheo giró sobre sus talones y salió.

Eva se despertó el lunes con el corazón encogido, consciente de que su vida estaba a punto de cambiar para siempre. El cambio había empezado cuando había escuchado la conversación de Zaccheo con su padre, pero después se había sentido demasiado conmocionada como para pensar en lo que significaba para ella la culpabilidad de su padre.

La realidad no había caído a plomo sobre ella hasta que, al salir del trabajo al día siguiente, había encontrado al chófer de Zaccheo esperándola para llevarla a casa.

Si no se casaba con Zaccheo, él denunciaría a su padre. Y Zaccheo había decidido adelantar la boda y que se celebrara en una semana. Le había soltado aquella bomba la noche anterior, después de la cena.

La idea de apegarse a Zaccheo siendo consciente del desprecio que sentía por ella le asustaba. Y le asustaba aún más la química que había entre ellos, algo que notaba intensamente con solo mirarlo. Aquello la aterrorizaba de forma atroz, sobre todo porque temía ser incapaz de resistirse a ella.

La única forma de lograrlo sería recordarse constantemente por qué estaba haciendo Zaccheo aquello. Su única meta era la humillación. No quería nada más de ella.

Una hora después de levantarse estaba en las oficinas de Zaccheo, sentada frente a su padre y a su hermana, escuchando con creciente congoja la lista de delitos que estaban enumerando los abogados de Zaccheo.

Oscar Pennington permanecía encogido en su asiento, escuchando, intensamente pálido. A pesar de lo que había escuchado en la grabación, Eva aún no se podía creer que su padre hubiera caído tan bajo.

—¿Cómo has podido hacer algo así? —balbuceó cuando los abogados acabaron—. ¿Y cómo has podido creer que esa jugada te iba a salir bien?

Su padre le dedicó una mirada furibunda.

—Este no es momento para el histrionismo, Eva.

—¿Y tú, Sophie? —preguntó Eva a su hermana—. ¿Estabas al tanto de todo esto?

Sophie miró a los abogados antes de responder.

—No nos desviemos del motivo por el que estamos aquí.

Eva sintió un arrebato de rabia.

—¿Te refieres a que finjamos que esto no está pasando? ¿Que no estamos aquí porque papá sobornó a los constructores para tomar atajos y culpó a otro de ello? ¿Y eres tú la que suele acusarme de no vivir en el mundo real?

Sophie frunció los labios, pero no antes de que un destello de culpabilidad surcara sus labios.

—¿Podemos dejar esto para otro momento? —preguntó a Zaccheo,

que había permanecido todo el rato sentado en letal silencio.

Eva cometió el error de mirar a Zaccheo entonces, porque en cuanto él volvió la cabeza supo que iba a ser incapaz de apartar la mirada.

—Eva ya me ha dado lo que quería. Está dispuesta a hacer lo que sea para compensarme por lo sucedido – Zaccheo bajó una significativa mirada hacia la mano en que Eva llevaba su anillo antes de volverse hacia Oscar Pennington. —Ahora ha llegado tu turno.

Capítulo 8

Esta es una lista de las empresas que retiraron sus contratos cuando fui encarcelado – Zaccheo hizo un gesto a uno de sus abogados, que puso una hoja sobre el escritorio ante Pennington. —Tendrás que ponerte en contacto con cada uno de sus directivos para contarles lo que sabes del asunto.

—¿Y qué les impedirá revelar luego la verdad? —preguntó Pennington, asustado.

—Tengo todo un equipo de abogados que se ocuparán de asegurarse de su silencio si quieren volver a hacer negocios conmigo. Sé con certeza que volverán cuando se enteren de la verdad. Pero incluso aunque no lo hagan, el propósito de tu llamada habrá sido alcanzado.

—¿Consideras todo esto realmente necesario? Tu empresa ha prosperado incluso mientras has estado en la cárcel, y esta mañana en la bolsa tus acciones han alcanzado su precio máximo – Eva captó el tono de pánico que había en la voz de su padre. —¿De verdad voy a tener que arrodillarme ante toda esa gente para que estés contento?

—Sí —fue la escueta y firme respuesta de Zaccheo.

El rostro de Pennington enrojeció visiblemente.

—A juzgar por el anillo que lleva mi hija, estás a punto de casarte con ella. Estamos a punto de ser familia. ¿Así es como quieres iniciar nuestra relación familiar?

Una profunda sensación de amargura anuló la compasión de Eva cuando se dio cuenta de que su padre la estaba utilizando de nuevo para alcanzar sus fines.

—¿No te parece que es lo menos que puedes hacer, papá?

—¿Te vas a poner de su lado? —preguntó su padre con el ceño fruncido.

—Solo estoy tomando el lado de hacer lo correcto. ¿No te das cuenta, papá?

Pennington fue a replicar, pero Zaccheo lo interrumpió.

—No tengo ningún interés en mantener una relación personal contigo. Por mí, como si te mueres… pero después de cumplir mis instrucciones, por supuesto.

—Sé razonable —rogó Pennington, consciente de que había topado con alguien a quien no iba a poder dominar con su encanto ni con sus bravuconadas.

Zaccheo lo miró desapasionadamente, y a todos los presentes les

quedó muy claro que no iba a ablandarse en lo más mínimo.

—No creo que tengas otra opción, papá —murmuró Sophie.

Eva miró a su hermana en busca de algún indicio de la calidez que en otro tiempo habían compartido, pero Sophie ni siquiera le devolvió la mirada.

—De acuerdo, tú ganas —dijo de pronto Pennington a la vez que se levantaba bruscamente de la mesa.

Zaccheo frotó con parsimonia una imaginaria pelusa de su manga.

—Excelente. Pero asegúrate de hacer una interpretación convincente. Mi gente se pondrá en contacto con cada uno de los directivos de las empresas el viernes. Asegúrate de haber acabado a tiempo.

Pennington tuvo que hacer un visible esfuerzo para contenerse.

—Así lo haré —murmuró—. Y ahora, vámonos, hijas.

Eva fue a levantarse, pero Zaccheo la retuvo apoyando una mano en su cadera.

—¿Qué haces? —preguntó ella.

Zaccheo la ignoró y le acarició con el pulgar la cadera mientras miraba a Pennington.

—Sophie y tú podéis iros. Yo aún tengo algunos asuntos que tratar con mi prometida. Mi secretario se pondrá en contacto con vosotros para hablar de los detalles de la boda.

Pennington miró de Zaccheo a Eva y luego giró sobre sus talones para salir a toda prisa del despacho.

—¿De qué asuntos tenemos que tratar? —preguntó Eva en cuanto su padre y su hermana salieron—. Ya has dejado todo bien claro.

—No todo – Zaccheo hizo un gesto al único abogado que permanecía en el despacho y este dejó una gruesa carpeta ante él antes de abandonar la sala.

—Quieres que mi padre repare el daño que causó a tu reputación, pero eso no te servirá para librarte de tus antecedentes penales —dijo Eva—. Creía que eso era lo que más te importaba.

—Puede que el sábado vayas a casarte con un hombre con antecedentes penales, pero las cosas no seguirán así mucho tiempo. Mis abogados están trabajando en ello.

A Eva se le encogió el corazón ante el recordatorio de la inminente boda.

—¿Y cómo van a hacerlo sin implicar a mi padre? ¿No se supone que es un delito ocultar evidencias?

—No se va a ocultar nada. Las autoridades serán las que decidan cómo aplicar la ley.

—¿Estás diciendo que mi padre aún puede ir a prisión a pesar de que le has hecho creer que no será así?

—Yo he sido el que ha pagado las consecuencias de las acciones de

tu padre. Yo tengo la opción de hablar a su favor si decido hacerlo.

Eva tragó saliva, consciente de la amenaza que había tras las palabras de Zaccheo.

—¿De qué querías hablar conmigo?

Zaccheo puso una hoja ante ella.

—Estos son los compromisos a los que tendremos que asistir esta semana. Asegúrate de anotarlos en tu agenda.

—Al menos esta vez estás poniendo las cartas sobre la mesa —murmuró Eva.

—¿Qué cartas?

—Las que revelan tu deseo de conquistar la cima de las clases altas de la sociedad. ¿No ha sido esa siempre tu meta? ¿Entrar en el grupo de los ricos y poderosos para poder mostrarles tu desprecio?

Zaccheo se removió en su asiento. Si Eva no hubiera sabido con certeza que no poseía ni un gramo de humildad, habría podido pensar que se sentía incómodo.

—No detesto a los ricos y poderosos por el mero hecho de serlo. Tan solo detesto a los que creen que pueden saltarse las leyes que los mortales normales y corrientes deben cumplir.

—¿Y a mí? ¿Me odias solo porque nuestra relación no funcionó?

—Ah, ¿lo que teníamos era una «relación»? —dijo Zaccheo en tono despectivo—. Creía que solo era un medio para facilitar los planes de tu padre.

—¿Qué? ¿Crees que tuve algo que ver con los planes de mi padre para utilizarte de chivo expiatorio?

—Puede que, a diferencia de tu hermana, no estuvieras al tanto de todo, pero todo sucedió en un momento realmente conveniente, ¿no crees? Me dejaste tres días antes de que me acusaran, con una débil excusa tras una pelea tonta. ¿Qué dijiste…? ¡Ah, sí! Que no podías casarte con un hombre como yo.

Eva se puso en pie.

—¿Crees que todo estaba planeado? ¿Necesito recordarte que fuiste tú el que buscó la relación, que fuiste tú quien me invitó a salir?

—Aquello fue algo realmente bien orquestado por tu padre. ¿No sabes por qué fui al club Siren aquella noche? Se suponía que iba a encontrarme con tu padre y con dos de sus principales inversores. Pero no apareció ninguno de ellos.

Eva frunció el ceño.

—Eso no es posible. Mi padre odia que cante, y odia aún más que trabaje en un club nocturno. Creo que ni siquiera sabe dónde está el Siren.

—Sin embargo, fue él quien sugirió que nos encontráramos allí.

La posibilidad de que su padre hubiera orquestado aquel primer encuentro hizo que Eva experimentara una profunda y dolorosa

amargura. La meticulosidad que reflejaba aquel hecho hizo que se le helara la sangre.

—Supongo que ni siquiera era verdad que fueras virgen —murmuró Zaccheo en tono cortante.

—¿Disculpa? —dijo Eva, asombrada.

—¿O fue una estratagema más para ablandarme?

—¡Ni siquiera sabía que existías hasta que te plantaste frente al escenario aquella noche!

—Puede que no, pero supongo que no tardaste en averiguarlo. Internet está al alcance de todo el mundo.

Eva no pudo evitar ruborizarse, pues era cierto que había indagado sobre Zaccheo en la red, aunque no con las intenciones que él trataba de implicar. Su interés por ella había parecido realmente sincero y había querido saber con quién estaba tratando.

—Me da igual lo que puedas pensar —le espetó—. Ahora ya sé exactamente la clase de hombre que eres. Lo único que te preocupa es tu implacable ambición.

—En ese caso, supongo que esto no te sorprenderá —dijo Zaccheo con frialdad a la vez que ponía otro montón de papeles ante ella—. Es un acuerdo prenupcial. En la primera página encontrarás una lista de abogados independientes que podrán ayudarte con los detalles legales. Los términos no son negociables. Tienes veinticuatro horas para leerlo y firmarlo.

—¿Y por qué iba a necesitar un acuerdo prenupcial? Ya he aceptado tus exigencias. ¿No te parece que esto es excesivo?

—Mis abogados se vuelven locos si no lo tengo todo por escrito. Además, en el acuerdo aparecen algunos asuntos de los que aún no hemos tratado.

Eva echó un vistazo a las cláusulas de la primera página. Hacían referencia a su obligación de acompañar a Zaccheo a los compromisos que él considerara oportunos, a las casas que poseía y a su deber de ocuparse de ellas.

—Si crees que voy a convertirme en una especie de mascota dispuesta a acompañarte a todas partes estás muy equivocado.

Zaccheo se limitó a alzar una expresiva ceja. Eva frunció el ceño, pero siguió leyendo. Se detuvo en la sexta cláusula.

—¿No podemos estar separados más de cinco días seguidos durante nuestro primer año de matrimonio?

—No queremos que los rumores empiecen a correr demasiado pronto, ¿verdad?

—¿Eso quiere decir que después del primer año podré encerrarme en un convento si quiero?

Zaccheo sonrió genuinamente por primera vez desde que había vuelto a aparecer en la vida de Eva.

—Ningún convento te aceptaría después de haber pasado un año en mi cama.

Eva se ruborizó y pasó rápidamente de página.

—¡No quiero tu dinero! —exclamó al leer la novena cláusula—. ¡Y mucho menos esa cantidad mensual!

—Dónalo a alguna organización benéfica —replicó Zaccheo con un encogimiento de hombros.

Consciente de que no iba a lograr hacerle cambiar de opinión, Eva pasó a la siguiente cláusula… y se quedó boquiabierta.

—¿Quieres… hijos?

—Sí. Dos. Más si tenemos suerte —dijo Zaccheo a la vez que daba un paso hacia ella.

Eva dio un paso atrás, anonadada, pero se topó con la pared.

—Esa cláusula no es negociable —añadió Zaccheo roncamente.

—Habías dicho que ninguna cláusula era negociable.

—Algunas son menos negociables que otras.

—Y, si esta es la más importante, ¿por qué la has puesto la última?

—Porque vas a firmar justo debajo y no quiero que tengas la más mínima duda sobre lo que estás firmando.

Eva empezó a negar firmemente con la cabeza, pero se detuvo cuando Zaccheo acercó su rostro al de ella.

Zaccheo estaba pidiendo lo imposible.

Los «hijos» eran el motivo por el que sus dos relaciones anteriores habían fallado incluso antes de empezar.

Los «hijos» eran el motivo por el que se había resignado a pesar de sí misma a permanecer soltera.

Pero no pensaba derrumbarse ante Zaccheo. Aunque le estuviera pidiendo lo imposible.

—No puedo —murmuró con toda la firmeza que pudo.

—Puedes y lo harás —replicó él con dureza—. ¿Esperas que crea que ibas a casarte con Fairfield negándote a tener hijos?

—Mi acuerdo con Harry era diferente. Además… ¡él no me odiaba!

Zaccheo pareció casi sorprendido al escuchar aquello.

—Yo no te odio, Eva. De hecho, creo que con el tiempo encontraremos un terreno común en que entendernos.

—Pero no puedo…

—Tienes veinticuatro horas para decidir. Sugiero que te lo pienses bien antes de darme una respuesta.

—¿Y si mi respuesta sigue siendo la misma?

—No lo será —dijo Zaccheo con arrogancia—. Harás cualquier cosa por salvar el nombre de tu familia.

—¿De verdad crees eso? ¿Después de la reunión que acabamos de tener? ¿Es que no has visto cómo me tratan mi padre y mi hermana? Por mucho que me pese reconocerlo, no somos una familia

precisamente unida. ¿No has pensado que todo esto puede hacer que rompa definitivamente con una familia ya rota?

—No. Eres una persona leal. Sé que me darás lo que quiero.

—No…

—Sí —murmuró Zaccheo antes de inclinar la cabeza para reclamar los labios de Eva en un gesto poderosamente erótico.

Eva gimió mientras sentía que sus emociones se desataban de forma incontrolable. Zaccheo la besó como si tuviera todo el tiempo del mundo. Utilizó expertamente su lengua para hacerle entreabrir los labios y Eva se encontró de pronto aferrando su cintura mientras una deliciosa e incontrolable sensación recorría su cuerpo.

«¡Apártalo!», le exigió una vocecita interior. «¡Tienes que apartarlo!».

Cuando finalmente se animó a deslizar las manos por el pecho de Zaccheo para empujarlo, él las capturó con firmeza con una de las suyas y le hizo alzarlas por encima de la cabeza a la vez que la aprisionaba con su cuerpo contra la pared. Después deslizó la mano que le quedaba libre por su cuerpo hasta alcanzar uno de sus pechos, cuyo pezón comenzó a acariciar con el pulgar a través de su blusa.

Eva se sintió perdida al notar presionada contra su vientre la evidencia de la excitación de Zaccheo. Pero él la soltó de repente, se apartó y la tomó por la barbilla para obligarla a mirarlo. La agitación de su respiración y el intenso brillo de sus ojos dejaron a Eva sin aliento.

—Por mucho que me apetezca tomarte aquí mismo, sobre la mesa, tengo varias reuniones importantes a las que asistir. Retomaremos esto después. Estaré de vuelta en casa a las siete.

—Yo no estaré allí —replicó Eva mientras se esforzaba por recuperar la compostura—. Esta noche trabajo.

Zaccheo frunció el ceño mientras se ajustaba la corbata.

—Al parecer, voy a tener que esforzarme para que nuestras agendas coincidan.

—No te molestes demasiado por mí —replicó Eva con ironía—. Nos veremos cuando coincidamos.

—Te garantizo que eso será mucho antes de lo que crees —dijo Zaccheo mientras la tomaba de la mano y se encaminaba con ella a la puerta.

Cuando salían del edificio se encontraron con Romeo. Zaccheo intercambió unas frases en italiano con su secretario antes de abrir la puerta de la limusina que los aguardaba.

—Espera —dijo cuando Eva fue a entrar en el vehículo.

—¿Qué quieres?

—Durante la conversación que hemos mantenido ha habido un rato en que te has puesto de mi lado contra tu padre. Eso será un punto a

tu favor a partir de ahora.

—No lo entiendes, ¿verdad, Zaccheo? —dijo Eva con un suspiro—. Desde que recuerdo, siempre he deseado que en mi familia no hubiera «lados», que no hubiera enfrentamientos entre nosotros. Puede que sea una ilusa. O puede que tenga que renunciar a mi sueño.

La mirada de Zaccheo se ensombreció ligeramente y, por un instante, pareció desconcertado.

—Sí, *bellissima*, puede que tengas que hacerlo.

Y a continuación, delante de todos los viandantes y de los paparazzi que siempre merodeaban por allí, Zaccheo anunció a los cuatro vientos que era su dueño con un largo y profundo beso.

Eva apenas pudo escucharse a sí misma por encima del bullicio que reinaba en el club mientras marcaba el tono de la siguiente canción.

Sabía que el hecho de que hubiera tanto público no se debía a la presencia de Ziggy Preston, el famoso productor que había ido a escucharla de vez en cuando a lo largo del mes pasado, sino a la foto que habían publicado en los periódicos de la tarde y en la que aparecía Zaccheo besándola.

Había sido un alivio poder irse y concentrarse en su trabajo, lo único que lograba hacerle olvidar, especialmente aquella última cláusula del contrato prenupcial y la agonía que había mantenido oculta desde que el médico le dio la noticia seis años atrás. Noticia que solo había revelado en dos ocasiones con consecuencias devastadoras.

Casi lamentaba no haberle dicho la verdad a Zaccheo. Estaba segura de que habría conseguido el mismo efecto que en el pasado: una aparente preocupación seguida de un frío rechazo. Uno de los receptores de la revelación le dijo sin rodeos que nunca podría llegar a considerarla una mujer completa.

Se le encogió el corazón dolorosamente, amenazando con desbaratar las defensas que había erigido para protegerse de la verdad.

Aferró el micrófono con fuerza y trató de superar la desolación que la embargaba. El pianista que la acompañaba asintió y Eva se aclaró la garganta para comenzar a cantar una balada que, irónicamente, la alentaba a ser valiente.

Aún iba por la mitad de la canción cuando Zaccheo entró en el club.

Una mesa se vació como por milagro delante del escenario. Alguien tomó el abrigo de Zaccheo y él se encaminó hacia la mesa sin apartar la mirada del rostro de Eva.

La sensación de déjà vu que tuvo Eva fue tan abrumadora que sintió ganas de salir del escenario corriendo. Sin embargo, terminó la

canción, sonrió y aceptó los cálidos aplausos del público. Luego, como hipnotizada, avanzó hacia la silla que Zaccheo había apartado de la mesa para ella.

—¿Qué haces aquí? —susurró cuando se detuvo ante él.

En lugar de contestar, Zaccheo se inclinó y la besó en ambas mejillas antes de apartarse para mirarla.

—No has podido llegar a cenar, así que he venido yo.

—No deberías haberte molestado. Además, solo tengo veinte minutos de descanso.

—Hoy tienes una hora de descanso, y así será cada noche que decida venir a cenar contigo. Y ahora siéntate, sonríe y finge ante nuestra ávida audiencia que te sientes inmensamente feliz por la visita de tu prometido.

Capítulo 9

Zaccheo contempló la miríada de expresiones que cruzaron el rostro de Eva. Rebelión. Irritación. Conciencia sexual…

Pero fueron las sombras que acechaban en sus ojos las que hicieron que su mandíbula se tensara. A pesar de sus esfuerzos, no había logrado apartar de su mente en todo el día el recuerdo de la reacción de Eva cuando había leído la última cláusula del acuerdo prenupcial. Al parecer, aborrecía la idea de crear una familia con él. Seguro que habría preferido elegir a alguien más «digno» como padre de sus hijos.

Cuando había terminado su última reunión de aquel día, había regresado a su ático con intención de tomarse un whisky para celebrar el primer golpe mortal a Oscar Pennington. Pero lo que había hecho había sido cambiarse rápidamente para acudir al club.

Antes de conocer a Eva Pennington nunca se había considerado un hombre posesivo. Aunque siempre había disfrutado del proceso de la caza y de la inevitable captura, también le había gustado siempre despedirse de las mujeres con las que salía, especialmente cuando empezaban a volverse demasiado pegajosas.

Pero con Eva había experimentado un impulso incontrolable por asegurarse de que cualquier hombre que hubiera cerca supiera que le pertenecía a él. Y solo a él. Pero aquella sensación resultaba tan inquietante como difícil de erradicar. Y no le ayudó a hacerlo que Eva estuviera jugueteando con su copa de champán mientras evitaba mirarlo.

—No me gusta que te entrometas en mi agenda de trabajo, Zaccheo —murmuró.

—O cenábamos aquí o te llevaba de vuelta a cenar al apartamento. Deberías agradecer que haya decidido aceptar quedarme aquí.

Eva le lanzó una mirada furibunda.

—Por tu forma de pensar habrías encajado mejor en la Edad Media.

—Con el tiempo aprenderás que siempre me salgo con la mía, Eva. Siempre.

—¿Y se te ha ocurrido pensar que tal vez habría accedido a cenar contigo si me lo hubieras pedido?

Zaccheo pareció sorprendido.

—¿En serio?

—Supongo que nunca lo sabrás —replicó Eva con un encogimiento de hombros—. Tenemos que hablar del acuerdo prenupcial —añadió.

—Este no es el lugar adecuado.

—Yo… —Eva se interrumpió cuando el camarero acudió a servirles el primer plato. Luego, tras mirar a su alrededor, suspiró y añadió—: No voy a firmarlo.

La sonrisa de Zaccheo no alcanzó su mirada.

—¿Tanto te horroriza la idea de llevar dentro mi semilla?

—No entiendo por qué quieres que sea la madre de tus hijos. Suponía que querrías librarte de algo que te recordara tan continuamente el infierno por el que has pasado en la cárcel.

—Puede que yo sea el llamado a restaurar la integridad de la que ha carecido hasta ahora el apellido Pennington.

Al ver que Eva palidecía, Zaccheo se recriminó por haber seguido hablando de aquello.

—De manera que se trata de una cruzada personal, ¿no? —preguntó Eva, que sonrió automáticamente al recibir el saludo de un conocido.

—Yo lo definiría como un experimento.

—¿Serías capaz de tener un hijo solo para hacer un experimento? —preguntó Eva con apasionada furia—. Después de lo que has pasado, de lo que hemos pasado ambos, ¿crees que sería justo tener un hijo solo como un medio para demostrar algo?

—Eva…

—¡No! ¡No pienso formar parte de algo así! —murmuró Eva, casi con ferocidad—. Puede que mi madre me quisiera a su manera, pero yo fui el arma que utilizó contra mi padre cuando le vino bien… —tragó convulsamente y miró a Zaccheo con expresión dolida—. Aunque pudiera… aunque quisiera tenerlo, ¿por qué iba a someter conscientemente a un niño a pasar por lo que yo pasé? ¿Cómo iba a darte un hijo simplemente para que puedas probar tu punto de vista?

—No me has entendido. No pretendo fallar a mis hijos ni utilizarlos como peones… —Zaccheo se interrumpió al ver que Eva abría los ojos de par en par—. ¿Tanto te sorprende que diga eso?

—Yo… sí.

Zaccheo se encogió de hombros, aunque sabía que había bajado la guardia más de lo que solía bajarla nunca con nadie. Pero Eva no tenía poder para hacerle daño. Ya lo había rechazado una vez, pero en esa ocasión él sabía muy bien el terreno que pisaba.

—Mis hijos serán mi prioridad, aunque también disfrutaré viendo cómo reacciona tu familia cuando les demuestre que las cosas se pueden hacer de otra forma. De forma correcta.

Zaccheo vio cómo se ensombrecía la mirada de Eva, algo que empezaba a detestar más y más. Ya había habido suficientes emociones turbulentas por un día, y sospechaba que volvería a haberlas cuando Eva se enterara de las nuevas negociaciones económicas que había puesto en marcha aquella tarde.

Y, además, ¿desde cuándo discutía él con las mujeres? Nunca lo había hecho. Pero, al parecer, con Eva no lograba contenerse.

Estaba pensando en aquello cuando oyó que alguien carraspeaba junto a la mesa. Al volverse vio a un hombre de pelo castaño que tendría aproximadamente su edad.

—¿Puedo robarles un poco de su tiempo? —preguntó con una sonrisa que no gustó a Zaccheo.

—¡Por supuesto, señor Preston! —contestó Eva, repentinamente animada.

—Gracias. Y llámame Ziggy, por favor.

—¿Y qué podemos hacer por ti, Ziggy? —preguntó Zaccheo con una ceja alzada.

—Me he acercado para felicitar a tu novia. Tiene una voz preciosa.

Eva se ruborizó al escuchar aquello.

—Eva es mi prometida, no mi novia —especificó Zaccheo—. Y soy muy consciente de su excepcional talento.

—En ese caso, felicidades.

—*Grazie* —replicó Zaccheo—. ¿Quieres algo más?

—¡Zaccheo! —Eva dedicó una dura mirada a Zaccheo antes de volverse hacia Ziggy—. Disculpa a mi prometido. Está un poco molesto porque…

—Porque la quiero toda para mí, pero no paro de encontrar obstáculos —la interrumpió Zaccheo—. Y además no llevas tu anillo de compromiso.

Eva retiró instintivamente la mano de la mesa.

—No quería arriesgarme a perderlo —murmuró.

Ziggy carraspeó de nuevo.

—No pretendo jugar a «quién es quién», pero…

—Por supuesto que sé quién eres —replicó Eva con una encantadora sonrisa.

Ziggy sonrió y sacó una tarjeta que ofreció a Eva.

—En ese caso, ¿te gustaría venir a mi estudio la semana que viene para hacer un poco de música?

—Por supuesto que me gustaría…

—¿No estás olvidando algo, cariño? —preguntó Zaccheo en un tono letalmente tranquilo.

—¿Qué? —preguntó Eva inocentemente, y Zaccheo sintió ganas de tumbarla en la mesa y obligarla a mirarlo solamente a él, de recordarle que había prometido ser suya y solo suya.

—La próxima semana vamos a estar celebrando nuestra luna de miel en mi isla privada, cercana a la costa de Brasil.

Eva abrió los ojos de par en par, pero se recuperó rápidamente y tomó la tarjeta de Ziggy.

—Buscaré tiempo para verte antes de irme —dijo, y a continuación

miró a Zaccheo—. Seguro que no querrás hacerme perder esta oportunidad, ¿verdad, cariño?

Zaccheo se obligó a sonreír.

—Por supuesto. Lo que tú quieras, *dolcezza*.

—¡Estupendo! —dijo Ziggy, satisfecho—. Estoy deseando que quedemos —añadió antes de despedirse con un gesto de la cabeza y alejarse.

En cuanto estuvo a una distancia prudencial, Eva se volvió hacia Zaccheo.

—¿Cómo te atreves a tratar de sabotearme de ese modo?

—Ver cómo sonríes a otro hombre me vuelve loco de celos. También hace que aflore el estúpido que llevo dentro. Te pido disculpas —al ver que Eva se quedaba boquiabierta, añadió—: ¿Y dónde está el anillo?

Eva tiró de la cadena de oro que pendía entre sus generosos pechos. El anillo colgaba de la cadena.

—Póntelo. Ahora —ordenó Zaccheo, esforzándose por mantener un tono sereno.

Eva hizo lo que le decía.

—Ya está. ¿Puedo volver ahora al trabajo o vas a arengarme un poco más?

Zaccheo se dijo que lo estaba haciendo porque necesitaba distraerse de sus emociones, que era culpa de Eva por presionarlo. Pero, cuando le hizo levantarse de su asiento para sentarla en su regazo y besar su tentadora boca, supo que era porque no podía evitarlo. Eva lo afectaba como nadie lo había afectado nunca en su vida.

Para cuando se separaron, ambos respiraban pesadamente. El rubor de las mejillas de Eva hizo que Zaccheo experimentara una intensa satisfacción.

—No vuelvas a quitarte el anillo, Eva. No subestimes lo que estoy dispuesto a hacer si no cumples tu palabra. Por tu bien, espero que empieces a tomarme en serio.

«No subestimes lo que estoy dispuesto a hacer…».

Aquellas palabras siguieron resonando en la mente de Eva largo rato después de que Zaccheo se hubiera ido. Y siguieron haciéndolo cuando se acostó aquella noche.

Zaccheo había dejado bien claro que no pensaba negociar en lo referente al acuerdo prenupcial. Negarse a casarse con él podría suponer el final de su padre, pero probablemente sería peor que se casara con él sin decirle que nunca podría cumplir con su compromiso de darle hijos.

Cuando a la mañana siguiente bajó al comedor para desayunar, vio

que la mesa estaba puesta para una sola persona.

—Buenos días —saludó Romeo, que acudió al comedor al oírla—. ¿Quieres que le pida al chef que te sirva el desayuno?

—Gracias, Romeo. Me basta con un té y unas tostadas, gracias. ¿Sabes si Zaccheo se ha ido ya a la oficina?

—Ha tenido que volar a Omán esta mañana. Ha surgido un contratiempo con el edificio que está construyendo allí.

Eva no estaba preparada para la sensación de vacío que le produjo escuchar aquello. Debería haberse animado ante la perspectiva de aquel respiro.

—¿Cuándo volverá?

—En un día o dos. Como muy tarde el fin de semana. Supongo que querrá llegar a tiempo a su boda —dijo Romeo con una sonrisa a la vez que se acercaba a Eva para entregarle un folio doblado—. Ha dejado esta nota para ti —añadió, y a continuación salió del comedor.

Eva leyó la nota.

Eva, utiliza mi ausencia como desees, pero nunca como una excusa para ser displicente. Mi secretaria te pondrá al tanto de los detalles de la prueba que van a hacerte esta mañana para el vestido de novia, y del resto de tu agenda.

Tienes permiso para echarme de menos.

Z.

Con un bufido, Eva arrugó la nota y la arrojó sobre la mesa, pero la recogió enseguida al pensar que Romeo podía verla.

Para cuando terminó de desayunar ya había recuperado la compostura, algo que agradeció cuando vio entrar en el comedor a una deslumbrante mujer morena vestida con una falda gris y una chaqueta a juego.

—Buenos días. Me llamo Anyetta y soy la secretaria personal del señor Giordano. Me ha dicho que me estaría esperando.

—Esperaba una llamada, no una visita personal.

—El señor Giordano ha querido que la atendiera personalmente.

—Seguro —murmuró Eva, que se sirvió otra taza de té mientras Anyetta la ponía al tanto de lo que tenía en su agenda para ese día.

Eva escuchó con paciencia hasta que oyó la palabra «maquillaje».

—Ya me he sometido a una sesión de maquillaje y de peluquería. No necesito otra.

Anyetta elevó la mirada hacia el pelo de Eva, que esta apenas se había cepillado aquella mañana.

—¿Ni siquiera para el día de su boda?

Ya que probablemente no habría boda cuando le dijera a Zaccheo que no pensaba firmar el acuerdo prenupcial, Eva replicó.

—Ya veremos.

Anyetta asintió y se puso en pie cuando sonó el timbre de la puerta.

—Esa será Margaret con su vestido de boda.

Unos momentos después, regresaba con una mujer madura de pelo gris que llevaba un vestido enfundado en un brazo y en la otra mano una caja de zapatos.

—Por favor, no me diga que hay un equipo de ayudantes esperando tras la puerta para lanzarse sobre mí —dijo Eva con una sonrisa cuando Anyetta se fue.

Margaret se rio.

—Solo he venido yo, lady Pennington. Su prometido ha especificado con gran detalle lo que quiere, y ahora que la he conocido comprendo por qué ha elegido este vestido. Pero, si no le gusta, podemos explorar otras posibilidades.

La modista había empezado a sacar el vestido mientras hablaba y, a pesar de su inicial irritación, Eva se quedó boquiabierta cuando lo vio.

El diseño en sí era sencillo, simple, pero totalmente arrebatador. Eva contempló el vestido blanco de seda cubierto de encaje y bordado con incontables trocitos de cristal. Unas delicadas mangas vueltas se extendían en un exquisito arco desde el escote en forma de corazón. En la parte de detrás, llevaba unos botones de perla con cristal que iban del cuello a la cintura.

Incapaz de contenerse, Eva se acercó a tocarlo, pero enseguida apartó la mano como si se hubiera quemado. No tenía sentido enamorarse de un vestido que no se iba a poner. Tuvo que apretar los puños para contener la sensación de desolación que amenazaba con desatarse en su interior.

Durante seis años había logrado evitar enfrentarse a la realidad de lo que nunca podría tener: un marido que la quisiera y una familia propia. Había hecho de la música su vida y en ello había encontrado la plenitud. No pensaba permitir que un vestido, por precioso que fuera, hiciera resurgir aquella agonía.

—¿Va a probárselo? —preguntó Margaret.

—Supongo —respondió Eva débilmente.

Si la otra mujer encontró peculiar su respuesta, no dijo nada. Unos momentos después, se apartaba para contemplar a Eva.

—Oh, me alegra mucho ver que no va a haber que modificarlo en absoluto, lady Pennington. Parece que su prometido le tiene perfectamente tomadas las medidas.

Eva mantuvo la mirada baja mientras Margaret giraba a su alrededor y daba algunos retoques al vestido. Murmuró las respuestas apropiadas, obedeció cuando le dijo que se girara en una u otra dirección… y suspiró de alivio cuando acabó la sesión. En cuanto Margaret volvió a recoger el vestido y se fue, Eva corrió a su cuarto y

se puso a escuchar música con los cascos para tratar de acallar sus pensamientos.

Pero en aquella ocasión, hacer lo que más le gustaba no bastó para acallarlos.

A los diecisiete años comenzó a pensar que los dolores que sufría durante sus periodos no eran normales, pero no acudió al médico hasta que en una ocasión el dolor le hizo desmayarse.

No tardaron en diagnosticarle el problema que tenía y las consecuencias que iba a acarrearle. Pero Eva se convenció a sí misma de que aquello no era el fin del mundo. Algún día encontraría al hombre adecuado con el que pasar el resto de su vida, un hombre que la comprendería y la apoyaría.

La desagradable reacción y el rechazo de su primer novio serio cuando le explicó lo que sucedía la dejó profundamente conmocionada. Tras aquella primera y traumática experiencia con Scott pasó varios años sin salir con nadie hasta que conoció a George Tremayne, su compañero durante el breve tiempo que trabajó para la empresa de su padre. Halagada por sus detalles, bajó la guardia y aceptó salir con él. La reacción de Tremayne cuando le contó que no podía tener hijos fue prácticamente idéntica a la de Scott, pero le dolió el doble. Aquello la convenció de que lo mejor era no volver a confiar su secreto a ningún hombre.

Pero aquel secreto estaba a punto de aflorar de nuevo, y Eva sabía que contarle la verdad a Zaccheo iba a ser lo más duro que había hecho en su vida.

Capítulo 10

Zaccheo repasó las llamadas perdidas de Eva mientras su chófer ponía en marcha el coche para irse del hangar. Había prohibido deliberadamente que le dieran su teléfono hasta aquella misma mañana, cuando había confirmado su regreso a Londres tras el duro trabajo que había tenido en Omán.

La idea de hablar con ella le produjo una agradable sensación de anticipación, aunque aún no entendía cómo había sido capaz de revelarle todos aquellos detalles sobre su infancia y sobre su estancia en prisión. Y lo que más lo había desconcertado había sido la reacción de Eva, que, en lugar de mirarlo por encima del hombro, había dado muestras de compasión y empatía.

Marcó el número y sonrió cuando Eva respondió a la primera.

—*Ciao*, Eva. Tengo entendido que estás muy nerviosa ante nuestra inminente boda.

—Pues no debes de haber entendido bien, porque después de lo que tengo que decirte estoy segura de que la boda no va a celebrarse.

—Por tus palabras deduzco que no me has echado de menos —replicó Zaccheo en tono burlón.

Eva dejó escapar una mezcla de bufido y suspiro.

—Tenemos que hablar, Zaccheo.

—Nada de lo que puedas decirme alterará mi propósito de hacerte mía mañana. Si lo que quieres es celebrar una fiesta de soltera…

—¡No quiero ninguna maldita fiesta! Lo que quiero es que me concedas cinco minutos de tu tiempo.

—¿Temes que no vaya a ser un buen marido? —preguntó Zaccheo con aspereza.

—No se trata de ti, Zaccheo, sino de mí.

—Seguro que tú serás una buena esposa. Y, a pesar de tu poco edificante infancia, serás una buena madre. Cuando algo te preocupa eres muy apasionada. Solo tienes que trasladar esa pasión de tu familia, que no se la merece, a la que vamos a crear nosotros.

—No puedo anular así como así lo que siento por mi familia. Todo el mundo se merece tener a alguien que se preocupe por él.

—Pero no todo el mundo lo consigue —replicó Zaccheo sin poder evitar un matiz de amargura en su tono.

Tras un momentáneo silencio, Eva dijo:

—Siento lo de tus padres. ¿Tu madre aún vive?

—Eso depende de a quién se lo preguntes. Ya que se trasladó al otro lado del mundo para alejarse lo más posible del mí, supongo que no le importará que la considere muerta.

—Pero está viva, Zaccheo. Y eso significa que aún hay esperanza —la voz cargada de dolor de Eva hizo recordar a Zaccheo que ella había perdido a su madre. ¿Cuándo se había vuelto aquella conversación tan emocional?

—¿Mantenías una relación cercana con tu madre?

—Cuando no estaba ocupada jugando a ser una auténtica Pennington, o utilizándome en contra de mi padre, era una madre brillante. Ojalá hubiera sido una buena madre tanto para Sophie como para mí… —Eva se rio sin humor—. Solía desear haber nacido en otra familia y haber tenido otro apellido…

Zaccheo frunció el ceño. Siempre había creído que Eva habría sido capaz de hacer cualquier cosa por su apellido, incluso ayudar a cubrir un fraude. Pero lo cierto era que había parecido sinceramente conmocionada y dolida por el alcance de la duplicidad de su padre.

—Tú al menos tuviste un padre que se preocupó por ti. Tuviste suerte —dijo mientras en su mente revoloteaba la molesta idea de poder estar equivocado respecto a ella.

—Pero mi madre ya no existe, y ahora siento que no tengo a nadie.

Zaccheo logró reprimir el impulso de decirle que lo tenía a él. Al cabo de unos segundos, Eva carraspeó. Lo que dijo a continuación hizo que Zaccheo lamentara no haber colgado el teléfono.

—No he firmado el acuerdo prenupcial. No voy a hacerlo.

«Debido a la última cláusula».

Por un instante, Zaccheo quiso decirle por qué quería tener hijos. La sensación de soledad que había experimentado de pequeño y que casi había acabado con él en prisión estuvo a punto de llevarlo a la más absoluta desesperación cuando comprendió que nadie lo echaría de menos si llegara a suceder lo peor.

Su madre prefirió emigrar a Australia a quedarse en Londres cuando él se estableció allí. Aquello le dolió más que cualquier rechazo que hubiera experimentado por su parte en el pasado. Además, y a pesar de todo lo sucedido, no había vuelto a tener noticias de la mujer que le había dado la vida.

Por eso había jurado tener a alguien que se sintiera orgulloso de llevar su nombre. Alguien a quien poder pasar su legado cuando llegara el momento.

No había planeado que esa persona fuera Eva Pennington hasta que se había enterado de su compromiso. Pero el problema residía en que Eva se le estaba metiendo bajo la piel. Y muy profundamente.

¿Y por qué estaban aflorando en aquellos momentos los sentimientos que había conservado tan firmemente enterrados durante

casi dos décadas?

Tuvo que recordarse la fama de hombre duro e implacable que había alcanzado en el mundo de los negocios.

—Mañana al mediodía estarás vestida con tu traje de novia, lista para caminar por el pasillo ante seiscientos invitados…

—¿Seiscientos? ¿Has invitado a seiscientas personas a la boda? —preguntó Eva, incrédula.

—¿Pensabas que iba a ser una ceremonia cualquiera? ¿O pensabas que lo que te dijo mi secretaria el martes no era cierto?

—Lo siento, pero no debí de escucharla atentamente porque, a diferencia de lo que puedas creer, no me gusta que organicen mi vida por mí —replicó Eva—. En cualquier caso, eso no cambia nada. No puedo hacer esto…

Zaccheo captó con claridad la descarnada angustia que había en el tono de Eva. Era evidente que la perspectiva de entregarse a él, un hombre normal y corriente que tal vez se merecía unos besos, pero nada tan permanente como el matrimonio, le resultaba intolerable.

Algo muy parecido al dolor atenazó su pecho.

—¿Esa es tu decisión definitiva? ¿No vas a cumplir nuestro acuerdo?

—A menos que estés dispuesto a cambiar la última cláusula, sí, esa es mi decisión definitiva.

Zaccheo detestó la sensación de vértigo que experimentó al escuchar aquello. Pero enseguida se dijo que tenía otros medios para reclamar la justicia que buscaba.

—Muy bien. *Ciao* —dijo con toda la calma que pudo, aunque cuando colgó estuvo a punto de arrojar el teléfono por la ventanilla del coche.

Eva dejó el teléfono en la mesa diciéndose que había hecho lo correcto dando por zanjada aquella farsa antes de que llegara demasiado lejos, antes de que los anhelos que habían asediado su corazón aquellos tres últimos días escaparan a su control.

En el fondo de su corazón sabía que Zaccheo reaccionaría igual que Scott y George cuando se enterara de su secreto. No querría casarse con una mujer a medias, sobre todo después de haber manifestado sus expectativas en un documento redactado por un equipo de abogados.

Lo que no entendía era por qué no se lo había dicho en la conversación que acababan de tener por teléfono.

¿Acaso era una masoquista? ¿O en el fondo esperaba que Zaccheo la aceptara tal como era si se lo decía cara a cara?

Pero sabía que eso nunca sucedería.

Era mejor así. Era mejor cortar por lo sano sin más.

Se sobresaltó cuando su teléfono dio el aviso de que había recibido un mensaje. Lo abrió con el corazón en la garganta, pero solo era un mensaje de los dueños del Siren deseándole una boda feliz y una pecaminosa luna de miel.

Volvió a dejar el teléfono en la mesa con un suspiro. Cuando apareciera en la prensa que había roto su tercer compromiso en dos años, sus posibilidades de encontrar a un hombre, especialmente a uno que la aceptara como era, se quedarían en nada.

Pero pensar en todo aquello resultaba muy doloroso, y trató de centrarse en asuntos más prácticos, como por ejemplo, encontrar un lugar al que irse a vivir. Pero, tras sopesar durante un rato sus opciones, comprendió que el único camino que le quedaba en aquellos momentos era regresar a la mansión Pennington.

Estaba a punto de levantarse cuando su teléfono volvió a sonar. Frunció el ceño al ver quién la llamaba.

—¿Sophie?

—Acabo de tener que llamar al médico porque papá ha sufrido otro ataque.

—¿Qué? —exclamó Eva a la vez que se ponía en pie.

—Zaccheo Giordano ha llamado hace poco más de una hora para comunicarnos que la boda se había cancelado. Papá se ha puesto frenético. Estaba a punto de llamarte cuando ha sufrido un colapso. El médico ha dicho que si se ve sometido a más estrés podría sufrir un ataque de apoplejía. ¿Es cierto? ¿Has anulado la boda?

—Sí —dijo Eva mientras iba rápidamente a por un abrigo para salir.

—¡Oh, Dios mío! ¿Por qué?

—Zaccheo quería que firmara un acuerdo prenupcial en el que especifica que quiere tener hijos.

Sophie suspiró.

—¿Y se ha echado atrás cuando se lo has contado?

—No lo sabe.

—Pero… no entiendo.

—He tratado de decírselo, pero no ha querido escucharme.

—Lo has intentado. ¿No basta con eso?

—No, no basta. Ya le hemos causado suficiente daño a Zaccheo. No pienso meterme en algo que esté basado en una mentira. Las consecuencias serían peores.

—Papá está aterrorizado, Eva.

—¿Puedo hablar con él?

—Ahora está durmiendo. Le diré que has llamado cuando se despierte —tras una pausa, Sophie añadió—: He pensado en lo que dijiste el sábado… que no tenías ninguna pretensión de sustituirme. No debería haber sido tan dura contigo, pero… bueno, ya sabes que papá no es un hombre fácil de complacer. Había puesto sus esperanzas

en mí para superar este bache y…

—Yo no pretendía ocupar tu puesto, Sophie.

—Lo sé. Pero las cosas parecen tan fáciles para ti… Siempre ha sido así. Te envidiaba porque mamá te eligió a ti…

—¡Los padres no deberían mostrar preferencias por unos hijos u otros!

—Pero esa fue nuestra realidad. Papá quería un hijo. Y yo me empeñé en ser ese hijo. Tras la muerte de mamá me asustó que papá decidiera que no merecía su atención.

—Pero sí has obtenido su atención.

—Solo porque siempre he hecho lo que me ha dicho sin protestar, incluso cuando sabía que debería haberlo hecho. Este asunto de Zaccheo… papá no está especialmente orgulloso de ello. Ni yo. No sé qué va a resultar de todo esto, pero, cuando acabe, ¿podremos volver a estar juntas?

—Sí, si tú quieres —murmuró Eva, y a continuación colgó con mano temblorosa.

La última vez que Sophie perdió su rígida compostura fue durante las semanas que siguieron al entierro de su madre. Durante aquella época Eva había recuperado a su hermana. Se habían sentido unidas por el dolor y se habían apoyado mutuamente en aquellas duras circunstancias.

Pero por mucho que Eva echara de menos a «aquella» Sophie, no podía soportar la idea de recuperarla en circunstancias similares. Y tampoco podía soportar la idea de perder a su padre.

Sin pensárselo dos veces, marcó el número de teléfono de Zaccheo.

—Eva —dijo Zaccheo tras descolgar, y Eva casi pudo sentir a través del teléfono el frío que emanaba de su voz.

—Yo… —Eva trató de seguir hablando, pero los dientes aún le castañeteaban. Cerró los ojos con fuerza y lo intentó de nuevo—. Voy a firmar el acuerdo. Me casaré contigo mañana.

Hubo un silencio.

—¿Zaccheo? ¿Sigues ahí?

—¿Dónde estás?

—En tu casa.

—Romeo llegará en quince minutos para que le entregues el acuerdo firmado. Después continúa con los preparativos para la boda.

—¿Voy a verte hoy? —Eva odió la debilidad del tono con que hizo aquella pregunta.

—No.

—De acuerdo. Esperaré a Romeo.

—*Bene* —replicó Zaccheo, y a continuación colgó.

El cielo gris y la llovizna que caía en el exterior eran un fiel reflejo del estado de ánimo de Eva mientras la peluquera daba los últimos retoques a su peinado. Tras ella, Sophie sonrió nerviosamente.

Eva le devolvió la sonrisa en el espejo, consciente de que los nervios de su hermana se debían a que temía que volviera a cambiar de opinión.

Pero en aquella ocasión no había marcha atrás. Pensaba contarle la verdad a Zaccheo en la primera oportunidad que tuviese y asumir las consecuencias. Le daba igual si al día siguiente se despertaba como una simple Eva Penn en lugar de como lady Pennington. En cualquier caso, pensaba hablar claro con Zaccheo.

Pero no estaba muy claro si iba a poder hacerlo antes de la boda. Zaccheo no había regresado a casa la noche anterior. Probablemente estaba ganando otro millón de libras… o echando sus últimas canas al aire. Absurdamente, aquel pensamiento hizo que se le encogiera dolorosamente el corazón.

Sophie frunció el ceño al ver la expresión de su hermana reflejada en el espejo.

—¿Qué sucede?

—Nada. ¿Cómo está papá?

—Insiste en que está lo suficientemente bien como para llevarte del brazo por el pasillo de la iglesia. Quiere que todo salga como está planeado.

—Y así será —dijo Eva con una forzada sonrisa.

—¿Crees que yo debería hablar con Zaccheo… para explicarle lo sucedido? —preguntó Sophie, indecisa.

—Puede que aún convenga esperar un poco.

Sophie asintió y salió de la habitación cuando Margaret entró con el vestido.

Cualquier esperanza de hablar con Zaccheo se evaporó cuando, una hora después, Eva ya se encontraba ante las puertas abiertas de la iglesia. Cuando lo vio llegar, los latidos de su corazón arreciaron.

Lo acompañaba Romeo, que iba a ser su padrino, y Eva volvió a sentirse intrigada por la clase de relación que mantenían. ¿Tendría amigos Zaccheo, o los habría perdido todos después de que su familia hubiera hecho que acabara en la cárcel?

La majestuosa música del órgano de la iglesia le hizo apartar la vista de Zaccheo a la vez que notaba las miradas de curiosidad que le estaban dedicando los asistentes desde sus bancos.

Impresionada, Eva dio un traspié y se detuvo. Un murmullo expectante surgió de entre la multitud. Eva vio que su padre la miraba con gesto de preocupación.

—¿Por qué has insistido en acompañarme hasta el altar? —preguntó, necesitando saber de algún modo que no estaba haciendo

aquello por salvar a un hombre que apenas la apreciaba.
—¿Por qué? —repitió Oscar, desconcertado—. Porque eres mi hija.
—¿No lo estás haciendo solo por mantener las apariencias?
—Sé que no he hecho bien las cosas, hija —contestó su padre con una vulnerabilidad en la mirada que Eva solo había visto en otra ocasión, cuando su madre murió—. Fui educado para preservar por encima de todo el apellido de la familia, y soy consciente de que llevé esa responsabilidad demasiado lejos. A pesar de que nuestro matrimonio no fue ni mucho menos perfecto, tu madre solía ocuparse de hacerme razonar cuando pensaba que me estaba excediendo. Sin ella… —la voz de Pennington se quebró momentáneamente—. Puede que lo perdamos todo, pero no quiero perderos a ti y a Sophie.
Eva sintió que las lágrimas atenazaban su garganta.
—Tal vez deberías decirle eso a Sophie. Necesita saber que estás orgulloso de ella, papá.
Su padre asintió.
—Lo haré. Y también estoy orgulloso de ti. Y estás tan preciosa como tu madre el día de nuestra boda.
Eva parpadeó para alejar las lágrimas mientras un nuevo murmullo surgía de entre los asistentes. Al volverse vio a Zaccheo mirándola. Una expresión oscura y siniestra cruzó por un momento sus ojos y Eva tragó saliva.
«¡No puedo casarme con él sin que lo sepa! Se merece saber que no voy a poder darle la familia que quiere».
—Hay que seguir, cariño —le rogó su padre.
Eva contuvo el aliento y comenzó a caminar. Zaccheo había empezado a avanzar hacia ella, pero se detuvo a medio camino para esperarla.
Cuando llegó a su altura, Zaccheo la tomó de la mano y siguió caminando con ella hacia el altar.
Temblorosa, Eva trató de hablar.
—Zaccheo…
—No, Eva. Ya basta de excusas.
El celebrante les dedicó una mirada benévola, pero también interrogante. Zaccheo asintió.
Entonces, el órgano volvió a sonar y el destino de Eva quedó sellado.

Capítulo 11

Mirarlo no va a hacer que desaparezca, a no ser que tengas superpoderes en la vista.
Eva se sobresaltó al oír la burlona voz de Zaccheo y cerró el puño para ocultar el exquisito anillo con incrustaciones de diamantes que unas horas antes se había unido a su anillo de compromiso.

—No estaba tratando de hacer que desapareciera.

En realidad, Eva se había estado preguntando cuánto tiempo lo conservaría una vez que le contara la verdad a Zaccheo.

La recepción que había seguido a la ceremonia había sido breve, pero intensa. Zaccheo no había permitido que Eva se apartara de su lado ni un momento mientras innumerables invitados se acercaban a saludarlos impulsados por la curiosidad que despertaba aquella intrigante pareja. Para cuando abandonaron el lugar en su limusina en dirección al aeropuerto, Eva se sentía hecha un guiñapo.

Cada vez resultaba más evidente que, a pesar de su temporada en prisión, Zaccheo seguía siendo un hombre formidable, capaz de poder permitirse alquilar el Great Hall del Guildhall para celebrar su boda a pesar de que solía ser necesario hacer la reserva con años de antelación. Eva sospechaba que en realidad no necesitaba para nada la intervención de su padre para recuperar su reputación, de manera que, ¿por qué se empeñaba en conseguirla de forma tan despiadada?

—¿En qué estás pensando? —preguntó Zaccheo sin apartar la mirada de su tableta.

Eva abrió la boca para contestar, pero al notar que estaba entreabierto el cristal que los separaba de la parte delantera del coche, en la que iban el chófer y Romeo, se contuvo. En lugar de hablar de lo que tenía pensado, optó por abordar el otro tema que más le preocupaba.

—¿Puedes asegurarme que hablarás a favor de mi padre cuando entregues los documentos que tienes a las autoridades?

Zaccheo volvió hacia ella sus incisivos ojos grises.

—Estás deseando que lo suelte del anzuelo, ¿verdad?

—¿No te pasaría a ti lo mismo si se tratara de tu padre?

La mezcla de enfado, tristeza y amargura que cruzó por un momento el rostro de Zaccheo impresionó a Eva.

—Mi padre no tenía ningún interés en que lo soltaran del anzuelo por sus pecados. Le bastaba con mantenerse en deuda con personas

mejores que él porque consideraba que ese era su destino.

—Pero eso no tiene sentido…

—Pocas de las cosas que hacía mi padre tenían sentido para mí cuando era un niño, y tampoco ahora que soy un adulto.

—¿Cuándo murió?

—Cuando yo tenía trece años.

—Lo siento —al ver que Zaccheo ladeaba la cabeza y seguía mirándola, Eva decidió probar suerte y añadió—: ¿Y cómo…?

—Zaccheo —interrumpió la profunda voz de Romeo—. Puede que ese no sea un tema adecuado para el día de tu boda.

Ambos amigos intercambiaron una mirada y, cuando Zaccheo se volvió de nuevo hacia Eva, la máscara de frialdad que por unos instantes había abandonado su rostro había vuelto a ocupar su lugar.

—De momento, tu padre está cumpliendo su parte adecuadamente. Nuestros abogados se reunirán dentro de unos días para decidir cómo seguir avanzando. Cuando necesiten mi opinión, se la daré. Por otro lado, tu papel en todo esto no ha hecho más que comenzar.

La limusina se detuvo antes de que Eva pudiera responder. Al volverse hacia la ventanilla se quedó boquiabierta al ver el avión ante el que se habían detenido. Junto a la escalerilla aguardaban dos pilotos y dos azafatas.

Zaccheo le ofreció su mano para salir. La electricidad de su contacto y la atención de su mirada impulsaron a Eva a retirar la mano, pero él la retuvo con fuerza y avanzó con ella hacia el avión, donde fueron felicitados por la tripulación.

El lujoso interior del avión era fiel reflejo de su elegante y aerodinámico diseño exterior.

Eva se detuvo un instante a contemplar el sofá blanco semicircular que ocupaba una zona más hundida del avión y otro grupo de cómodos asientos con todos los artilugios imaginables. Un poco más allá había una zona de trabajo con una mesa, cuatro sillas y un pequeño y elegante bar.

Cuando Zaccheo se situó tras ella, Eva sintió que su cuerpo despertaba. Tuvo que reprimir un cálido estremecimiento cuando Zaccheo le soltó la mano para ponerla sobre su hombro.

—Tengo que hacer unas cuantas llamadas cuando despeguemos. Y tú… —Zaccheo se interrumpió para deslizarle un pulgar por la mejilla a Eva—. Pareces agotada.

—¿Es esa tu forma de decir que tengo un aspecto horrible? —Eva trató de hablar con desenfado, pero el ronco tono de su voz resultó revelador.

—Tú nunca podrías estar horrible —la semisonrisa que esbozó Zaccheo hizo que Eva sintiera algo parecido a la euforia—. Puede que seas un espinoso y retador rompecabezas que estoy deseando resolver,

pero nunca podrías tener un aspecto horrible.

Eva se quedó momentáneamente boquiabierta.

—¿Debería preocuparme que estés siendo tan amable conmigo?

—Puedo ser mucho menos monstruoso cuando consigo lo que quiero.

Eva experimentó una punzada de ansiedad al imaginarse la reacción de Zaccheo cuando averiguara la verdad.

—Zaccheo… —empezó a decir, pero él la interrumpió apoyando un pulgar sobre sus labios, algo que hizo que a Eva se le disparara el pulso al instante. El acaloramiento que sintió de pronto entre los muslos le hizo apretar las piernas para aplacar sus sensaciones.

Apenas notó que el avión despegaba. De lo único que era consciente era de la hipnótica mirada de Zaccheo.

—Aún no te he dicho lo preciosa que estás —murmuró Zaccheo mientras se inclinaba hacia ella para besarla en la comisura de los labios.

Eva sintió que le ardía la sangre en las venas.

—Gracias —contestó, y su voz surgió ligeramente temblorosa a causa del deseo que estaba experimentando. Estaba deseando volver la cabeza para sentir de lleno la boca de Zaccheo sobre la suya.

Cuando Zaccheo deslizó los labios hacia su mandíbula y luego hasta su cuello, Eva dejó escapar un débil gemido de impotencia. Entonces, Zaccheo la tomó de la mano y la condujo hasta la parte trasera del avión. Eva no protestó, y tampoco fue capaz de recordarse que debía aclarar las cosas con él cuanto antes.

El dormitorio era tan lujoso como el resto del avión, pero Eva apenas fue capaz de fijarse en otra cosa que en la enorme cama que se hallaba en el centro.

—Tengo intención de pasar dos semanas seguidas en la isla contigo, pero para poder hacerlo necesito adelantar bastante trabajo con Romeo. Ahora descansa. Sea lo que sea lo que quieras decirme, seguro que puede esperar unas horas —dijo Zaccheo, con una delicadeza que tenía totalmente desconcertada a Eva.

Abrumada por la fuerza de sus emociones, irguió la espalda cuando Zaccheo se situó tras ella y comenzó a desabrocharle los botones de la espalda. El pesado vestido cayó a sus pies y Eva permaneció en pie, vestida tan solo con su sujetador blanco sin tirantes, sus braguitas y el liguero y las medias que habían acompañado su atuendo.

Un ronco y casi torturado sonido escapó de la garganta de Zaccheo.

—*Stai mozzafiato* —murmuró y, cuando Eva volvió el rostro para mirarlo, tradujo sus palabras—: Eres deslumbrante.

Eva se ruborizó intensamente. Con la mirada oscurecida por el deseo, Zaccheo la rodeó y, sin apartar la mirada de sus ojos, se agachó ante ella para quitarle el liguero. Tras retirarlo, se lo guardó en un

bolsillo. Cuando se levantó, el intenso deseo que vio reflejado en sus ojos hizo que Eva se quedara sin aliento.

Zaccheo le dio un delicado beso en los labios.

—Nuestra primera vez no va a ser en un avión, a escasos metros de mis empleados —dijo mientras se acercaba a la cama para apartar la sábana. Esperó a que Eva se hubiera metido para arroparla. Ya a punto de salir, se detuvo y se volvió hacia ella—. Vamos a hacer que este matrimonio funcione, Eva. Que duermas bien, *dolcezza* —añadió antes de salir.

A pesar de la agitación que sentía en su interior, Eva durmió durante todo el trayecto y se despertó descansada, aunque inevitablemente inquieta ante lo que fuera a depararle el futuro.

Se puso un ligero vestido de verano, unas sandalias, se dejó el pelo suelto, se aplicó un poco de crema protectora solar y fue a ocupar un asiento mientras el avión aterrizaba.

Poco después estaban en una lancha motora conducida por Romeo. El ruido del motor hacía prácticamente imposible la conversación, pero, por primera vez, el silencio que se produjo entre Eva y Zaccheo no resultó tenso. La extraña e intensa sensación que habían experimentado ambos cuando Zaccheo había desvestido a Eva durante el vuelo seguía latente entre ellos mientras se dirigían a su destino.

Eva cerró los ojos para disfrutar unos momentos de la brisa en el rostro. Cuando los abrió, vio a Zaccheo mirándola. Parecía muy relajado, con el brazo extendido sobre el respaldo del asiento que ocupaban. Eva sintió el poder de aquella mirada hasta la punta de los dedos de los pies y, un instante después, Zaccheo le estaba dando un beso voraz. Cuando se apartó para permitirle respirar, susurró junto a su oído:

—No puedo esperar a hacerte mía.

Para cuando Romeo hizo atracar la lancha en una tranquila ensenada, Eva estaba hecha un manojo de nervios.

—Bienvenida a Casa do Paraíso —dijo Zaccheo cuando Romeo apagó el motor.

Eva miró a su alrededor. Árboles tropicales y una exuberante vegetación rodeaban una espectacular hacienda hecha de madera y cristal. El sol del mediodía arrojaba vibrantes sombras de verde, naranja y azul en los deslumbrantes alrededores.

—Es una maravilla —murmuró.

Zaccheo la tomó de la mano.

—El dueño anterior construyó aquí una pequeña cabaña para su primera esposa y sus dos hijos. Cuando se separaron, ella se quedó con la isla, pero odiaba el clima tropical y yo se la compré y reconstruí la cabaña.

Eva asintió, tensa a pesar de sí misma por la mención de la palabra

«hijos». Cuando siguió a Zaccheo al interior de la casa fueron recibidos por cuatro empleados que, tras unas palabras de Zaccheo, salieron rápidamente a por las cosas de la lancha.

—Ven aquí —ordenó Zaccheo en tono impaciente.

Eva dejó de admirar la estructura interior de la casa para admirar al hombre que la había construido. Alto, orgulloso e intensamente cautivador, aguardaba a los pies de una escalera suspendida. Su ardiente mirada brillaba peligrosamente, con una evidente promesa.

El deseo palpitó entre ellos como una criatura viva, consumida por un hambre que exigía ser saciada, colmada.

Eva sabía que aquel era el momento de decirle la verdad, de dejar estallar la bomba que llevaba en su interior. Sus pasos sonaron sobre las baldosas mientras cruzaba la habitación. Zaccheo esbozó una sonrisa de satisfacción. Cuando Eva llegó hasta él, la tomó en brazos y subió rápidamente la escalera.

Y, de pronto, la necesidad de revelar su secreto dejó de ser urgente para Eva. Había sido superada por otra más acuciante, más exigente. Una necesidad que cada célula de su cuerpo ansiaba satisfacer. En aquel momento, antes de que se le escapase la oportunidad. Antes de que su confesión volviera a toparse con un muro insalvable de rechazo.

Incapaz de resistirse, hundió los dedos en el pelo de Zaccheo y enterró el rostro en su cuello para lamerle y mordisquearle la piel.

El gruñido de respuesta de Zaccheo resultó embriagador para sus oídos, al igual que la sensación de estar presionada contra su fuerte y viril cuerpo cuando la dejó lentamente en el suelo.

—He esperado tanto para estar dentro de ti… Y no pienso esperar más —murmuró Zaccheo en un tono casi feroz.

Con los brazos en torno a la cintura de Eva, le hizo caminar de espaldas hacia la cama. Retiró de un solo movimiento el vestido que llevaba por encima de su cabeza y lo dejó caer al suelo. El sujetador y las braguitas le siguieron a continuación.

Zaccheo contuvo el aliento mientras se apartaba para contemplar sus exuberantes y expuestas curvas.

Como había hecho en el avión, la rodeó a la vez que deslizaba los dedos por su acalorada piel, generando en ella un rastro de fuego que la alcanzó de lleno entre los muslos. Cuando Zaccheo volvió a detenerse ante ella, Eva se sentía casi mareada por la intensidad de su excitación.

—Eres tan bella… tan preciosa… —murmuró Zaccheo con voz ronca mientras se inclinaba para tomar el pezón de uno de sus pechos con la boca.

Eva gimió y lo aferró por los hombros. Zaccheo prestó atención al otro pezón mientras acariciaba con los dedos el que acababa de dejar.

—Zaccheo…

Zaccheo se irguió de pronto y se quitó la camiseta negra que vestía. Su poderoso pecho quedó expuesto para deleite de Eva, pero lo que más llamó su atención fue el tatuaje de tres lazos celtas unidos por tres delgadas líneas que adornaba circularmente su brazo derecho. Alargó una mano para deslizar un dedo por el tatuaje y pensó en la cantidad de cosas que desconocía sobre el hombre con el que se había casado.

—Casi pareces nerviosa, *dolcezza*.

—¿No te sientes tú un poco nervioso al ser tu primera vez con una nueva amante? —preguntó Eva.

Zaccheo se puso repentinamente serio mientras bajaba las manos hacia el cinturón de sus pantalones.

—No siento nervios, pero sí anticipación ante la perspectiva de poder satisfacer un deseo largamente contenido —contestó mientras terminaba de desvestirse.

«Perfección» fue la única palabra que surgió en la mente de Eva mientras lo contemplaba.

—¿A pesar de haberlo experimentado más de algunas docenas de veces?

—Tal vez deberíamos dejar a un lado el tema de nuestros pasados amantes —dijo Zaccheo a la vez que se inclinaba para besarla.

Fue un beso profundo, intenso, que hizo perder a Eva la poca capacidad de razonamiento que le quedaba. Un instante después se encontró tumbada de espaldas sobre la cama con Zaccheo a su lado, besándola.

—Quiero penetrarte de tantas formas y hacerte tantas cosas que no sé por dónde empezar.

Al ver que el rostro de Eva se cubría de rubor, Zaccheo se rio con suavidad.

—Te ruborizas con la facilidad de una virgen —dijo a la vez que deslizaba una mano por el torso de Eva hasta tomar en ella uno de sus pechos—. Casi me hace olvidar que no lo eres.

—¿Y qué te hace pensar que no lo soy? —preguntó Eva.

Zaccheo se quedó muy quieto, mirándola.

—¿Qué quieres decir?

Eva se humedeció nerviosamente los labios.

—Que no quiero que me trates como si fuera especialmente frágil… pero tampoco quiero que me trates con brusquedad en mi primera vez

Zaccheo contuvo por un instante el aliento, asombrado.

—Tu primera vez… —repitió, incrédulo—. *Madre di Dio*!

Se apartó lentamente de ella y la contempló como si la estuviera viendo por primera vez. Luego, con delicadeza, le hizo separar las piernas. Eva se movió inquieta mientras él dirigía la mirada hacia su

sexo. Zaccheo la sujetó con una mano para que se estuviera quieta y le besó los párpados, la boca, el cuello. Luego deslizó la lengua por sus pechos hasta alcanzar su ombligo. Al darse cuenta del lugar al que se dirigía, Eva alzó la cabeza de la almohada.

—Zaccheo… —rogó, aunque sin saber si lo que quería era que se apartara o que siguiera.

Zaccheo se alzó un momento para retirar los largos mechones de pelo que cubrían su rostro y sujetarlos en un nudo en la parte trasera de su cabeza. El gesto resultó tan increíblemente erótico para Eva que temió derretirse allí mismo. Pero Zaccheo volvió a prestarle de inmediato su atención situándose entre sus piernas y haciéndole separarlas con sus anchos hombros.

—Ya sé lo que más deseo —murmuró roncamente—. Saborearte.

El primer contacto de su lengua con el sexo de Eva hizo que ella dejara escapar un prolongado y exquisito gemido. Arqueó la espalda sobre la cama y sus muslos temblaron mientras sentía que su cuerpo ardía. Zaccheo la sujetó con firmeza contra la cama y se dio una fiesta con ella. El delicado roce de su barba y las caricias de su lengua hicieron que, tan solo unos segundos después, Eva dejara escapar un grito mientras sentía que se precipitaba desde el borde del universo hacia algo parecido al paraíso.

Cuando salió del trance inicial sintió la boca de Zaccheo en su vientre y sus manos deslizándose por sus costados. El brillo plateado de su mirada reflejó un profundo sentimiento de posesión cuando inclinó el rostro para besarla.

—Ahora*, il mio angelo* —murmuró roncamente contra los labios de Eva—. Ahora voy a hacerte mía.

Sujetó con una mano las muñecas de Eva por encima de su cabeza y deslizó la otra entre sus muslos. Tras acariciarla con delicadeza introdujo un dedo en su sexo. El gemido que escapó de su garganta se fundió con el de Eva. Tras retirar el dedo tanteó los labios de su sexo con su poderoso y grueso miembro y murmuró unas palabras de calma mientras comenzaba a penetrarla con pequeños empujones.

—Tranquila, *dolcezza*.

Eva sintió que algo ardía dolorosamente en su interior, pero el deseo que experimentó fue tan abrumador que el dolor quedó en un segundo plano.

—Zaccheo, por favor… por favor… —murmuró, jadeante.

—Sí, sí, déjame satisfacerte ahora —murmuró él casi con fervor.

Entonces la penetró más profundamente. Por un instante, el dolor hizo que a Eva se le llenaran los ojos de lágrimas. Zaccheo masculló una maldición y luego le besó las lágrimas mientras murmuraba suavemente en italiano.

Después, muy despacio, terminó de colmar el sexo de Eva con su

miembro. Ella percibió en su rostro la tensión que estaba conteniendo.

—¿Zaccheo…?

—Quiero que esto sea perfecto para ti.

—Sospecho que no lo va a ser a menos que te muevas.

Zaccheo esbozó una media sonrisa que acabó transformándose en una abierta y arrebatadora sonrisa. Eva sintió que su corazón ejecutaba una alocada danza al ver la oleada de placer que transformó el rostro de Zaccheo. Sus labios se curvaron en respuesta y un sentimiento indescriptible se desplegó en su interior, dejándola sin aliento con su maravilloso poder. Temblorosa, alzó una mano para acariciar el rostro de Zaccheo y deslizar los dedos por su sensual boca.

Zaccheo se retiró para penetrarla de nuevo y repitió el movimiento varias veces, aumentando poco a poco el ritmo de sus embestidas.

Atrapada en un torbellino de increíbles e incontrolables sensaciones, Eva dejó escapar un gutural grito.

La sonrisa de Zaccheo se transformó en una expresión casi salvaje, esencial, depredadora. Mientras seguía moviéndose dentro de ella, Eva lo rodeó con los brazos por el cuello para soltarle la coleta y poder deslizar los dedos entre su tupida melena. Cuando empezó a mover instintivamente las caderas al ritmo de las penetraciones de Zaccheo, este gruñó y se inclinó para tomar en su boca uno de los excitados pezones de Eva. La intensa sensación de volver a fundirse con el universo que se adueñó de ella hizo que comenzara a temblar intensamente por dentro, y el temblor creció y creció hasta estallar en infinitos y cegadores destellos de luz que se esparcieron hacia el infinito.

—*Perfetto*.

Zaccheo hundió los dedos en el sedoso y salvaje pelo de Eva mientras respiraba profundamente para tratar de mantener el control.

«Mía. Final y completamente mía».

Sostuvo a Eva entre sus brazos y, cuando su respiración comenzó a calmarse, se tumbó de espaldas y le hizo sentarse a horcajadas sobre él.

La tensión de su excitado miembro era casi insoportable, pero estaba decidido a lograr que aquella experiencia fuera completamente inolvidable para Eva.

Ella le dedicó una soñolienta mirada a la vez que una sonrisa increíblemente sensual, casi lujuriosa, curvaba sus carnosos labios. Sin necesidad de que Zaccheo dijera nada, se irguió, lo tomó en su mano y a continuación se dejó caer lentamente sobre su erguido miembro. Zaccheo perdió la capacidad de pensar mientras contemplaba como se agrandaban los ojos de Eva a la vez que la piel de su rostro adquiría

una tonalidad rosada mientras, sin dejar de cimbrear las caderas arriba y abajo, trataba de atrapar de nuevo las increíbles sensaciones que acababa de conocer. Unos momentos después ambos estaban jadeando.

Zaccheo deslizó una mano entre sus cuerpos para acariciar el centro exacto del deseo de Eva y contempló maravillado como alcanzaba un nuevo orgasmo. Incapaz de contenerse un segundo más, dejó escapar un gemido que anunció la liberación y el placer más intenso que había experimentado nunca.

Poco después, Eva cayó como una muñeca de trapo sobre él y se sumergió en un profundo sueño mientras él seguía despierto.

Preguntándose por qué sentía que su mundo ya no volvería a ser el mismo.

Preguntándose qué significaba aquello para él.

Capítulo 12

Eva se despertó sobre el cuerpo de Zaccheo. El sol seguía alto en el cielo, de manera que no debía de haber dormido más de una o dos horas.

Cuando se arriesgó a mirarlo vio que tenía los ojos abiertos y la boca curvada en aquella semisonrisa que empezaba a gustarle mucho más de lo que resultaba recomendable.

Zaccheo alzó una mano para colocar un mechón de pelo tras la oreja de Eva. La delicadeza con que lo hizo dejó a esta sin aliento.

—*Ciao, dolcezza.*

El movimiento del brazo de Zaccheo llamó la atención de Eva hacia el tatuaje que rodeaba su poderoso brazo.

—¿Tiene algún significado especial? —preguntó a la vez que alargaba un dedo para acariciarlo.

—Es un recordatorio de que nunca debo aceptar menos de lo que valgo y también de que, a diferencia de lo que pretenden hacernos creer los poderosos, todos los hombres nacemos iguales. Es el poder lo que está mal repartido.

—Tú tienes más que suficiente poder. Los demás hombres se encogen ante ti.

Aquello hizo fruncir el ceño a Zaccheo.

—Si es así, es por culpa de su propia debilidad, no de la mía.

Eva se rio, incrédula.

—¿Me estás diciendo que no sabes que eres capaz de intimidar a cualquiera con una simple mirada?

—Tú eres bastante inmune a la intimidación de la que hablas. Que yo recuerde, has sido desagradable más a menudo que no.

—Nunca se me ha dado bien aceptar que me griten las órdenes.

—Yo no grito.

—Tal vez no, pero a veces el efecto es como si lo hicieras.

Sin darle tiempo a reaccionar, Zaccheo la tumbó de espaldas sobre la cama y se situó sobre ella como una especie de letal ave de presa.

—¿Fue ese el motivo por el que dudaste cuando avanzabas por el pasillo de la iglesia? —preguntó, y Eva se quedó asombrada al ver que casi parecía dolido.

—No, no fue por eso. Fue por… —Eva estuvo a punto de empezar a contarle la verdad, pero enmudeció al imaginarse el rechazo que seguiría a sus palabras.

Lo que había experimentado con Zaccheo en la cama había sido algo completamente distinto a nada que hubiera experimentado antes. La necesidad de aferrarse a ello un poco más la impulsó a dejar a un lado sus buenas intenciones. Sabía que estaba jugando con fuego, con un volcán y que la erupción sería devastadora, pero por una vez en su vida quería ser egoísta y experimentar algunos momentos de completo abandono.

Se había sacrificado a aquel matrimonio, y ello le daba derecho a tener algo que decir respecto al momento en que debía acabar, lo que sin duda sucedería en cuanto Zaccheo se enterara de que con ella nunca podría tener su propia familia.

—¿Eva? —insistió él al verla tan pensativa.

—Hubo un momento padre hija, y además estaba nerviosa. Toda mujer tiene derecho a experimentar un momento de nervios el día de su boda. El mío no pasó de treinta segundos.

—Permaneciste paralizada casi cinco minutos —replicó Zaccheo, serio.

—El tiempo suficiente para que se despeje cualquiera que acaba de echarse una siesta —respondió Eva en tono desenfadado y con un coqueto encogimiento de hombros.

Notó con alivio que la tensión abandonaba lentamente el cuerpo de Zaccheo y se sintió aliviada cuando la besó para dejar claro que no le habían gustado sus dudas.

Cuando Zaccheo se movió para salir de la cama, Eva estuvo a punto de protestar, pero enmudeció de nuevo al ver la impresionante hombría de Zaccheo. La boca se le secó al instante y su corazón latió con más fuerza.

—Si sigues mirándome así vamos a tener que posponer nuestra ducha y el almuerzo se va a enfriar.

Eva se ruborizó.

Zaccheo se rio y se inclinó para tomarla en brazos.

—Pero me alegra saber que mi cuerpo no te desagrada.

Eva puso los ojos en blanco.

—La falsa humildad no es un rasgo especialmente atractivo, Zaccheo —dijo mientras él salía con ella en brazos a una ducha exterior con el suelo de bambú. A pesar de su rústico aspecto, aquel baño al aire libre tenía de todo, incluyendo una gran bañera de mármol.

Por encima de sus cabezas, un grupo de coloridos guacamayos gorjeaba mientras volaban de rama en rama.

Zaccheo dejó a Eva en el suelo y tomó una suave manopla de baño.

—A pesar de lo que puedan haberte hecho creer los libros y las revistas, una compatibilidad tan completa en la cama no es nada común, te lo aseguro.

—La verdad es que no tengo ni idea —dijo Eva, consciente de que habría sido absurdo pretender lo contrario.

—No, claro —dijo Zaccheo mientras abría el grifo de la ducha—. No, no lo sabes, y me da igual que eso me satisfaga hasta el punto de que alguien pudiera llamarme cavernícola.

Tras un suntuoso almuerzo de pescado fresco con salsa de piña y nueces acompañado de una ensalada de aguacates, Zaccheo enseñó a Eva el resto de la casa y la isla de tres kilómetros cuadrados en que había sido construida. Acabaron el paseo en una pequeña playa de arena blanca en la que alguien había preparado un picnic que incluía una botella de champán en una cubitera de hielo.

Mientras comían, Eva miró a su alrededor, maravillada.

—No sé cómo puedes soportar vivir fuera de este sitio.

—Aprendí muy pronto a no apegarme demasiado a las cosas.

La seca respuesta de Zaccheo atrajo la mirada de Eva hacia su rostro.

—¿Por qué? —se atrevió a preguntar.

—Porque era mejor así.

Eva tomó un sorbo de su champán antes de volver a hablar.

—Pero eso implica una existencia muy solitaria.

Zaccheo encogió sus anchos hombros.

—Tuve la opción de sentirme solo o de llevar una vida solitaria. Elegí lo último.

A Eva se le encogió el corazón ante la deliberada ausencia de emoción del tono de Zaccheo.

—Zaccheo…

—No pierdas el tiempo sintiendo lástima por mí —le espetó él.

—No estaba sintiendo lástima. No soy tan ingenua como para creer que todo el mundo ha tenido una infancia feliz. Sé que yo no la tuve.

—¿Quieres decir que las mejores escuelas privadas, los inviernos en Verbier y los exclusivos clubs de campo no fueron suficiente?

Eva suspiró.

—Eso solo eran «cosas», Zaccheo. Sé que fui una privilegiada en ese aspecto. Pero mi infancia también fue dura; yo tampoco pude elegir la familia en que nací.

—¿Por eso te fuiste de la mansión Pennington?

—Tras la muerte de mi madre, sí. Dos contra uno era demasiado.

—¿Y el momento padre hija que mencionaste antes?

Eva experimentó una inevitable punzada de esperanza.

—No sé. Supongo que el tiempo lo dirá. ¿Intentarías tú lo mismo con tu madre y tu padrastro?

—No. Mi madre siempre me consideró un estorbo y mi padrastro

estaba de acuerdo.

—Sin embargo, has logrado triunfar en la vida. ¿Las lecciones que recibiste en tu juventud no te hacen sentirte orgulloso de quién eres ahora, a pesar de odiar algunos aspectos de tu educación?

—No le desearía esos «aspectos» de mi educación ni a mi peor enemigo.

El dolor que apenas ocultó el tono de Zaccheo hizo que Eva experimentara un estremecimiento. Estaba a punto de volver a hablar cuando Zaccheo se puso repentinamente en pie.

—No quiero hablar más del pasado —dijo con una intermitente semisonrisa—. No, teniendo frente a mí una puesta de sol tan increíble y una esposa cuya belleza puede rivalizar con ella —añadió a la vez que retiraba la copa de la mano de Eva y la rodeaba con sus brazos.

—Por si te interesa saberlo, cedí mi puesto en el club de campo a una amiga, y jamás me ha gustado esquiar. Tampoco me preocupó nunca mi «pedigrí», ni con quién fuera vista. Lo único que me interesaba era cantar y tener una familia que se preocupara por mí.

Por un instante, la mirada de Zaccheo reveló diversas emociones. Sorpresa. Conmoción. Confusión. Pero la arrogancia volvió a ocupar su lugar rápidamente.

—La puesta de sol, *dolcezza* —dijo roncamente—. Te la estás perdiendo.

La sensación de que las cosas se le estaban escapando de las manos no hacía más que crecer. Zaccheo contempló el anaranjado horizonte con la mente hecha un torbellino.

Siempre había estado seguro de saber lo que impulsaba a Eva y a su familia: la misma ambición de poder y prestigio que había llevado a su padre a una muerte prematura, lo mismo que había hecho que su madre abandonara su tierra y su hogar para buscar un marido rico. Pero Eva le había hecho enfrentarse a aquellas creencias desde el primer momento, aunque el hecho de que hubiera estado dispuesta a casarse con Fairfield por el bien de su familia había borrado de su mente cualquier tendencia a la benevolencia.

No podía negar que haber descubierto la noche anterior que Eva seguía siendo virgen le había desconcertado profundamente.

Desde que podía recordar, su meta en la vida había sido alcanzar una posición desde la que poder dar una lección a aquellos que se creían con derecho a tratarlo como a un hombre vulgar y corriente. El día anterior, durante la recepción de su boda, se había dado el gusto de tener a los aristócratas de la ciudad comiendo de su mano, dispuestos a hacer cualquier cosa por obtener su favor.

Sin embargo, no se sentía satisfecho por ello. Tenía la sensación de

haber podido aferrar finalmente el mango de la sartén… pero solo para descubrir que en lugar de ser de bronce, era de vulgar plástico, de que había algo más allá de su necesidad de demostrar que se hallaba por encima de aquellos que solo buscaban el poder y el prestigio. Pero lo cierto era que la soledad de la que había hablado con tanta indiferencia hacía unos momentos lo había devorado más efectivamente que el rechazo de su madre y el desprecio de su padre.

Impaciente, trató de apartar aquellos pensamientos de su cabeza. Él no dependía de los sentimientos. Él conseguía cosas. Él triunfaba. Un fallo en sus cálculos no iba a hacer que se echara atrás. Averiguar que Eva no había tenido amantes previos le había producido una primitiva satisfacción que no iba a molestarse en negar.

Y si antes o después surgía algo de aquella relación… su corazón latió más rápido.

Tomó a Eva por la barbilla y le hizo inclinar el rostro. Su belleza era innegable, pero no iba a arriesgarse a más conversaciones de «corazón a corazón». Eva estaba empezando a introducirse en un lugar bajo su piel que prefería mantener fuera de su alcance. Un lugar que él solo se atrevió a examinar cuando el húmedo frío de su celda le hizo bajar la guardia.

Pero ya no iba a volver nunca a una celda, y no iba a permitir que Eva ahondara más allá en sus sentimientos.

Satisfecho con su resolución, besó sus sensuales y tentadores labios hasta que tuvo que apartarse para recuperar el aliento.

—Creo que esta noche vamos a acostarnos muy pronto*, il mio angelo*.

Capítulo 13

Los días transcurrieron en una bruma de sol, mar, comida exquisita y sexo. Zaccheo era un amante fiero y exigente, pero devolvía más de lo que recibía, y Eva disfrutaba tanto con sus atenciones que empezaba a temer haberse vuelto una adicta al sexo. Y a él.

Sin embargo, sabía que aquello no era más que un breve devaneo que acabaría en cuanto le revelara su secreto.

Aquel inquietante pensamiento le hizo dejar a un lado la tableta en que estaba escribiendo la letra de una nueva canción. Estaba contemplando ensimismada el horizonte cuando Zaccheo entró en la habitación.

—Hoy vamos a salir en barco —anunció animadamente—. Por mucho que quiera retenerte aquí conmigo, creo que debemos visitar un poco Río y sus alrededores antes de irnos.

—¿A dónde vamos? —preguntó Eva en el tono más desenfadado que pudo.

—A la isla Sao Gabriel. Es un lugar turístico, pero tiene algunos sitios que merece la pena ver.

Zaccheo se acuclilló ante ella y tomó la tableta que Eva había dejado a un lado para echarle un vistazo.

—¿Tú has escrito esto?

Eva asintió.

—Escribo canciones desde que tenía dieciséis años.

Zaccheo la miró con expresión pensativa.

—Hace un año y medio que tienes dos millones de libras en tu cuenta. Supongo que ese dinero es la parte que te correspondía de lo que tu padre obtuvo con mi edificio, ¿no?

Eva se limitó a asentir.

—Con ese dinero podrías haberte dedicado a tu carrera sin necesidad de ponerte a trabajar. ¿Por qué no lo has utilizado para eso? —preguntó Zaccheo.

Eva bajó la mirada.

—En el fondo sospechaba que no era dinero limpio. Odiaba dudar de la integridad de mi padre, pero fui incapaz de tocar el dinero. No me parecía bien.

Zaccheo la observó un largo momento con una desconcertada expresión en el rostro. Finalmente asintió.

—¿Qué tal fue tu sesión con Ziggy Preston?

Eva lo miró con cautela, pero no vio en su rostro la irónica mordacidad de aquella noche en el club. De hecho, ni se le había ocurrido comentarle su encuentro con Ziggy.

—Sorprendentemente bien, sobre todo teniendo en cuenta que después de tu comportamiento había supuesto que me pondría en su lista negra.

—Habría tenido que vérselas conmigo si hubiera hecho algo así —dijo Zaccheo con arrogancia—. ¿Vas a volver a verlo?

—Sí. Cuando volvamos.

—*Bene* – Zaccheo se irguió y le ofreció su mano.

Eva la aceptó y un momento después se encaminaban hacia la lancha.

A pesar de ser realmente turística, Eva pudo comprobar que la isla que visitaron era una auténtica maravilla, y no solo por sus paisajes, sino también por sus coloridas poblaciones pesqueras y algunos pequeños museos situados en pintorescos lugares.

Pero en uno de ellos, dedicado a la obra de un escultor local que cincuenta años antes había esculpido en mármol las imágenes de los numerosos santos patronos de la isla y las había donado al ayuntamiento, Eva se había visto obligada una vez más a enfrentarse a su secreto.

Zaccheo la había llevado a la sala en que se hallaba su escultura favorita y ella se había quedado boquiabierta ante la magnificencia y realismo de las dos imágenes que la formaban.

—«Santa Ana y San Gerardo» —leyó en el recuadro que había junto a la estatua—. «Santos patronos de la maternidad y la fertilidad…» —al llegar a aquel punto tuvo que dejar de leer, conmocionada.

Zaccheo la tomó de la mano y deslizó un dedo por su mejilla a la vez que se inclinaba para susurrarle junto al oído:

—No puedo esperar a sentir a nuestro bebé dando patadas en tu vientre.

Eva sintió que una poderosa mano tomaba su corazón y lo estrujaba sin piedad.

—Zaccheo… —murmuró, apenas capaz de ocultar su angustia.

—Lo que te dije en el avión al venir lo dije en serio, Eva. Podemos hacer que esto funcione. Puede que no tengamos los mejores modelos en nuestros padres, pero al menos ya sabemos qué errores evitar. Esa es una buena base para tener hijos, ¿no te parece? —preguntó él con delicadeza, en un tono casi esperanzado.

Eva abrió la boca, pero ninguna palabra surgió de ella. Zaccheo no quería hijos como un instrumento para su venganza, sino por sí mismo. El hombre que no había conocido el amor mientras crecía

quería tener una familia propia. Lo necesitaba.

Y ella le había dejado creer que podía tenerla con ella.

—¿Eva? —preguntó Zaccheo con expresión preocupada al mirarla —. ¿Qué sucede?

Eva negó con la cabeza a la vez que miraba frenéticamente a su alrededor.

—Estás muy pálida, *dolcezza*. ¡Háblame!

—Estoy… estoy bien.

Zaccheo frunció el ceño.

—A mí no me parece que estés bien. ¿Quieres que nos vayamos?

Eva se aferró a aquel salvavidas.

—Sí, por favor.

Una vez en el exterior, Eva respiró profundamente varias veces para tratar de calmarse, pero apenas pudo contener el caos que amenazaba con quebrar su mente.

La urgencia de confesar la verdad era abrumadora, pero aquel no era el lugar ni el momento para hacerlo, sobre todo teniendo en cuenta que acababa de llegar un bullicioso grupo de estudiantes para visitar el museo.

Zaccheo la ayudó a bajar las amplias escaleras de la entrada del museo sin decir nada, aunque no dejó de lanzarle miradas de preocupación.

Después habían vuelto a sumergirse entre los numerosos turistas que deambulaban por la isla y Zaccheo había insistido en ir a comer algo para que Eva recuperara las fuerzas.

—¿Te sientes mejor? —preguntó después de que Eva hubiera hecho el esfuerzo de comer un poco de marisco.

—Sí, mucho mejor —contestó ella con una sonrisa que no llegó a alcanzar sus ojos.

—*Bene*. Y ahora, ¿te importaría contarme lo que está pasando? —preguntó Zaccheo.

—Creo que me he mareado un poco. Eso es todo.

Zaccheo la miró un momento y luego sorprendió a Eva inclinándose para besarla. Pero no fue un beso hambriento y devorador, como los que había solido darle muy a menudo durante aquellos días, sino que fue un beso increíblemente delicado, casi reverente.

Y fue en ese momento cuando supo que estaba irremediablemente enamorada de él.

Y que perdería la voluntad de vivir en cuanto tuviera que alejarse de su lado.

Algo iba mal. Había ido mal desde que habían salido del museo en la isla.

Pero, por una vez en su vida, Zaccheo estaba aterrorizado ante las consecuencias que pudiera tener enfrentarse al problema. De manera que se planteó las peores probabilidades que se le ocurrieron.

¿Había dicho o hecho algo para provocar la preocupada expresión de Eva? ¿Le habría recordado su confesión en la colina que él no era el hombre que habría elegido si hubiera podido hacerlo?

Zaccheo experimentó algo muy parecido a la desolación. Apretó la mandíbula y los puños para controlarse. Aquella tarde, durante su paseo, le había hablado a Eva de cosas de las que nunca hablaba. Se había abierto a ella como nunca lo había hecho con nadie. Cuando le había revelado la pertenencia de su padre a la mafia, los crímenes que había cometido para su *don*, el padre de Romeo, cuando le había descrito lo devastadoramente solitaria que había sido su infancia, Eva no había mostrado rechazo, ni pena. Una vez más, solo había mostrado compasión, dolor por los estragos que habían hecho en él aquellas duras experiencias…

Unos tímidos golpes le hicieron volverse hacia la puerta del estudio, al que se había retirado tras volver del paseo cuando Eva había manifestado su necesidad de darse una ducha. Sola.

—¿Zaccheo?

Zaccheo alargó la mano hacia el pomo con la vana esperanza de que hubiera cambiado la expresión del rostro de Eva, de que estuviera de nuevo sonriente y todo volviera a ser como antes. Pero al abrir comprobó que no era así.

Y las palabras que pronunció a continuación Eva fueron como una puñalada.

—Tenemos que hablar, Zaccheo.

Capítulo 14

Todas las frases que había practicado Eva en la ducha se esfumaron de su cabeza en cuanto se encontró ante Zaccheo.

—Yo… —se le encogió el corazón dolorosamente al ver el severo gesto que tensó sus facciones—. No puedo seguir casada contigo.

Por un instante, la expresión de Zaccheo pareció la de un hombre al que acabaran de golpear en el plexo solar para luego arrancarle el corazón de cuajo mientras trataba de respirar. Gradualmente, su rostro perdió toda traza de dolor y aflicción.

—¿Ese era tu plan desde el principio? —preguntó con mirada gélida —. ¿Esperar a que hablara a favor de tu padre y se viera libre de cargos antes de pedirme el divorcio?

Eva se quedó boquiabierta.

—¿Has hecho eso? ¿Cuándo?

Zaccheo se limitó a mirarla con infinito desprecio.

—¿Tanto te repugna estar casada conmigo, Eva? ¿Ni siquiera has podido esperar a que estuviéramos de vuelta en Londres?

—¡No! Eso no es cierto. Créeme, Zaccheo.

—¿Creerte? ¿Por qué iba a creerte si ni siquiera estás dispuesta a darnos una oportunidad? —Zaccheo viró en redondo y avanzó hasta el centro de la habitación antes de volverse—. Lo que no entiendo es por qué. ¿He hecho o dicho algo para hacerte pensar que no quiero que esta relación funcione?

—Escúchame, por favor, Zaccheo. No eres tú, soy…

—¿De verdad me vas a soltar ese rollo? —le espetó Zaccheo con una risotada incrédula.

Eva apretó los puños.

—¡Por una vez en tu vida, cállate y escucha! ¡No puedo tener hijos! —le espetó.

—Esa excusa ya la has usado, *dolcezza,* pero no sé si recuerdas que firmaste un acuerdo al respecto, así que inténtalo con otra cosa.

Eva dejó escapar un suspiro de profunda tristeza.

—Es cierto, firmé. Pero te mentí. No puedo tener hijos. No soy fértil.

Zaccheo dio un paso atrás, claramente conmocionado.

—¿Disculpa?

—Traté de decírtelo cuando vi la cláusula por primera vez, pero no quisiste escuchar.

—Deberías haber insistido —replicó Zaccheo con severidad.

—¿Y me habrías creído si te hubiera revelado mi problema? ¿Sin ninguna evidencia para demostrártelo? Además, apenas pude verte la semana anterior a la boda…

—Si tanto te molestaba tu conciencia, ¿por qué cambiaste de opinión?

Eva sostuvo la fría mirada de Zaccheo.

—Ya sabes que cuando tenía dieciocho años perdí a mi madre a causa de un cáncer. Se lo diagnosticaron cuando yo tenía dieciséis. Fueron dos años terribles, y su muerte me desgarró el corazón. Ahora, mi padre lleva un par de meses sufriendo ataques de estrés. Y, cuando lo llamaste para decirle que se cancelaba la boda, sufrió un colapso.

—¿Y me culpas a mí de eso? —preguntó Zaccheo con una mezcla de irritación y asombro—. ¿De eso se trata?

—No, no te culpo. Ambos sabemos que la culpa de nuestras actuales circunstancias la tiene mi padre. Pero aunque él sea el responsable, el estrés y la tensión lo están matando. Ya vi morir a mi madre, y no quiero ver cómo muere mi padre a causa de la preocupación y los remordimientos por lo que hizo. Y no acepté casarme contigo para preservar el «buen nombre» de mi familia. Lo hice porque eso es lo que se hace por la gente a la que se quiere.

—¿Incluso cuando no corresponden a tu amor? ¿Incluso cuando te han tratado toda su vida como si les molestaras?

—Uno no puede evitar querer a quien quiere —dijo Eva con tristeza —. Ni elegir quién va a corresponderle.

—Pero sí se puede elegir decir la verdad por duro que sea hacerlo. Podrías haber decidido no iniciar un matrimonio basado en mentiras.

—Eso es cierto. Y lo siento… —murmuró Eva.

Zaccheo hizo un gesto para acallarla, la rodeó, cerró de un portazo y luego señaló el sofá.

—Háblame de tu problema —dijo con aspereza cuando Eva se hubo sentado.

—Se llama endometriosis. Tuve los primeros síntomas cuando empecé la universidad, pero coincidió con el diagnóstico del cáncer de mi madre y no le presté atención. Cuando no tuve más remedio que acudir al hospital, el médico me dijo que no iba a poder concebir naturalmente – Eva dejó de hablar un momento mientras Zaccheo se sentaba frente a ella. —Me acusas de haber iniciado un matrimonio basado en mentiras, pero yo no sabía que querías un matrimonio de verdad. Lo que querías era vengarte de mi padre, ¿recuerdas?

—¿Y no pediste una segunda opinión? —preguntó Zaccheo como si Eva no hubiera dicho nada más.

—¿Para qué iba a hacerlo? Sabía que algo iba mal hacía tiempo y el médico lo confirmó —al ver que Zaccheo no decía nada, Eva añadió —: Puedes hacer conmigo lo que quieras, pero dame tu palabra de que

no irás tras mi familia por lo que he hecho.

Zaccheo se quedó momentáneamente paralizado al escuchar aquello.

—¿Crees que sería capaz de permitir que te sacrificaras para obtener esa satisfacción?

Eva se puso en pie bruscamente.

—¡No lo sé! Normalmente, eres muy rápido manifestando tus exigencias, o dando órdenes a los demás. Así que dime qué quieres.

—Lo que quiero es que nos vayamos de aquí —replicó Zaccheo con dureza—. Dado que está claro que nuestra luna de miel ha acabado, no tiene ningún sentido que sigamos en la isla.

Eva hizo el viaje de regreso encerrada en el dormitorio del avión, llorando desconsoladamente. Para cuando aterrizaron estaba completamente exhausta, y lo único que quería era acurrucarse en una cama y olvidarse del mundo.

—Voy directamente a la oficina —dijo Zaccheo una vez que hubieron bajado del avión—. Romeo te llevará a casa —añadió antes de alejarse sin añadir nada más.

El ático no había cambiado, pero, al entrar en él, Eva se sintió como si hubiera pasado toda una vida desde la última vez que estuvo allí.

Incapaz de dormir a pesar de su agotamiento, trató de concentrarse en la letra de la nueva canción que estaba escribiendo, pero no logró concentrarse.

Cuando al mediodía regresó Romeo para decirle que Zaccheo se había ido a Omán y que iba a pasar dos semanas allí, el estado de ánimo de Eva no hizo más que empeorar.

Los días transcurrieron en una bruma grisácea. Decidida a no hundirse, algo que sabía que acabaría sucediendo si seguía allí encerrada, decidió regresar al trabajo.

Aceptó todos los turnos extra disponibles y se ofreció a trabajar gratis fuera de horas.

Pero se negó a cantar.

La música había dejado de ser el bálsamo que siempre había sido para ella. Su corazón solo anhelaba una cosa. A un hombre. Y ese hombre estaba dejando bien claro que no quería saber nada de ella.

Porque las dos semanas iniciales se convirtieron en cuatro y luego en seis y, durante todo aquel tiempo, Zaccheo ni la llamó ni respondió al teléfono.

En los peores momentos, Eva se fustigaba por su letargo, por no trasladarse del ático a otro sitio, por vivir esperando que sucediera un milagro que nunca ocurriría.

Aquella mañana había visto a Romeo a la hora del desayuno. La

mirada de pena que recibió de él fue la gota que colmó el vaso.

—Si tienes algo que decir, dilo, Romeo.

—No eres una mujer débil, Eva. Uno de vosotros dos tendrá que tomar una decisión en algún momento —replicó él.

—De acuerdo, pero Zaccheo no responde a mis llamadas, así que ¿te importaría darle un mensaje de mi parte?

Romeo asintió con su solemnidad habitual.

—Por supuesto.

—Dile que no pienso aguantar más su estúpido silencio. ¡Por mí puede quedarse en Omán el resto de su vida, pero que no espere encontrarme aquí cuando vuelva!

Aquella explosión fue catártica y le sirvió para ponerse en movimiento. Cuando llamó a su antigua casera, esta le dijo que aún no había vuelto a alquilar el apartamento y que le encantaría recuperarla como inquilina.

Pero aquello no hizo que Eva se sintiera mejor.

—Llevas cinco minutos barriendo el mismo rincón.

Eva se sobresaltó al oír aquella voz a sus espaldas y bajó la mirada hacia el suelo.

—Oh.

Sybil, la encargada del Siren, la miró atentamente.

—Tómate un descanso.

—No necesito un des…

—Lo siento, cariño, pero son órdenes de arriba. El nuevo dueño ha insistido mucho. O te tomas un descanso o me descuentan una semana de paga.

—¿Hablas en serio? —preguntó Eva con el ceño fruncido—. ¿Sabemos quién es el nuevo dueño?

Sybil abrió los ojos de par en par.

—¿No lo sabes? —al ver que Eva negaba con la cabeza, Sybil se encogió de hombros—. Pues no voy a ser yo la que empiece con cotilleos. Shhh. Ve a sentarte un rato. Yo termino eso.

Reacia, Eva le dio el escobón y el cubo con los utensilios de la limpieza. Cuando se volvió para irse, se detuvo en seco al ver que Ziggy Preston entraba en aquellos momentos en el club.

—Hola, Ziggy —saludó, tratando de mostrarse más animada de lo que se sentía.

—Me he enterado de que estabas de vuelta —respondió Ziggy, sonriente—. Se suponía que ibas a llamarme en cuanto volvieras. Espero que eso no signifique que has firmado con otro productor. Eso me destrozaría.

—No he firmado con nadie, y no creo que vaya a hacerlo. He decidido dejar la música una temporada.

Ziggy se metió las manos en los bolsillos mientras la miraba con

expresión pensativa.

—Mañana iba a tener una sesión con uno de mis artistas, pero hemos tenido que cancelarla. ¿Por qué no te pasas un rato por mi estudio? No tienes por qué cantar si no quieres, pero ven de todos modos.

Eva fue a negarse, pero recordó que tenía el día siguiente inevitablemente libre. Podía acudir al estudio de Ziggy o vagar por el ático de Zaccheo como un alma en pena.

—De acuerdo.

—¡Genial! —dijo Ziggy mientras sacaba una tarjeta de su cartera y se la entregaba.

Al día siguiente, en el estudio, tras tres intentos, Ziggy renunció a intentar hacerle cantar un tema pop clásico con el que empezaron a probar.

—¿Por qué no lo intentamos con un tema tuyo? —sugirió.

Indecisa, Eva echó un vistazo a su lista de temas. Su corazón latió más rápido al ver la letra de la canción que había empezado a escribir los últimos días que había estado en la isla con Zaccheo.

—Esta —murmuró.

Cuando Ziggy asintió, Eva entonó la primera estrofa de la canción.

—¡Guau! —exclamó Ziggy, que a continuación hizo un gesto al técnico de sonido que se hallaba al otro lado del cristal del estudio de grabación—. Me encantaría escucharla entera si te sientes con ánimo de cantarla.

Eva pensó en la descarnada letra de la canción, que ofrecía amor y rogaba que fuera para siempre, aceptando los riesgos necesarios. Respiró profundamente. Si tenía que hacer aquello para empezar a sanar su corazón, que así fuera.

—De acuerdo.

Estaba cantando las últimas notas cuando experimentó un inexplicable estremecimiento. Volvió la mirada hacia la sala de sonido, donde a veces solía haber gente escuchando a los músicos que estaban grabando. Aunque el cristal tintado impidió que pudiera ver quién se hallaba allí, estaba segura de haber percibido el aroma único de Zaccheo.

—¿Te encuentras bien? —preguntó Ziggy.

Eva asintió distraídamente, sin apartar la mirada del cristal.

—¿Puedes volver a cantar la última estrofa?

—Umm… sí.

Eva pensó que estaba perdiendo la cabeza. Si no podía cantar una canción que había escrito con Zaccheo en mente sin imaginarse que podía sentirlo, e incluso olerlo, estaba claro que tenía problemas.

Salió del estudio unas horas después, con la cabeza hecha un lío, y entró directamente en la limusina en que la aguardaba Romeo. Se sentía física y emocionalmente agotada, y apenas era capaz de conectar dos pensamientos seguidos. Cuando finalmente aceptó lo que debía hacer, se volvió hacia Romeo.

—¿Puedes llevarme al despacho de Zaccheo, por favor?

Romeo apartó la mirada del ordenador en que estaba trabajando. Tras unos momentos de duda, asintió.

Quince minutos después, Eva avanzaba por el moderno pasillo que llevaba a las oficinas de Zaccheo. La fría y profesional actitud de Anyetta, la secretaria, se alteró visiblemente cuando la vio, pero enseguida recuperó la compostura. Al ver que iba a ponerse en pie, Eva hizo un gesto para indicarle que no lo hiciera.

—Sé que Zaccheo no está aquí. Solo he venido para ver si puedes enviarle un correo electrónico por mí.

—Pero…

—Prometo no tardar mucho.

La alta morena pareció momentáneamente desconcertada, pero finalmente asintió.

—Márcalo como urgente, por favor. Supongo que puedes saber desde aquí cuándo abre tus correos, ¿no?

La secretaria de Zaccheo asintió con cautela. Eva carraspeó y comenzó a dictar.

Zaccheo:

Ya que te niegas a ponerte en contacto conmigo, solo puedo llegar a la conclusión de que estoy liberada de mis obligaciones. Te agradecería que dieras los pasos necesarios para dar por zanjado este matrimonio. Espero que lo hagas pronto, porque de lo contrario tendré que ocuparme yo. No quiero ninguna compensación económica, ni nada de ti, excepto mi libertad. Si decides perseguir a mi familia, lo harás sin mi implicación, porque yo ya he cumplido con creces mis deberes para con ellos y pienso seguir adelante con mi vida. No pienso permitir que me utilices como un títere para vengarte de mi padre, pero sé que eres consciente de su estado de salud y espero que optes por la clemencia.

Sea cual sea tu decisión, pienso mudarme mañana.

Haz el favor de no tratar de ponerte en contacto conmigo.

Eva.

—Envíala, por favor —dijo cuando acabó.

Anyetta pulsó un botón y contempló un momento la pantalla.

—Ya lo ha abierto —dijo un instante después.

Eva asintió.

—Gracias.

Salió del edificio con los ojos llenos de lágrimas. Romeo la estaba esperando fuera del coche y Eva no protestó cuando la tomó del brazo.

De regreso en el ático, fue directamente al dormitorio, se quitó el calzado y se tumbó en posición fetal en la cama. Su último pensamiento antes de caer en un profundo sueño fue que por fin lo había hecho.

Había sobrevivido a su primera hora con el corazón roto en un millón de pedazos. Si había algo de justicia, tal vez lograría superar el resto de su vida con un corazón destrozado.

Capítulo 15

Eva.

Eva se sobresaltó al oír su nombre. Aturdida, se irguió en la cama mientras su mente trataba de salir de su embotamiento.

Ya no estaba en su suite, sino en la de Zaccheo. Y lo único que llevaba puesto era su sujetador y sus braguitas.

Zaccheo estaba sentado en un sillón, junto a la cama, con la mirada posada en ella.

Estaba totalmente afeitado y se había cortado el pelo.

—¿Qué estás haciendo aquí? —preguntó Eva a la vez que cubría rápidamente su semidesnudez con la colcha.

—Me has hecho llamar y he venido.

—Te he llamado muchas veces durante estas semanas y no me has contestado —logró responder Eva a pesar de su perplejidad—. En el correo que te he enviado no solicitaba tu presencia.

—Ya que te has tomado tantas molestias en asegurarte de que lo recibiera me ha parecido más educado venir a contestarte en persona.

—No tenías por qué haberte molestado, sobre todo teniendo en cuenta que no hay un solo gramo de delicadeza en tu cuerpo. Cosas como la consideración y la cortesía son conceptos desconocidos para ti.

Zaccheo pareció afectado por la dureza del tono de Eva, que casi estuvo a punto de ponerse a reír y a llorar a la vez.

—¿Piensas seguir ahí sentado mirándome como si me hubiera vuelto loca?

—No pretendía mirarte así. Solo quiero tener una conversación civilizada.

—Tienes mucho valor para presentarte aquí… —Eva se interrumpió al sentir un desagradable olor cercano. Al volverse vio en la mesilla una bandeja que contenía unos huevos revueltos con beicon y el café que tanto le gustaba para desayunar.

Corrección. Que tanto «solía» gustarle para desayunar.

Apartó la colcha a un lado y, sin preocuparse por su estado de semidesnudez, corrió al baño.

Vomitó hasta que cayó sentada junto a la taza, jadeante. Cuando notó que Zaccheo se acuclillaba a su lado, cerró los ojos con fuerza.

—Vete, por favor…

Zaccheo apoyó un paño fresco en su frente y luego lo pasó por sus

mejillas.

—Romeo me ha dicho que últimamente no te encontrabas bien.

Eva trató de levantarse, pero no tuvo más remedio que aceptar su ayuda para hacerlo. Zaccheo la acompañó hasta el lavabo, donde Eva se limpió los dientes y se aclaró la boca. Cuando terminó, rodeó a Zaccheo y salió del baño.

Zaccheo contempló cómo se alejaba balanceando las caderas casi con descaro y de una manera tan sexy que tuvo que hacer verdaderos esfuerzos para reprimir su libido.

La noche anterior, cuando había regresado y la había encontrado dormida, su corazón había latido con más fuerza que nunca al comprender que, por mucho que se hubiera negado a reconocerlo durante aquellas semanas, la había echado de menos con auténtica locura. Había creído que comprar el club Siren y asegurarse de que no trabajaba en exceso, o contemplarla y escucharla sin ser visto en el estudio de Ziggy Preston bastaría. Pero hasta que no había recibido su correo no se había visto obligado a enfrentarse cara a cara con la verdad.

Él no era nadie sin ella. Cada cosa que había hecho aquellos días, cada sitio al que había ido, cada reunión que había mantenido, se había visto teñida por una sensación de vacío y, por mucho que se hubiera negado a reconocerlo, la causa de todo ello se encontraba en aquellos momentos frente a él, a punto de decir algo que sabía que no quería escuchar.

—Acabemos con esto ya, Zaccheo. Divórciate de mí. Seguro que prefieres eso a esta farsa de matrimonio.

Zaccheo esperaba aquello, pero, a pesar de todo, las palabras de Eva fueron como una bofetada.

«Dale lo que quiere», se dijo. «Acaba de una vez con este interminable sufrimiento. Tienes que ser fuerte por ella».

Pero fue incapaz de hacerlo.

—No va a haber ningún divorcio.

Eva cerró por un momento sus preciosos ojos, cargados en aquellos momentos de dolor.

—¿Por qué, Zaccheo? ¿Por qué? Estoy segura de que no quieres lo que tienes conmigo. Te mereces una familia propia.

—Es muy noble por tu parte pensar en mí. Pero no necesito una familia, *il mio cuore.* Si te tengo a ti, no necesito nada ni a nadie más.

Eva se quedó mirándolo boquiabierta y completamente perpleja.

—¿Si me tienes… a mí?

Zaccheo se arriesgó a recuperar el aliento que estaba conteniendo.

—Sí. Te quiero, Eva. Llevo semanas devanándome los sesos para encontrar un modo de lograr que te quedes a mi lado, de convencerte para que sigas siendo mi esposa…

—¿Y no se te ha ocurrido que sería buena idea preguntármelo?

—¿Después de haberte dejado como un cobarde? —Zaccheo negó firmemente con la cabeza—. No tienes ni idea de la cantidad de veces que he descolgado el teléfono para llamarte, de la cantidad de veces que he citado a mi piloto para que me trajera de vuelta contigo. Pero no he tenido el valor suficiente para enfrentarme a la posibilidad de que pudieras decirme que no – Zaccheo se rio sin humor. —Lo creas o no, he tratado de convencerme de que prefería la perspectiva de vivir en otro país casado contigo que enfrentarme a la posibilidad de que desaparezcas de mi vida. Eso al menos me daría algún motivo para seguir respirando…

Zaccheo masculló una maldición al ver que los ojos de Eva se llenaban de lágrimas. Quería tomarla entre sus brazos, pero no tenía derecho a hacerlo. Lo había perdido al obligarla a casarse con él para luego condenarla por haber tratado de protegerse de sus monstruosas acciones.

—Pero eso no sería vida para ti —añadió, apretando los puños—. Si quieres el divorcio, te lo concedo.

—¿Qué? —Eva se puso intensamente pálida. Alargó una mano hacia él, pero de pronto titubeó—. Zaccheo…

Zaccheo experimentó un intenso y desconocido miedo al ver que Eva se desmoronaba ante sus ojos como una muñeca de trapo.

—¡Eva!

Para cuando la tomó en sus brazos estaba inconsciente.

Eva se despertó oyendo unas voces apagadas a su alrededor. Las cortinas de la habitación en la que se encontraba le hicieron comprender que ya no estaba en casa de Zaccheo. Y la vía que tenía en el brazo confirmó sus peores temores.

—¿Qué… qué ha pasado?

Alguien se acercó a la cama y Eva reconoció a Sophie.

—Te has desmayado y Zaccheo te ha traído al hospital.

—Zaccheo… —los recuerdos regresaron velozmente.

Zaccheo diciéndole que la quería y luego que se divorciaría de ella.

Eva trató de erguirse, pero una enfermera se lo impidió apoyando una mano en su hombro.

—No… por favor. Necesito ver a Zaccheo… —rogó con los ojos llenos de lágrimas.

—Enseguida voy a buscarlo, pero usted siga tumbada —dijo la enfermera con una sonrisa.

Zaccheo entró unos momentos después y avanzó hacia la cama en que se encontraba Eva con la expresión de alguien que estuviera a punto de enfrentarse a su peor pesadilla.

Justo antes de desmayarse, Eva se había dicho que lucharía por él como había luchado por su padre y por su hermana. Pero al ver su expresión, comprendió que nada de lo que pudiera hacer cambiaría las cosas.

—Zaccheo, sé que dijiste que… me amabas, pero si eso no es suficiente para ti…

El asombro transformó la expresión de Zaccheo.

—¿Que no es suficiente para mí?

—Aceptaste divorciarte…

—Pero solo porque eso era lo que tú querías —replicó Zaccheo, angustiado—. Y lo dije en serio. Te dejaré ir si eso es lo que quieres. Tu felicidad lo significa todo para mí, incluso aunque yo no esté incluido en ella.

—Pero… ¿y lo que dijiste antes de que me desmayara?

Zaccheo dedicó a Eva una mirada cargada de sinceridad.

—Dije que te quería, y es así. Te quiero más que a mi vida, más que a nada con lo que me haya atrevido a soñar. Tú me has ayudado a redimir mi alma cuando pensaba que estaba perdida.

—Y tú has hecho que yo aprenda a amar más profundamente, con más pureza. Me has enseñado a volver a arriesgarme en lugar de vivir temerosa del rechazo.

—¿Qué estás diciendo? —preguntó Zaccheo, perplejo.

—Que yo también te quiero. Y me desgarra saber que no voy a poderte dar hijos y la familia que…

Zaccheo interrumpió a Eva con un beso.

—No voy a negar que la cárcel fue un auténtico infierno, y que en mis peores momentos pensaba que la respuesta sería tener hijos. Pero tú eres la única familia que necesito, *amore mio*.

Zaccheo estaba abrazando a Eva cuando el doctor entró en la habitación.

—Señora Giordano, le alegrará saber que hemos llegado a la conclusión de que no hay nada de qué preocuparse excepto de una ligera deshidratación. Por lo demás, no parece haber ningún problema.

—En ese caso, supongo que ya podemos irnos —dijo Zaccheo.

El médico negó con la cabeza.

—No, me temo que aún no puede irse. Su mujer tiene que permanecer aquí al menos veinticuatro horas para poder monitorizarla y asegurarnos de que todo va bien.

—¿No ha dicho hace un momento que no había nada de qué preocuparse? —preguntó Zaccheo con el ceño fruncido a la vez que tomaba a Eva de la mano.

—No hay por qué asustarse, señor Giordano. Las únicas molestias que va a experimentar su mujer son algunas náuseas matutinas, y

también le convendrá descansar un poco más de lo habitual cuando llegue el final.

Zaccheo se puso pálido y tembló visiblemente.

—¿El «final»?

—¿A qué se refiere, doctor? —preguntó Eva.

—Me refiero a que está embarazada. De gemelos.

Epílogo

Cuando Zaccheo entró en el cuarto de estar encontró a Eva sentada en el suelo con un niño en cada brazo mientras canturreaba una nana en italiano que había insistido en que su marido le enseñara.

En una pantalla que tenía enfrente aparecía la imagen de Romeo, que se estaba inclinando para ver a los niños.

—¿Crees que podrás venir? —preguntó Eva mientras Zaccheo se sentaba tras ella y la rodeaba con sus brazos.

—Haré todo lo posible por estar allí el día de Navidad.

Eva negó con la cabeza.

—Eso no me basta. Sé que estás muy ocupado, pero esta es la primera Navidad de tus ahijados. Ellos han elegido tu regalo, así que lo menos que puedes hacer es presentarte a abrirlo.

Zaccheo se rio en silencio viendo a su amigo dudar. Pero Romeo apenas tardó un segundo en recordar que negarle algo a Eva era inútil.

—Si eso es lo que quieres, allí estaré, *principessa* —dijo finalmente.

La radiante expresión del rostro de Eva hizo que Zaccheo deseara besarla allí mismo, pero sabía que no le gustaría que lo hiciera delante de Romeo para que no se sintiera incómodo.

Pero en cuanto Romeo desapareció de la pantalla, Zaccheo reclamó su beso.

—¿A qué ha venido eso? —murmuró Eva cuando se apartó de ella.

—A que eres la dueña de mi corazón, *dolcezza*, y sin ti no soy nada.

A Eva se le derritió el corazón cuando Zaccheo tomó en brazos a Rafa, su hijo más joven, y apoyó el cuerpecito de este contra su hombro mientras se ponía en pie. Luego ofreció una mano a Eva para que hiciera lo mismo con Carlo, el mayor por pocos minutos.

Eva dio un suspiro de satisfacción cuando Zaccheo pasó el brazo libre por sus hombros y la atrajo contra su costado.

Las relaciones aún seguían siendo un poco tensas con su padre y su hermana, pero a Oscar se le caía la baba con sus nietos y Sophie se había enamorado de ellos a primera vista. Pero nadie amaba más a sus preciosos hijos que Zaccheo. El amor y la adoración que había en sus ojos cuando los acunaba solía hacer llorar de emoción a Eva.

Y saber que su amor por ella era igual de profundo hacía que a veces temiera estallar de felicidad.

Se volvió hacia Zaccheo y apoyó una mano en su pecho.

—He estado pensando en tu madre.

Zaccheo se tensó ligeramente. Eva le acarició el pecho hasta que sintió que se relajaba.

—Ayer le envié unas fotos de los niños.

—No ha parado de pedirlas desde que nacieron.

—Lo sé. Y también sé que has quedado en verte con ella en Semana Santa, después de que salga mi primer disco.

La relación entre madre e hijo seguía siendo complicada, pero, cuando su madre había querido ponerse en contacto con ellos, Zaccheo no la había rechazado.

Eva se puso de puntillas para besarlo.

—Estoy muy orgullosa de ti.

—No, Eva. Todo lo bueno que está pasando en mi vida te lo debo a ti —replicó Zaccheo antes de devolverle el beso—. Tú eres lo único que quiero bajo mi árbol de Navidad de aquí a la eternidad.

—Y tú haces que mi corazón cante a diario y que mi alma se eleve cada noche. Eres todo lo que siempre he deseado.

Zaccheo inclinó la cabeza hasta tocar con su frente la de Eva. Tras dar un profundo suspiro, dijo:

—*Ti amero per sempre, dolcezza mia*.